SERGIO PITOL

Cuentos

Los Ferri

Si alguno de ellos, no obstante el saber que tenían sus raíces cimentadas en el mal, llegase a sospechar la intensidad con que los detestaba, se hubiera quedado petrificado por el asombro. ¡Y a pesar del arraigo y la potencia de tai pasión le eran necesarios para existir! Todo contenido escaparía de su vida en el memento en que la familia desapareciera. Sin advertirlo, guiada por la pura corriente del deseo, se encontró discurriendo sobre las diversas posibilidades que podía abrirles la muerte en el viaje de regreso: una volcadura en la barranca, un derrumbe en la montaña, un cheque con otro vehículo, o de los dos automóviles entre sí; y ante la idea de la hecatombe se sintió recorrida por un acre escalofrío, pues sabía que el fin de ellos anunciaba definitivamente el suyo.

Varias muertes impregnaron su espíritu de una acerba y profunda pesadumbre, pero ninguna la hirió como la de Antonieta. Después del accidente que le costara la vida se había enclaustrado en su cuarto a llorar durante días y noches: porque Antonieta, de entre todos los Ferri, era sin duda la peor; hembra de placer como su madre, ávida de garañón con que pasear frente a su marido que se lo merecía por complaciente y servil; dominada por una inquietud y un nerviosismo que no le daban tregua, que la llevaban enloquecidamente de un lugar a otro, para de nuevo regresar con un lastre de fatiga y abatimiento, con unos ojos donde comenzaba a incubarse la demencia. Recordaba los regales que le hacía, abrigos, medias, pedrería, sedas, como si con ellos tratara de reforzar una relación de afecto que sólo existía en la imaginación de la otra, pues ella no hubo de ceder un ápice de su confianza y menos aún de su amistad, ¡no se diga ya de su cariño!, a aquella brillante expositora de la bribonería y el vicio. ¡Si tan sólo hubiera traído regales! Con la desvergüenza que heredara de la madre se complacía en corromper el aire de la casa con la presencia, las miradas, las carcajadas procaces, las muecas perversas de amigos hallados solo el diablo sabía dónde. Mujeres y hombres de comportamiento diferente a los que ella había conocido allá en su juventud, en los tiempos en que don José presidiera la familia y velara por el honor y el prestigio de unos techos actualmente ultrajados por la concupiscencia y la falta de temor al castigo de Quien todo lo sabe y lo ilumina. Y la tal Antonieta, esa perra, empedernido vaso de lujuria, que sumergía en el fango un apellido ilustre (el de hombres que a fuerza de puaos, de valor, de crueldad, habían logrado hacer de las tierras barrialosas del Refugio la gran hacienda que llevaba ese nombre), era de tal manera ilusa que creía que a cuenta de sus regalos y zalamerías ella la adoraba. Todos los Ferri, sin exceptuar a la misma Carolina, intoxicados por la vanidad y la soberbia daban en pensar, y no se medían para repetirlo a diestra y siniestra, que ella, Jesusa, los amaba como a sus propios hijos. Cuando Antonieta murió en aquel siniestro que tanto diera qué hablar a los vecinos, y del cual se ocupó hasta la prensa de la capital tratando de dilucidar si en verdad se trataba de un accidente o de una acción suicida, ella se refugió en un llanto inconsolable; después de unas cuantas semanas sus lágrimas cesaron, sus párpados se volvieron pedernales, y de sus labios no volvió a escapar lamento alguno, pero en su interior el rencor había ya rebasado todos los límites; era una sensación que desolaba y fortalecía; una constante angustia al palpar la ausencia de aquélla a la que había hecho objeto de su odio más decantado. "La pobre —comentaban está desesperada. Antonieta era su preferida y desde que murió no hace sino deambular por

la casa como un alma en pena". Y, efectivamente, había pasado mementos sumamente tristes, ganada por un profundo pesar y desamparo, pero al poco se repuso, pues en la casa en que para su desdicha le había tocado servir no era Antonieta la única por quien pudiera interesarse; hasta llegó a juzgar desconsiderado y absurdo el que por esa joven, nacida para la voluptuosidad y los placeres, hubiese dejado un tanto al margen a los demás, que bien mirado eran iguales o peores que ella. Fue entonces, cuando salió de esa especie de postración en que la mantuviera la defunción de la ramera, cuando empezó a alimentar la sospecha (sospecha que más tarde se convirtió en una certidumbre absoluta) de que llegaría a sobrevivir al último de los Ferri. Había visto conducir rumbo al cementerio a siete de ellos. Representánbase a menudo el memento en que arrojaría un puñado de tierra al ataúd del último miembro de aquella familia maldita; entonces cerraría la casa, recogería sus bártulos e iría a reunirse con su prole al ranchito comprado con los ahorros de tantos años. Ya el tiempo se encargaría de cumplir con su destine. Soñaba con el que habría de ir un día a regodearse con el espectáculo de una casa ruinosa y abajada, de techos derruidos, ventanas sin cristales, y en el jardín, la maleza, que irrespetuosa, desenfrenadamente, se lanzaría triunfante a la *invasión* de la galería. Pero está visto que el Señor, con su sabiduría infinita, gusta de probar a sus criaturas y les hace desarrollar hasta más allá de lo indecible dotes de resignación y perseverancia, pues al parecer esas muertes no habían servido sino de poda a la sangre corrupta de los Ferri. Siguieron llegando al mundo, cada vez más *ajenos,* más turbios, menos parecidos a aquel hombre de galana barba, mirada noble y proceder severo que fue el último gran señor de la comarca; y, sin embargo, sabía que habría de estar aún sobre la tierra cuando ya de ellos solamente quedase el recuerdo. Sobreviviría a José, Pablo y Nina, los más pequeños, los de mirada más desconcertante y diabólica. El dolor se le adentraba en el cuerpo, pero ella, redescubierto el placer de permanecer en la cama durante las horas de trabajo, parecía no otorgarle ninguna importancia. El menor movimiento le hacía sentir las piernas cual si estuviesen al rojo vivo. En el recuento de los innumerables años transcurridos al lado de los Ferri, íbanse trasminando las sensaciones que su cuerpo afiebrado y doliente recogía.

A los primeros dueños no había llegado a conocerlos sino de oídas, a través de la rememoración infatigable que de sus hazañas hicieran su padre y su abuela. El mismo señor don Francisco había muerto cuando ella tenía apenas catorce anos, lo que no fue impedimento, como tampoco lo fuera la senectud de aquél, para que en las candentes noches de verano bajase a probar el frescor y la lozanía de su cuerpo. ¡Capaz a sus años de enloquecer de gozo a una mujer! En los de ahora, la casta y el vigor estaba diluidos del todo, cual si nada restase de la sangre de aquellos arrogantes patricios que hicieron florecer el erial y transformaron en una edificación imponente la modesta casucha con que se encontró el primer Ferri, convertida hoy en leonera, en sitio propicio para saciar de inmundicia los apetitos, para envilecer un nombre venerado por ella. Por eso ya nunca los acompañaba al Refugio, pues allí el pecado había tomado cabal posesión y se le sentía incrustado en las paredes, pendiente de los techos, flotando por los aires.

La última vez que los había visto en la hacienda se le reveló con mayor evidencia lo que eran: víctimas de una fuerza cuyo control no estaba en sus manes, de una sangre que les escocía en las venas, de una piel que los enloquecía. Sangre y piel que al ganar siempre los combates los arrastraba ineluctablemente a la violencia, a la caída. Cuando por las mañanas entraba en las habitaciones donde la víspera habían tenido lugar episodios amorosos, no dejaba de advertir que el olor percibido no era el de los cuerpos que se desean, no era el de la entrega, el de la búsqueda y el hallazgo imposible que en esos mementos dejara de

insistirle la comparación con las noches en que se adormecía en los brazos de Francisco Ferri. Los niños de entonces, Carolina y Victoria, habían enfermado de paperas, y don Francisco le ordenó que se quedara a velarles el sueño. Doce años tenía apenas. Medio adormecida vio acercarse al anciano de venerable, hermosa barba; venía casi desnudo y ostentaba un cuerpo que como por milagro no habían logrado profanar los años. La tomó de las manes suavemente, la tendió en el lecho y la hizo perderse en un bosque. Luego le asignó una cabaña, alejada del resto de la servidumbre, donde asiduamente la visitó durante sus dos últimos años. Fue ella, Jesusa, quien disfrutó el privilegio de ser la única mujer que don Francisco conoció al margen de su vida conyugal. Después de una aparatosa caída de caballo que le costó la vida, su sobrino José se encargó de la administración y sólo esperó que los senitos de la niña Carolina empezaran a apuntar bajo la blusa para llevarla al altar, lo que evitó el desmembramiento de la hacienda.

Con José Ferri la vida del Refugio inició nuevos cauces. A sus antepasados los había caracterizado la obsesión de poder y de dominio. A su abuela le había oído decir que cuando llegó el primero (Pablo Ferri tenía por nombre) venía más pobre que una rata y era aparentemente un bueno para nada; decía haber deambulado como soldado por diversos países sin lograr la oportunidad propicia para hacerse de una fortuna que saciara su avidez. Nadie supo qué viento lo había llevado a la región, ni como trabó conocimiento con las hijas de don Aristarco Robles, perdidas como estaban en su rancho, lo cierto es que al poco tiempo estaba casado con una de ellas y era ya el señor del Refugio. Aquel temerario vagabundo debió haberse, una vez casado y obtenido las tierras, convertido en una bestia, en un demonio, en un recipiente de torturas, castigo, maldad y soberbia, pues, a los pocos meses de la boda, Eloísa se suicidaba arrojándose a uno de los barrancos del lugar. ¡Vaya Dios a investigar a fondo los motives! Él se ausento durante una temporada para volver más tarde con su madre y una parienta joven a la que había llevado desposado en segundas nupcias. La muerte de Eloísa, la soledad y el odio que seguramente acumularía hacia quien había llevado a su hermana al suicidio, acabaron por arrebatar la razón a Virginia, la otra hija de don Aristarco Robles. Al regresar Ferri al Refugio con esposa y madre, la demencia ganó definitivamente a la muchacha, que se lanzó a vagabundear por los campos y caminos visiblemente poseída por los demonios, pues su boca ya sólo supo emitir horrores y blasfemias, hasta que al fin un día desapareció definitivamente sin que nadie volviera a saber de ella.

Los Ferri habían sentado sus reales, hendido su simiente y el Refugio creció, abarcó pueblos y rancherías, cubrió llanos y praderas, ganó la montaña. Era un cáncer que rápidamente infestaba la región. El señor don Francisco y su hermano Jacobo, muerto en plena juventud, siguieron la obra del padre, preocupándose ya no exclusivamente de la tierra, de las cosechas, del castigo de los peones, de la cría del ganado. A ellos comenzó a importarles la dignidad y se la imbuyeron al padre, que una vez convencido desorbitó los limites y se convirtió en un extravagante fanático de ella, sin tener ya en la boca otras palabras que no fueran aquéllas: dignidad, honor, casta, apellido, prestigio, y para que las cosas no se redujeran a una mera palabrería hueca, comenzó a edificar alrededor de la casa otra que convirtió la primera en una sala de la vasta mansión. Cuando alcanzaron sus hijos la mayoría de edad los envió a Italia para que entre sus primas eligieran mujer, pues ninguna de las jóvenes de San Rafael le parecía lo suficientemente apropiada, no para el cuerpo de ellos, que eso era lo que menos le importaba, sino para su casa, para el buen nombre que deseaba tuviese su casa. Don Francisco regresó al cabo de algún tiempo casado con otra Ferri, y Jacobo con una tal Rosa de apellido extraño, una francesa cuya. Sola

presencia lograba enfermar de disgusto a su suegro, y que débil y enfermiza como era murió, incapaz de resistir los percances de un parto, a los pocos días de dar a luz a don José. Para esa época la simple mención del nombre de los Ferri causaba verdadero pánico entre los pequeños propietarios de los alrededores, que ante las conminatorias proposiciones de aquellos hombres implacables optaban por vender la tierra al precio que se les imponía; sabían (ya había de ello muestras más que suficientes) que en el afán de ampliar los linderos del Refugio nada, ni siquiera la sangre, los detendría. Pero al tomar don José las riendas de la hacienda esa sed de expansión pareció extinguirse, pues el hombre se rehusó a adquirir una hectárea más, y como le era imposible mantener inactive el dineral que ano tras año vomitaban las tierras, comenzó a invertir en los ferrocarriles y en propiedades urbanas, y, por si acaso, como si sospechara el vuelco que iba a producirse, empezó a depositar fuertes sumas en el extranjero. Gracias a trajes medidas la fortuna familiar había logrado sobrevivir a la Revolución y a las posteriores reparticiones ejidales. (De la hacienda no había de quedar sino el casco, la vieja casona a la cual ella, desde hacía años, se negaba a volver.)

Seguramente podría levantarse, caminar, llegar hasta el teléfono y llamar a un médico. Pero no creyó que el esfuerzo valiera la pena: lo que tenía eran meres achaques de vejez, fatiga. Una vida afanada como la suya tenía que resentir los esfuerzos que por años había impuesto a su cuerpo. Nadie podía, a su edad, escapar a los caprichos del cuerpo.

Todos se habían marchado desde el día anterior a pasar el fin de semana en el Refugio. "Nos vamos de retire", le había dicho Carolina con la sonrisa procaz que acompañaba siempre a sus frases para enterarla de sus intenciones y convertirla en cómplice de sus falacias, como si se tratara de dos zorras; como si ella se complaciera también en invitar jovencitos a que le amenizaran el insomnio. ¡En lo que podía acabar una mujer! Contemplar su figura era ya pecar un poco: pintura excesiva en un rostro de profundas arrugas; una mirada torpe, resplandeciente a veces por las asombrosas cantidades de licor que a su edad aún ingería; tonos rojizos, amarillentos, azulados, verdosos en el cabello. Sortijas, broches, collares, pendientes, recamados de una pedrería ostentosa y extravagante. Una mano lánguida y descarnada apoyada en el puño de marfil de una cana de bambú, mientras la otra se prendía, ávida y rapaz de la manga del muchacho en turno. ¡La perra! ¡Hija de un padre que por vergüenza se hubiera colgado de las barbas de sospechar que había procreado semejante serpiente! Afortunadamente, cuando murió don Francisco era imposible imaginar lo que esperaba a su honra. Carolina era entonces una niña, y cabe decirlo, una niña magnífica. Ella, que había sido su nana, lo podía asegurar: melancólica, retraída, un tanto tristona; pero tal parece que al conocer las delicias del lecho hubiese descubierto que la carne era la carne, porque se empapó de alegría, descendió del limbo en el que parecía encontrarse suspendida y hasta llegó a romper el aislamiento por el que durante tantos años se caracterizara la vida familiar; comenzó a frecuentar, y se ingenio para que su marido la secundara, a los hacendados de los alrededores, y a asistir de cuando en cuando a las funciones teatrales de San Rafael, logrando colocarse de inmediato en la cúspide de la vida social de la región, porque aquellos rancheros deslumbrados, aunque públicamente confesaran lo contrario, se desvivían por intimar con la familia que hasta entonces sólo látigo y lejanía les había regalado. Cuando Carolina abrió por primera vez el Refugio a la curiosidad pública pareció que la vida entera de la comarca se cifraba en aquel acontecimiento. Nunca se comentó previamente alguna fiesta como lo fue aquélla. Durante días y días no se habló sino de los vestidos que las señoras llevarían, de los regales que se ofrecerían a la hacendada, de los comentarios que sería pertinente hacer y de los múltiples

temas que habría cuidadosamente que omitir. Hasta la vetusta Domitila Cansino, tan grave del corazón como estaba la pobre, se levantó por primera vez en muchos años para asistir al sarao. La parca premió con creces su imprudencia y dos días después la acogía en su seno. La fiesta deslumbró a San Rafael, lo cual ya comenzó a olerle mal, porque si los Ferri se habían trazado una línea de conducta entre cuyos postulados estaba el aislarse del mundo, acrecentar sus tierras, construir y reconstruir su casa y engalanarla con joyas y gobelinos, muebles hermosos, cristalería y plata, sin necesidad de que seres extraños intervinieran en sus asuntos y entraran en su casa y se sentaran a su mesa a compartir la sal y el pan, era que el tal sino les estaba reservado. Pero Carolina no supo leer en el libro de los signos y se entregó con una temeridad que nunca ya había de abandonarla al culto del oropel y el desatino: desafío a la Estrella, rompió los moldes, quebrantó las formas, arrojó polvo al camino, desvió los cauces, y desde ese entonces todo se volvió miseria moral, desdeño y caos en el seno de la familia. Compró casa en la capital, y acondicionó ésa (donde ahora yacía enferma) para que sirviera de escala en los viajes a México; se lanzó con ardor al conocimiento de Europa y atravesó varias veces el océano, unas con su marido, otras, las más, solo con ella, que hacía el papel de sirvienta y el de dama de compañía; sedienta de conocerlo todo, de no permitir que nada se le escapara, pero aún sin pecar; muy señora, dueña de su decencia, aunque eso si su lenguaje cada vez se tornaba más libre y comenzó a hablar de temas extraños aprendidos en el teatro, en las novelas o en el trato con gente de pensamiento extravagante; temas que luego con gran desenvoltura reproducía en las tertulias de San Rafael, a pesar de que ninguna señora de la población pudiera digerirlos. Pero aquellas pobres aves, por temor de caer en desgracia frente a la mujer de mundo, a su ídolo social, fueron resistiendo eso y más, y como los millones de los Ferri aumentaban en tanto que el patrimonio familiar de toda aquella gente quedaba hecho polvo por obra y gracia de la Revolución y de la ineptitud de las nuevas generaciones para conservar las heredades recibidas, llegaron a justificar todos los excesos, y, es mas, los hechos infames fueron considerados sólo motives de broma; así la fuga de Héctor cuando a los nueve años abandonó la casa para trotar durante más de un año·al lado de una partida de saltimbanquis, para volver luego a crear infinidad de problemas a su familia.

Ella venía actuando desde hacía muchos años como la espía de unos contra los otros, coadyuvando con el destine o tratando de encarnarlo para desunirlos, para debilitar los férreos lazos con los que parecían estar unidos, y aunque a la postre sus esfuerzos en tal sentido resultaban nulos el goce de la denuncia ya no se lo quitaba nadie. Los años le conferían la prerrogativa de decir cosas que no se le hubieran permitido a otra sirvienta, ni siquiera a una amiga, porque de todos era sabido y por todos aceptado que ella dejaba muy atrás esos calificativos, que era en realidad una de las columnas que sostenían la casa de los Ferri. Sus sudores, sus lágrimas, sus sobresaltos, su larga permanencia en el Refugio, sus amoríos con don Francisco por ninguno ignorados en aquella casa y sobre los cuales sus descastados sucesores se permitían hacer escarnio con bromas repugnantes, su abnegado deambular con la familia en los días amargos del exilio; todo ello le había ganado los méritos suficientes para que se le considerase como parte integrante de la casa, como una depositaria más de la cuota de maldad, intriga, rencor, de confusas pasiones soterradas necesarias al sostenimiento de los Ferri, únicas con las que se podía tratar de igual a igual con aquella gente castigada por la fiebre. El lacerante dolor en los tobillos y en las rodillas la martirizaba cual si le clavaran alfileres candentes. Se comenzó a quejar, a gimotear, a proferir apagados lamentos, creyendo sentir un momentáneo alivio, para darse inmediatamente cuenta de que de esa manera se sentía bastante peor, y no era que los

dolores se le hubieran agudizado, sino que el ánimo fuésele de tal modo abatiendo que llegó el memento en que con terror se descubrió definitivamente postrada, incapaz de intentar el menor movimiento. Las piernas dejaron de transmitirle respuesta alguna y todo el cuerpo no fue sino un enorme saco de congojas. Con dificultades puso una mano sobre la frente y al sentir la intensidad de la fiebre se dejó invadir, perpleja, alarmada, por un difuso sentimiento de angustia. Se daba cuenta de su gravedad y no había nadie que pudiese llamara un médico para que acudiese a salvarle la vida, porque aunque el digerir la idea le costase un increíble esfuerzo, lo cierto era que comenzaba a penetrar en los socavones de la muerte.

Le era imposible aceptar el hecho ya que desde hacia mucho tiempo, poco después de la muerte de Antonieta, había llegado a convencerse de que habría de sobrevivir a los Ferri, de que llegara el momento en que de sus manos cayera en la fosa del último de ellos un puñado de tierra, y a abogar la sospecha de que un día podía ver la casa en la que ahora sola, abandonada, rumiaba su desesperación y su desdicha, humillada y vencida por la conjugada acción de los elementos. Al principio la revelación la cegó y llegó a exagerar sus pretensiones. Ahora sospechaba que no lograría ver en ruinas la casa del pecado, pero en lo que no podía equivocarse, ¡ni pensar que ello fuese una vana presunción!, era en que habría de sobrevivir a los Ferri. ¿Por que, si no, ella nunca en su vida había sabido lo que era el mundo de los sueños, comenzó a soñar constante, desenfrenadamente después de la muerte de la puta, y siempre con el mismo tema? De la vieja casa del Refugio salía un ataúd que arrastrado por dos caballos se perdía en el horizonte. Aunque jamás contempló en el sueño un rostro o algún signo que hiciera posible la identificación del cadáver que dentro del ataúd viajaba, sabía que se trataba de uno de los Ferri. La noche en que Nina vino al mundo —ella no había querido irse a la cama sino hasta después de vería la recién nacida— soñó, y eso a las pocas horas del alumbramiento, que caminaba por los pastizales de la hacienda. Iba en busca de flores porque presentía que alguien estaba a punto de morir y era necesario adornar la tumba, cuando de pronto oyó el estridente y ya tan conocido piafar de los caballos. Alzó la mirada y se encontró con los dos negros corceles que arrastraban un pequeño ataúd de oro; se acercó y arrojó las flores, dalias silvestres, al pequeño cofrecito, sabiendo desde ese memento que allí iba el cadáver de la pequeña Nina, nacida hacía apenas unas cuantas horas. Si la Divina Providencia le enviaba esos sueños premonitorios, no cabía duda de que era para transmitirle un mensaje, para advenirle algo, y ese algo no podía ser sino la futura desaparición de la familia. Pero ahora sucedía que era ella quien moría, en tanto que la gente que la había envilecido al hacerla testigo de su maldad y su lascivia, seguía disfrutando alegremente de los goces de la vida. Dios *no* podía hacerle eso a quien había vivido siempre para Él, a quien no obstante el estar inmergido durante tantos años en las profundidades de un mundo pagano jamás creyó apartarse de sus santos preceptos. Dios cumplía siempre sus promesas y a ella le había hecho una. ¿Por qué entonces le había mandado noche tras noche esos desapacibles sueños? Aceptaba que en un principio se había dejado llevar por la imaginación hasta creer que llegaría el memento que podría presentarse frente a la casa en Niñas, años después de la desaparición del ultimo de ellos, cuando el tiempo ya hubiese podido realizar el desastre. Pero tal ilusión fue desechada por no haber sido ratificada jamás en los sueños.

Ya no sentía los dolores, ya no sentía el cuerpo. ¿Seria eso la muerte? Tendría que encomendar su alma al creador. Pero le fue imposible orar porque un extraño sopor de duermevela se apoderó de ella. Desde el fondo del cuarto oyó el relinchar de los caballos, más estridente que nunca, y luego los vio correr desbocadamente, entregados al placer del

galope. No eran los habituales. Era un largo tren de alazanes y tras ellos, estrellándose, retumbando con las piedras del monte un ritmo sincopado de locura, una larga hilera de ataúdes de todos los tamaños. Despertó en un soplo. Dios cumplía al fin lo prometido. Los Ferri, todos los Ferri, *habían* muerto. Tal vez, como lo imaginara hacía poco, los dos automóviles habían sufrido un accidente y de él no se había salvado uno solo de los que por tantos años fueron sus compañeros en la vida. Veía el siniestro con tal nitidez que parecía que estuviese ocurriendo frente a sus ojos: coches incrustados uno dentro del otro y una enorme masa sanguinolenta, informe y contrahecha entre láminas metálicas y hierros retorcidos. Un nudo se le formó en la garganta. No sentía ninguna alegría de que ya se hubiese efectuado el hecho por mucho tiempo aguardado; si acaso, una desconsoladora tranquilidad al saber que el destine se había realizado y que podría morir en paz porque la Divina Voluntad se había cumplido una vez más, como lo prometiera a la más oscura de sus siervas. El telón había caído sobre seis generaciones de hombres que durante más de un siglo habían promovido el terror, la admiración, el odio, el amor, suscitando todas las pasiones, llevando a los *limites* la ternura y la violencia; vivido siempre en los extremes, y deparado los goces y dolores mas profundos al corazón de la que ahora, con mística *devoción,* encomendaba su alma al Señor. Se fue sumiendo en un tranquilo letargo que adivinaba era el pórtico de la muerte, el término de tantos trabajos y aficiones para encontrarse con el goce eterno. Las oraciones se confundían entre sí.

Comenzaba una y mil veces el *Magnificat*, para sin darse cabal cuenta confundirlo con la Salve o el Ave María. De aquel marasmo vino a sacarla el ruido de voces y de pasos. Se abrió la puerta y tres caras sonrientes asomaron para preguntar qué pasaba con ella; hacía ya una hora, dijeron los niños, habían llegado de la hacienda y a su abuela le había extrañado no verla en todo ese tiempo. No pudo oír más. Sintió el frío de la muerte y apenas tuvo tiempo para *arrepentirse* de sus oraciones, para tratar de borrar las con un borbotón de incongruentes maldiciones y sacrílegas befas dirigidas a Aquel que la había hecho víctima de tan cruel confusión. Y expire. En el trance final pudo ver aún a los tres niños reír inconteniblemente ante sus muecas.

México, 1957

Victorio Ferri cuenta un cuento

Para Carlos Monsiváis

Sé que me llamo Victorio. Sé que creen que estoy loco (versión cuya insensatez a veces me enfurece, otras tan sólo me divierte). Sé que soy diferente a los demás, pero también mi padre, mi hermana, mi primo José y hasta Jesusa, son distintos, y a nadie se le ocurre pensar que están locos; cosas peores se dicen de ellos. Sé que en nada nos parecemos al resto de la gente y que tampoco entre nosotros existe la menor semejanza. He oído comentar que mi padre es el demonio y aunque hasta ahora jamás haya llegado a descubrirle un signo externo que lo identifique como tal, mi convicción de que es quien es se ha vuelto indestructible. No obstante que en ocasiones me enorgullece, en general ni me place ni me amedrenta el hecho de formar parte de la progenie del maligno.

Cuando un peón se atreve a hablar de mi familia dice que nuestra casa es el infierno. Antes de oír por primera vez esa aseveración yo imaginaba que la morada de los diablos debía ser distinta (pensaba, es claro, en las tradicionales llamas), pero cambié de opinión y di crédito a sus palabras, cuando luego de un arduo y doloroso meditar se me vino a la cabeza que ninguna de las casas que conozco se parece a la nuestra. No habita el mal en ellas y en ésta sí.

La perversidad de mi padre de tanto prodigarse me fatiga; le he visto el placer en los ojos al ordenar el encierro de algún peón en los cuartos oscuros del fondo de la casa. Cuando los hace golpear y contempla la sangre que mana de sus espaldas laceradas muestra los dientes con expresión de júbilo. Es el único en la hacienda que sabe reír así, aunque también yo estoy aprendiendo a hacerlo. Mi risa se está volviendo de tal manera atroz que las mujeres al oírla se persignan. Ambos enseñamos los dientes y emitimos una especie de gozoso relincho cuando la satisfacción nos cubre. Ninguno de los peones, ni aun cuando están más trabajados por el alcohol, se atreve a reír como nosotros. La alegría, si la recuerdan, otorga a sus rostros una mueca temerosa que no se atreve a ser sonrisa.

El miedo se ha entronizado en nuestras propiedades. Mi padre ha seguido la obra de su padre, y cuando a su vez él desaparezca yo seré el señor de la comarca: me convertiré en el demonio: seré el Azote, el Fuego y el Castigo. Obligaré a mi primo José a que acepte en dinero la parte que le corresponde, y, pues prefiere la vida de la ciudad, se podrá ir a ese México del que tanto habla, que Dios sabe si existe o tan sólo lo imagina para causarnos envidia; y yo me quedaré con las tierras, las casas y los hombres, con el río donde mi padre ahogó a su hermano Jacobo, y, para mi desgracia, con el cielo que nos cubre cada día con un color distinto, con nubes que lo son sólo un instante para transformarse en otras, que a su vez serán otras. Procuro levantar la mirada lo menos posible, pues me atemoriza que las cosas cambien, que no sean siempre idénticas, que se me escapen vertiginosamente de los ojos. En cambio, Carolina, para molestarme, no obstante que al ser yo su mayor debería guardarme algún respeto, pasa ratos muy largos en la contemplación del cielo, y en la noche, mientras cenamos, cuenta, adornada por una estúpida mirada que no se atreve a ser de éxtasis, que en el atardecer las nubes tenían un color oro sobre un fondo lila, o que en el crepúsculo el color del agua sucumbía al del fuego, y otras boberías por el estilo. De haber

alguien verdaderamente poseído por la demencia en nuestra casa, sería ella. Mi padre, complaciente, finge una excesiva atención y la alienta a proseguir, ¡como si las necedades que escucha pudieran guardar para él algún sentido! Conmigo jamás habla durante las comidas, pero sería tonto que me resintiera por ello, ya que por otra parte sólo a mí me concede disfrutar de su intimidad cada mañana, al amanecer, cuando apenas regreso a la casa y él, ya con una taza de café en la mano que sorbe apresuradamente, se dispone a lanzarse a los campos a embriagarse de sol y brutalmente aturdirse con las faenas más rudas. Porque el demonio (no me lo acabo de explicar, pero así es) se ve acuciado por la necesidad de olvidarse de su crimen. Estoy seguro de que si yo ahogara a Carolina en el río no sentiría el menor remordimiento. Tal vez un día, cuando pueda librarme de estas sucias sábanas que nadie, desde que caí enfermo, ha venido a cambiar, lo haga. Entonces podré sentirme dentro de la piel de mi padre, conocer por mí mismo lo que en él intuyo, aunque, desgraciada, incomprensible. Diente, entre nosotros una diferencia se interpondrá siempre: él amaba a su hermano más que a la palma que sembró frente a la galería, y que a su yegua alazana y a la potranca que parió su yegua; en tanto que Carolina es para mí sólo un peso estorboso y una presencia nauseabunda.

En estos días, la enfermedad me ha llevado a rasgar más de un velo hasta hoy intocado. A pesar de haber dormido desde siempre en este cuarto, puedo decir que apenas ahora me entrega sus secretos. Nunca había, por ejemplo, reparado en que son diez las vigas que corren al través del techo, ni que en la pared frente a la cual yazgo hay dos grandes manchas producidas por la humedad, ni en que, y este descuido me resulta intolerable, bajo la pesada cómoda de caoba anidaran en tal profusión los ratones. El deseo de atraparlos y sentir en los labios el pulso y el latir de su agonía me atenaza. Pero tal placer por ahora me está vedado.

No se crea que la multiplicidad de descubrimientos que día tras día voy logrando me reconcilia con la enfermedad, ¡nada de eso! La añoranza, a cada momento más intensa, de mis correrías nocturnas es constante. A veces me pregunto si alguien estará sustituyéndome, si alguien cuyo nombre desconozco usurpa mis funciones. Tal súbita inquietud se desvanece en el momento mismo de nacer; me regocija el pensar que no hay en la hacienda quien pueda llenar los requisitos que tan laboriosa y delicada ocupación exige. Sólo yo que soy conocido de los perros, de los caballos, de los animales domésticos, puedo acercarme a las chozas a escuchar lo que el peonaje murmura sin obtener el ladrido, el cacareo o el relincho con que tales animales denunciarían a cualquier otro.

Mi primer servicio lo hice sin darme cuenta. Averigüé que detrás de la casa de Lupe había fincado un topo. Tendido, absorto en la contemplación del agujero pasé varias horas en espera de que el animalejo apareciera. Me tocó ver, a mi pesar, cómo el sol era derrotado una vez más, y con su aniquilamiento me fue ganando un denso sopor contra el que toda lucha era imposible. Cuando desperté, la noche había cerrado. Dentro de la choza se oía el suave ronroneo de voces presurosas y confiadas. Pegué el oído a una ranura y fue entonces cuando por primera vez me enteré de las consejas que sobre mi casa corrían. Cuando reproduje la conversación mi servicio fue premiado. Parece ser que mi padre se sintió hala gado al revelársele que yo, contra todo lo que esperaba, le podía llegar a ser útil. Me sentí feliz porque desde ese momento adquirí sobre Carolina una superioridad innegable.

Han pasado ya tres años desde que mi padre ordenó el castigo de la Lupe, por malediciente. El correr del tiempo me va convirtiendo en un hombre, y, gracias a mi trabajo, he sumado conocimientos que no por serme naturales me dejan de parecer prodigiosos: he logrado ver a través de la noche más profunda; mi oído se ha vuelto tan fino

como lo puede ser el de una nutria; camino tan sigilosa, tan, si se puede decir, alarmadamente, que una ardilla envidiaría mis pasos; puedo tenderme en los tejados de los jacales y permanecer allí durante larguísimos ratos hasta que escucho las frases que más tarde repetirá mi boca. He logrado oler a los que van a hablar. Puedo decir, con soberbia, que mis noches rara vez resultan baldías, pues por sus miradas, por la forma en que su boca se estremece, por un cierto temblor que percibo en sus músculos, por un aroma que emana de sus cuerpos, identifico a los que una última vergüenza, o un rescoldo de dignidad, de rencor, de desesperanza, arrastrarán por la noche a las confidencias, a las confesiones, a la murmuración.

He conseguido que nadie me descubra en estos tres años; que se atribuya a satánicos poderes la facultad que mi padre tiene de conocer sus palabras y castigarlas en la debida forma. En su ingenuidad llegan a creer que ésa es una de las atribuciones del demonio. Yo me río. Mi certeza de que él es el diablo proviene de razones más profundas.

A veces, sólo por entretenerme, voy a espiar a la choza de Jesusa. Me ha sido dado contemplar cómo su duro cuerpecito se entreteje con la vejez de mi padre. La lubricidad de sus contorsiones me trastorna. Me digo, muy para mis adentros, que la ternura de Jesusa debía dirigirse a mí, que soy de su misma edad, y no al maligno, que hace mucho cumplió los setenta.

En varias ocasiones ha estado aquí el doctor. Me examina con pretenciosa inquietud. Se vuelve hacia mi padre y con voz grave y misericordiosa declara que no tengo remedio, que no vale la pena intentar ningún tratamiento y que sólo hay que esperar con paciencia la llegada de la muerte. Observo cómo en esos momentos el verde se torna más claro en los ojos de mi padre. Una mirada de júbilo (de burla) campea en ellos y ya para esos momentos no puedo contener una estruendosa risotada que hace palidecer de in comprensión y de temor al médico. Cuando al fin se va éste, el siniestro suelta también la carcajada, me palmea la espalda y ambos reímos hasta la locura.

Está visto que de entre los muchos infortunios que pueden aquejar al hombre, los peores provienen de la soledad. Siento cómo ésta trata de abatirme, de romperme, de introducirme pensamientos. Hasta hace un mes era totalmente feliz. Las mañanas las entregaba al sueño; por las tardes correteaba en el campo, iba al río, o me tendía boca abajo en el pasto, esperando que las horas sucedieran a las horas. Durante la noche oía. Me era siempre doloroso pensar; y evitaba hacerlo. Ahora, con frecuencia se me ocurren cosas y eso me aterra. Aunque sé que no voy a morir, que el médico se equivoca, que en el Refugio necesita haber siempre un hombre, pues cuando muere el padre el hijo ha de asumir el mando: así ha sido desde siempre y las cosas no pueden ya ocurrir de otra manera (por eso mi padre y yo, cuando se afirma lo contrario, estallamos de risa). Pero cuando solo, triste, al final de un largo día comienzo a pensar, las dudas me acongojan. He comprobado que nada sucede fatalmente de una sola manera. En la repetición de los hechos más triviales se producen variantes, excepciones, matices. ¿Por qué, pues, no habría de quedarse la hacienda sin el hijo que substituya al patrón? Una inquietud peor se me ha incrustado en los últimos días, al pensar que es posible que mi padre crea que voy a morir y su risa no sea, como he supuesto, de burla hacia la ciencia, sino producida por el gozo que la idea de mi desaparición le produce, la alegría de poder librarse al fin de mi voz y mi presencia. Es posible que los que me odian le hayan llevado al convencimiento de mi locura...

En la capilla que los Ferri poseen en la iglesia parroquial de San Rafael hay una pequeña lápida donde puede leerse:

VICTORIO FERRI
MURIÓ NIÑO
SU PADRE Y HERMANA
LO RECUERDAN CON AMOR

México, 1957

Amelia Otero

Deberías verla ahora, ¡ay, Cata, sencillamente le deshace a uno el corazón! Sabrás que la pobre se mantiene dando clases de música; yeso, ahora que ni pianos quedan en este miserable pueblo, significa medio morirse de hambre. ¿Recuerdas el suyo? Lo habían traído de Viena, o de París, qué sé yo. ¿Te acuerdas de su pequeño paraíso? Arañas de Murano, alfombras persas, mantelería de Brujas, chucherías del mundo entero para realzar los muebles que los Otero conservaban desde la fundación de San Rafael. Pues todo eso, Catalina, todo, no existe ya sino en la memoria. La inocente ha tenido que ir desprendiéndose de una pieza tras otra hasta quedarse al fin, como el arriero del cuento, con las manos vacías. Entras en esa casa que tú y yo y todos sabemos lo que fue y no resistes las ganas de echarte a llorar. Sólo cuando la vean esos ojos que se comerá la tierra te convencerás de que no exagero. Y mira que ni para ayudada, porque eso sería concederle el mismo derecho a todos los que un día fueron algo y hoy viven de milagro, sin un centavo en la bolsa, sin un mendrugo que llevarse a la boca. De cuando en cuando, eso sí, me la traigo a comer; no con la frecuencia que me gustaría, porque bien conocemos la inmisericordia que muestran los hombres ante estas situaciones; Cosme es de los que difícilmente olvidan, y aunque por lo general guarda silencio, cuando el tema sale a la luz puedo advertir que le hiere mi amistad con mujeres que, como ella, hicieron de su vida un homenaje decidido al diablo. No le quepa duda, joven, la vida es cruel. ¡Horriblemente cruel! Me imagino que ya por Catalina sabrá cómo se vivía hace cuarenta años en este San Rafael que ahora no podrá sino parecerle un pueblucho. Eso es lo que es, una aldea de medio pelo, una ranchería, arruinada., Nos cabe el orgullo de decir que nuestros tiempos fueron verdaderamente tiempos. ¿Recuerdas las noches de teatro? Mire, joven, desde aquí, por la ventana, puede ver la esquina donde se levantaba el teatro Díaz. Ahí mismo donde los Alarcón, gente de fuera, construyen una tienda de artículos eléctricos. Cada familia tenía un palco. La concurrencia era un espectáculo. Los caballeros de oscuro y nosotras de gala: plumas en los sombreros, en los abrigos, en las capas de colas soberbias, ¡y qué joyas! Me acuerdo de una salida de teatro de terciopelo negro con dos hilo_.de perlas falsas bordados desde el cuello hasta el dobladillo. ¡Corazón, lo que te envidié esa capa! Mas se dejó llegar la Revolución, y, ¿no digo bien que la vida es cruel?, aquel esplendor qué tanto nos confortaba fue cruelmente abajado y San Rafael quedó sumido en la más apabullante de las miserias. ¡Villa Muerta debió haberse llamado desde entonces! La mayor parte de la gente acomodada salió, como ustedes, hacia la capital en busca de garantías y si se les volvió a ver por estos rumbos fue sólo como turistas; quienes nos quedamos lo perdimos todo, o casi todo, a manos de los bandoleros; hordas hirsutas y salvajes que al grito de ¡Viva mi general Fulano!, o al de ¡Mueran los hombres de Perengano! irrumpieron de pronto por las calles. Escapada del monte, vomitada por la llanura, ¡sepa Dios de dónde habrá salido esa turba infame...!, lo cierto es que un día la tuvimos aquí, adentrándose violentamente en las casas, para acarrear con todo lo que les cabía en las ajorcas; acusaron al mundo entero de ser federal, saquearon el banco y las tiendas. Se volvieron los amos. Con la primera incursión de los rebeldes se inició la agonía de San Rafael, y fue entonces cuando la pobre Amelia se dejó tentar por el demonio. Te diré que yo tardé algún tiempo en

darme cuenta cabal de lo que ocurría; aunque ya estaba casada, ciertos temas, por pudor, por delicadeza, no se ventilaban delante de una con la desvergüenza de hoy, sino que se quedaban en la pura penumbra. Aquí y allá fui observando y escuchando cosas, de tal manera que cuando le abrieron proceso y fue a dar a la cárcel con sus huesos y sus humos de emperatriz destronada, ya no me sorprendí, casi me lo esperaba. ¡Parece que la veo!, ¡como si fuera ayer! Pasó frente a esta ventana; yo tenía a Martita de meses y me causó tal impresión que por varios días no pude darle el pecho. Caminaba erguida, vestido creo que de morado, muy hermosa. A pesar de que aquellos léperos la llevaban sujeta de las muñecas caminaba con la cabeza en alto, sin desviar la mirada, sin saludar a nadie, como si en el mundo existieran sólo las puertas de la cárcel y su única preocupación fuera alcanzarlas. Sólo mi comadre Merced Rioja se atrevió a desafiar, no a los esbirros que la conducían, que eso, dado sus arrestos, no le hubiera extrañado a nadie, sino a la opinión pública, pues si bien es cierto que con el tiempo todas fuimos volviendo a tratarla (no crean, se necesitaría tener el corazón muy de piedra para no compadecerse), en aquella época, los hechos tan recientes, y siendo, para bien o para mal, tan rígida nuestra conducta, resultaba espantoso que alguien se atreviera a acercársele y a dirigirle la palabra; cuando mi comadre Merced se dio cuenta de que la llevaban detenida se enfrentó al grupo y sin inmutarse por la mala catadura de aquellos desalmados le dijo que no se preocupara por sus hijos, que ella los llevaría a su casa y velaría por ellos el tiempo que fuera necesario. Su gestión resultó en vano, ya que un sobrino de Concha Ramírez se había ingeniado para llevados esa mañana al escondite de Julián, y éste desapareció para siempre con ellos; unos dicen que salieron rumbo a los Estados Unidos, otros que a Europa; hasta hay quienes sostienen que están viviendo en Mazatlán, lo cierto es que no volvió a enterarse del paradero del marido ni de los hijos; pero ve tú a indagar qué sabe y qué no sabe; con ella nunca se ha podido poner nada en claro, o, al menos, no tan en claro como teníamos derecho a esperar. De nosotras no se podrá quejar, si lo hace sería por pura ingratitud; la hemos tratado como a una hermana, nos hemos apiadado de sus pesares, la ayudamos hasta donde nuestros recursos nos lo permiten; hemos optado por perdonar y olvidar al ver lo caro que le resultó el pago; y así y todo, ¿creerás que nos trata con tales reservas que nadie hasta la fecha ha logrado enterarse de nada? ¿Dime si esa falta de confianza no ha de ofenderme? Pues bien, decía que del marido y de los hijos no volvimos a tener noticias, sólo que hace cosa de diez años, cuando Rosa Guízar trabajaba aún en el correo, tuvo en sus manos un sobre dirigido a Amelia, enviado del extranjero, y allí bien claro, la letra de Julián. Debió de haberlo abierto, debió de haber leído la carta; en ese caso no hubiera sido delito. No venía de los Estados Unidos, de eso Rosa estaba bien segura, pues conocía de sobra las estampillas. En aquel maldito sobre no constaba ni nombre ni remitente, ni dirección, ni nada. Rosa nos dijo cuál era la palabra impresa en la estampilla y Osario, el boticario, la anotó para buscarla en su Atlas Geográfico; pero has de creer que el estúpido perdió el apunte y como las desgracias nunca vienen solas a la pobre Rosita le atacó la embolia una de esas noches y ya no hubo posibilidad de sacarle una palabra ni de hacerle escribir una sola letra. Lo único que supimos fue que aquella carta, fuese de Julián o de quien fuera, perturbó terriblemente a Amelia; volvió a cerrar su casa a piedra e Iodo y durante días no se le vio salir a la calle. Era Concha Ramírez la que iba al mercado y a avisar a las alumnas que la señora no podía atender en esos días las clases de piano, porque el reuma, ¡SU socorrido reuma!, la había atacado con inusitada violencia y el menor movimiento le causaba dolores atroces; luego, cuando al fin se decidió a aparecer, estaba deshecha; en menos de una semana había envejecido siglos, y cuenta Julita Argüelles que mientras le daba la clase se le escaparon

algunas lágrimas, ¡vaya uno a saber si fue cierto!, pues nadie, al menos nadie digno de crédito, ha visto llorar a Amelia Otero.

Pero veo que te canso, Catalina, ya tu nieto estas historias le deben tener muy sin cuidado; qué quieres, a nosotras ya no nos pertenecen sino los recuerdos. Es tanto lo que uno ha visto, joven, y todo tan perverso, tan abrumadoramente triste, que tenemos que aireado a la menor oportunidad para no enloquecer, para que el corazón no nos reviente de pronto.

El día anterior a nuestro regreso a México, vagabundeando por las calles del pueblo, pasé frente a la casa de doña Carlota y se me ocurrió entrar a despedirme. Al poco rato la veía yo, divertido, ingeniársela para enhebrar el .hilo de su historia favorita:

—.Hacia 1910, San Rafael podía haberse erigido en un símbolo de paz y tranquilidad. La vida se deslizaba por cursos apacibles, sin angustias, sin sobresaltos de ninguna especie; las únicas penas las producían las defunciones, o el hecho de que la cosecha de café fuera pobre o no alcanzara un buen precio. No creo que usted, que seguramente ha aniquilado su juventud en un estúpido salón de cine, pueda hacerse cargo de la situación. Seguramente ha de parecerle tediosa e insípida la existencia que entonces cultivábamos, pero créalo, no necesitábamos más: paseos por el campo, tertulias en las casas, fines de semana en las haciendas de los alrededores; cuando nos visitaba una compañía dramática, San Rafael creía conocer la gloria; éramos tan aficionados a las tablas que hasta llegamos a patrocinar una que otra temporada de ópera. Era una vida tersa y armoniosa, y Amelia, la luciérnaga que imprimía luz a nuestros esparcimientos. Lo que más disfrutábamos eran las funciones de aficionados, no tanto por las representaciones sino por la diversión diaria que nos proporcionaban los ensayos. Durante las noches de verano su casa se mantenía animada por nuestro entusiasmo; después del ensayo se servía la cena y unas copas de aguardiente y de buen vino; a veces hasta se organizaba baile. Todo el mundo, actuara o no, acudía esas noches a su casa. Su abuela y yo aparecimos en los coros de *La mascarada. ¡No* sabe qué vestuario! Estaba aquí de vacaciones el licenciado Galván y comentó que nunca había visto un espectáculo de aficionados montado con tan buen gusto como aquella *Mascarada* que representamos un sábado de gloria en el teatro Díaz. Como le he dicho, las noches previas a la función tenían mucho encanto: en el salón grande, con Santitos Gaspar al piano, cantábamos los jóvenes; en la sala de junto los señores mayores jugaban a las cartas o al dominó y discutían sobre la situación política que empezaba a enturbiar los ánimos, mientras que, refugiadas en el comedor, las viejas no hacían sino comer a pasto y beber rompope y criticar a todo el mundo. No había hecho que en San Rafael pasara inadvertido por la torva mirada de aquella secta de momias; casi todas pasaban de los setenta: había nietas de los fundadores del pueblo. Aquellas once o doce ancianas conocían no sólo el más ligero desliz que alguna persona hubiera cometido, sino, lo que era muchísimo peor, podían predecir el futuro con impresionante certidumbre; por *eso* se les temía y respetaba como a vetustos e infalibles oráculos. Aquel grupo de viejas comenzó a esparcir el *rumor* de que ni Amelia ni Julián eran felices, que su matrimonio era un fracaso, que el hastío incubaba resentimientos entre ellos, a lo que todas respondíamos que era mentira, que su casa era la más alegre de la ciudad; pero cuando le expuse ese argumento a doña Victoria Fraga me respondió que *eso* era precisamente lo que la hacía sospechar que las cosas iban a acabar mal, pues si el matrimonio estuviera unido los cónyuges no necesitarían buscar oportunidades para no quedarse a solas, para estar aturdiéndose a toda hora, con gente, comidas, paseos y ensayos. "Acuérdate de mis palabras —añadió—, nuestra encantadora Amelia no tarda en dar un traspié." Quedé anonadada, pues, como le repito, cuando

aquellas ancianas dirigidas exacerbadas por los malísimos humores de Victoria Fraga, se decidían a lanzar el anzuelo, era porque estaban seguras de la pesca. Y me dolió, porque yo, la verdad, en aquel entonces quería mucho a Amelia. Le dije a doña Victoria que esa vez se equivocaba, que le tenía mala voluntad por venir de la capital, por disfrutar de la vida. Era tal mi furia que me atreví a decide que hablaba de ese modo por envidia, ya que Amelia era joven y elegante y, sobre todo, porque se había casado con Julián a quien desde muchacho le había echado el *ojo* para casado con una de esas gurbias abominables que tenía por nietas. La escena me dejó muy lastimada y contrita, y las noches siguientes las dediqué a observar detenidamente al matrimonio. ¡Era verdad! Una cortina de hielo se les había interpuesto; procuraban mantener entre *ellos* la mayor distancia posible. Si riñeran, decía yo para mis adentros, si se reclamaran cara a cara de todo lo que se les está incubando, las cosas cambiarían. Pero nunca riñeron, y así les fue... Poco después del estreno de *La mascarada* fuimos a Xalapa a que operaran a Cosme y de ahí yo seguí con mi suegra en México con intención de pasar una temporada con Maruja, la menor de mis cuñadas, lo que ya no fue posible, pues a las pocas semanas la situación se volvió muy difícil: no se oía hablar sino de levantamientos y de que del norte bajaba la Revolución. Antes de que, cortaran los caminos decidimos volver a San Rafael, y no teníamos ni una semana de haber llegado cuando los rebeldes asaltaron la población. Julián Otero tuvo que salir, igual que varios otros señores de la localidad, entre ellos mi marido, a esconderse en los alrededores. Me parece que fue en un rancho a Matalarga donde pasó esos meses. Amelia se quedó sola con sus hijos Mamá, siempre al pendiente de todo, fue a ofrecerle nuestra casa; pensó que era peligroso que una mujer viviera, en días tan turbulentos, sin un hombre que velara por su seguridad; pero ella se, negó a aceptar todas las invitaciones que a ese respecto le hicieron. Era como si presintiera su llegada. Lo más posible es que ya estuviera enterada. Me acuerdo que al día siguiente de la toma de San Rafael fuimos a visitada, se mostró más bien alegre, voluble y excitada. Se ha de imaginar el sorpresón que nos llevamos cuando nos dijo que en México había tratado con algunos revolucionarios Y que no había por qué alarmarse, que, tan pronto como terminaran las escenas inevitables de violencia tendríamos la oportunidad de conocer una vida mejor. Salimos de allí con el ánimo muy perturbado. De repente nos enterábamos de que una a quien siempre habíamos considerado de las nuestras, pertenecía al bando que obligaba a nuestros maridos a vivir escondidos en algún rancho de mala muerte, disfrazados de peones, medrosos y humillados. A los pocos días de la rendición del pueblo llegó una nueva fracción del ejército; cerca de mil fulanos: muerte y destrucción era su sino: ejecuciones en las haciendas, en los caminos, en los solares mismos de las casas, saqueos, raptos, vejaciones. Nunca me cansaré de reprocharle a Cosme el que no hubiéramos salido entonces de San Rafael, como hizo su familia y tantas otras. ¡La de sufrimientos que nos hubiésemos ahorrado! Los rebeldes, apenas llegados, comenzaron a repartirse en las casas. Piénselo, joven, mil gentes más que hubo que alimentar. A casa de los Otero, por ser una de las mejores, llegó a hospedarse el alto mando: el general Rubio con sus ayudantes. Los recibimos a la fuerza, haciéndoles notar lo poco que nos complacía ser sus anfitriones. ¡Qué días! Nos hacían comer en la cocina, servirles la mesa, hacerles las camas; de mil y una objeciones fuimos objeto en esos días. ¡A Amelia, en cambio!

Rubio daba la impresión de ser un muchacho decente injertado en la bola; a leguas se le notaba la diferencia con la chusma que lo rodeaba. Desde el primer momento la trató con atenciones, No la obligó a cederle; pistola en mano, su casa, como lo hicieron con nosotros los matarifes que nos tocó alojar, sino que fue a solicitar albergue para él y sus hombres durante el tiempo que permanecieran en San Rafael; no vaya a creer que cedió de

inmediato, por el contrario, la muy ladina replicó al general que estando su marido en la capital le parecía contrario al decoro alojar a un grupo de militares; el hombre no cejó, siguió insistiendo con aplomo hasta que Amelia no tuvo más remedio que dejados pasar. Ya en ese primer encuentro, si uno lo piensa bien, se podía descubrir algo anómalo, un tono de comedia bien ensayada en la solicitud y en las negativas, en las súplicas y en la aceptación final, un aire de galanteo, tanto que a mí me latió que Amelia y Rubio se conocían desde antes, desde sus tiempos de soltera en la capital. Pasaron varios días durante los cuales nadie se preocupó más que de salvar el pellejo y las pertenencias, lo que día a día se fue haciendo más problemático, pues en cada casa había por lo menos cinco matarifes que todo lo acechaban, todo lo veían, ¡malditos mil veces los muy hijos de perra!, y a todo el mundo trataban de comprometer. Durante esos primeros días, Amelia permaneció encerrada todo el tiempo. Como no podíamos recibir en nuestros hogares por estar constantemente vigilados, tomamos la costumbre de reunimos por la tarde en la alameda y tratar ahí nuestros asuntos, consolamos por nuestros cotidianos pesares, cambiar impresiones y ayudamos en todo lo posible. Amelia no asistía y cuando íbamos a buscarla pretextaba un terrible dolor de cabeza, reuma cerebral nos decía a las cándidas, pues ya sea en los pies, en los brazos o en el cerebro, siempre se ha refugiado en el reuma para evitar explicaciones. Creíamos que realmente estaba enferma y que sus dolores debían ser producidos por la zozobra que a una mujer sola le produciría tener alojada en su casa a una banda de forajidos. ¡Qué lejos estábamos de imaginar que el desagrado se lo causaban nuestras visitas y que en aquel cabecilla tenía para su consumo un hombre de placer! Tampoco hay que juzgarla del todo peor, muchachito: el general no era un cualquiera; no era, ¡ay, no!, como aquellos indios cerreros que vivían en esta casa. Rubio era un señor. Con decirle, que anciana como soy y pudiendo, por lo mismo, ver las cosas en perspectiva y no espantarme de nada, creo que yo y mis hermanas, y las Mendoza, y las muchachas García Rebolledo y todas, aunque no nos lo confesáramos ni a nosotras mismas, andábamos de cabeza por él; si una noche hubiera llegado a mi casa para decirme: "Ándele, güera, vaya empacando sus trapos que ahí afuera nos espera el caballo para jalar al monte, ándele, ándele", o cualquier ordinariez por el estilo, me habría ido con él, con todo y el respeto que guardé siempre a mis padres, y el que le he tenido a Cosme, y el que he guardado toda la vida a mi honra y buen nombre, me habría ido con él, habría sido su soldadera, su puerca, su escopeta, y aunque a los pocos días me hubiera abandonado me habría sentido colmada, porque era un ángel, un sol, Una profundidad, un demonio; nunca vi, ni antes ni después, otro hombre que se le pareciera; era un ángel con cara de Caín. Lo odiábamos por lo que representaba, pero no podíamos dejar de advertir que sus ojos eran los de un iluminado. A las pocas semanas no se preocupaban en tener el menor recato; hacían frecuentes paseos, por lo general al campo; no nos cansábamos de admirar su frescura y desvergüenza cuando los encontrábamos caminando parias alrededores. Las cosas llegaron a tal extremo de impudicia que doña Victoria Fraga, asistida por el consenso público, fue a hablarle y a exigirle que modificaran su conducta. Amelia no se inmutó; salió con la nueva de que el general Rubio y ella eran amigos de infancia, que hasta los unía un lejano parentesco —se parecían, eso es cierto, se parecían muchísimo— y que por lo tanto no tenía que moderar ninguna conducta; sus actos eran los de una vieja amiga, prima además, y que como el general se encontraba desamparado, así dijo, ¿lo puede usted creer?, ¡desamparado!, en un pueblo tan oscuro y de gente tan aburrida, se sentía en la obligación de hacerle lo más grata que fuera posible su estancia. Doña Victoria le respondió que se alegraba muchísimo, que perdonara su error, y ya que el general era su primo Julián no tendría problemas para volver

a casa. Amelia la dejó casi con la palabra en la boca, comenzó a quejarse de su bendito reuma y de los dolores que le ocasionaba, y lo necesario que le era el reposo. No obstante que la época nos había acostumbrado a que cualquier cosa nueva tenía por fuerza que ser terrible, nadie se esperaba un desenlace tan estrambótico y siniestro. Cuando Madero llegó a la presidencia, Rubio fue nombrado jefe militar de la zona; luego, la verdad es que no me explico qué ocurrió, estos rebeldes y los maderistas entraron en pugna, no lo sé bien, no me interesa, lo cierto es que se hizo público que Rubio había sido desconocido en su cargo y que las fuerzas gubernamentales tomarían la población Otra vez la zozobra, otra vez el miedo al imaginar que nuestras calles, nuestras casas, serían el escenario en que habían de desarrollarse los combates, hasta que nos enteramos que Rubio no opondría resistencia a las tropas del gobierno, que evacuaría San Rafael por la paz. Se decía que Amelia saldría con él, que dejaría para siempre casa, marido e hijos. Y así fue. La madrugada en que salió la tropa, la Otero abandonó San Rafael. Pero a los tres días, para nuestro asombro, regresaron ambos; a llevarse algo, pensamos, seguramente dinero, o las joyas de Amelia, o a volver a ver a los niños. Fue un anochecer. Dejaron los caballos en la alameda, caminaron a lo largo de la calle mayor, iban como perturbados, como ebrios, uno aliado del otro sin siquiera tomarse la mano. Todos pudimos verlos; las calles bullían de gente que comentaba la situación en que nos encontrábamos; se iban unos, pero estaban otros por llegar cuya crueldad nadie conocía. Amelia y Rubio caminaron sin vemos, sin reconocemos, agobiados, hasta llegar al parque donde él se desplomó en una banca, como si ya no pudiera más, pero ¿por qué?, ¿qué había pasado? Ni en el cine he visto una escena como aquélla: Rubio sentado en la banca con la cara entre las manos, ella, de pie, demacrada, martirizada, perdida. Unos minutos después lo tomó de la mano como a un niño, como a un hermano pequeño, y siguieron caminando hasta llegar a su casa. En esos momentos no estaba sine Concha; ella es la única que podría dar un testimonió veraz de la tragedia, aunque como le he dicho, joven, jamás se le ha podido sacar una palabra; es terca como una mula y no sabe sino responder que no oyó ni vio ni supo nada; que lo que allí pasó a ella no le importa, ni a nadie. Cuando se oyeron los disparos nadie les dio importancia, en aquel entonces los balazos eran el pan nuestro de cada día. A la mañana siguiente, Concha salió a comprar el ataúd. Todo el mundo estaba consternado y sin saber a ciencia cierta cómo proceder, pues hasta que no negaran los destacamentos maderistas pasamos por momentos rarísimos, sin autoridades, sin tribunales, sin gendarmería siquiera, así que lo único que nos cupo fue dejamos invadir por el horror y esperar las aclaraciones que jamás se nos dieron. Esa misma tarde, sin autopsia, sin que nadie tratara de impedido, el general Rubio fue sepultado. A las toscas manos de Concha correspondió el honor de echar el último puñado de tierra al hombre que convirtió a nuestra Amelia en una adúltera y una criminal. No salió, de su casa sino hasta muchos días después, cuando las nuevas autoridades ordenaron su aprehensión. Para nuestra desdicha no pudimos sacar nada en claro. El proceso fue secretísimo y parece que nada quedó apuntado. El licenciado Bustamante, que venía con los maderistas, le dijo un día a mi cuñado Laureano que aquél era el caso más interesante que había juzgado en su vida.

"Un viento de tragedia griega —dijo muy pomposamente— ha soplado en el caso de Xavier Rubio y Amelia Otero." Declaró que los había conocido antes en México cuando niños, y que ya entonces había presentido el final. Eso fue todo lo que recabamos de aquel proceso que la llevó quince días a la cárcel para resultar absuelta: que un viento de tragedia griega había soplado en sus vidas, ¡hágame usted el favor! Y si salió libre, ¿qué debíamos suponer?, ¿que fue un suicidio?, ¿entonces por qué ni ella ni Concha lo dicen? Al salir de

la cárcel se encontró sin marido y sin hijos; doña. Merced le entregó un sobre abierto en el que Julián le dejaba las escrituras de la casa y de unas fincas que tenía aquí cerca, por el rumbo de La Cuchilla. Las demás propiedades las malvendió Julián a don Cruz Vega. Amelia llegó a su casa, tapó puertas y ventanas y durante muchos, muchísimos años, permaneció oculta. Nada sabíamos de ella; yo, fantasiosa como soy, llegué a temer que hubiera muerto y que Concha nos ocultara la noticia; hasta que un día, unos quince años después ante el asombro general, sus ventanas se abrieron, y a los pocos días la teníamos nuevamente por las calles. Era como un espectro que nos recordara una época que todos queríamos olvidar. Era traernos nuevamente al corazón aquellos años de despojos, de saqueos, de atropellos, y lo más penoso, lo muy doloroso, es que nos recordaba también nuestro bienestar anterior en un tiempo amargo en que todos teníamos que vivir al día. También ella debía mantenerse entre grandes estrecheces; sus joyas habían ido a parar, su fiel Ramírez se había encargado de llevarlas, a casa de Nabor Quintero, el prestamista. Imagínese nuestro asombro al ver salir aquel fantasmón a la luz después de tantos años de absoluta incomunicación. Parecía que fuésemos espectadoras de una representación al aire libre. Dos rosas amarillas recién cortadas adornaban su cabellera rubia. No creo que la agitación alcanzara semejantes proporciones el día que sus vecinos vieron resucitar a Lázaro. No hubo un alma que no se asomara a los balcones o saliera a la calle, y así, con el pueblo entero haciéndole valla, reapareció en escena. ¿Se da usted cuenta? En la primera salida se dirigió al despacho del licenciado de la Peña para encargarle la venta de su finca en La Cuchilla, pues, según aclaró, eran tierras que no podía atender y le estaban haciendo falta unos centavos para algunos menesteres —menesteres que eran comer tres veces al día, me imagino——. Tendría entonces cerca de cincuenta años; ni una arruga en la piel, que se había vuelto de una blancura sobrenatural, ni una cana en el espeso cabello rubio, pero, le digo, ya no era hermosa; la soledad y el sufrimiento habían dejado marcada. Después de aquella primera salida empezó a hacer algunos paseos al atardecer y todas fuimos, poco a poco, volviéndola a tratar. Al principio sólo un furtivo saludo, luego nos le fuimos acercando, después la admitimos en nuestras casas, y así, cuando vendidas todas *sus* pertenencias se ofreció a dar clases de piano, a nadie le supo mal encomendarle a *sus* hijas, máxime que nunca hablaba del pasado ni, muchísimo menos, de *sus* extraños amores con aquel apuesto general guerrillero. Los años pasaron sin añadir novedades a su vida, a no ser esa misteriosa carta cuyo origen nunca logramos averiguar. Con la vejez se le han agudizado las manías. A *veces* se pasa noches enteras sentada en el balcón con la mirada fija en el parque, en aquella banca donde una noche de otoño había llorado su amado pocas horas antes de que una bala le penetrara en el corazón llueve, hace frío, y ahí la tiene, apostada en la baranda con sus setentaitantos años a cuestas; Inmóvil, como si esperara oír algo, como si pensara que de pronto iba a encontrarse con él, mientras *sus* ojos, alocados e irredentos, se lanzan desesperadamente a buscarlo. ¡La pobre...! No quisiera estar un solo minuto dentro de su piel, con esas cargas que debe llevar dentro, con esos pecados que deben lacerarle todo el tiempo las entrañas; no sólo el asesinato, si lo hubo, pues he negado a pensar que en este caso eso fue lo de menos, y que el vínculo que la unía a Xavier Rubio era más sórdido y terrible que el crimen mismo.

De pronto doña Carlota dejó de hablar. Algo visto a través de la ventana la sacó de aquella abstracción de médium en que se había mantenido a lo largo del relato. Me asomé yo también.

Una figura grotesca cruzaba la calle.

—Es ella —murmuró—. llevaba un vestido de principios de siglo, de grueso género verde; la cola larga y fluida parecía atorarla a cada momento a los guijarros de la calle, haciendo más penosa aún la marcha; un mantón desteñido y marchito se enredaba, con torpe gracia, a su cuello; se apoyaba al caminar en un bastón tosco de madera con puño amarillo; el cabello, desastrosamente teñido con reminiscencias de yodo, estaba recogido en la parte superior en una informe madeja. Parecía absurdo suponer que aquella estrambótica criatura, ridícula y grotesca, hubiera podido protagonizar un drama pasional tan intenso; pero cuando se acercó y pude contemplar sus ojos quedé sobrecogido. En ellos estaba fija una mirada salvaje y tierna que se paseaba por todos los registros e la pasión, y que de modo impresionante podía traslucirlos todos a la vez, de la ferocidad más animal a la más piadosa de las ternuras, del arrojo más decidido al más conmovedor de los temes.

Nunca más volví a San Rafael. Amelia Otero debe haber muerto; también Concha Ramírez, Su fiel sirvienta, y doña Carlota, la obsesiva relatora. Es posible que a la muerte de Amelia se hubiesen podido al fin conocer los pormenores de su tragedia, que hayan surgido cartas, papeles, diarios, pero también es posible que a nadie le hubiera ya interesado leer aquellos documentos. Muertos *sus* contemporáneos, moría su historia. Tal vez en la planta baja de su casa, los Alarcón —gente de afuera hayan abierto ya una discoteca.

México, 1957

La pantera

El sentimiento de aterrada ternura que su aparición me produjo fue la magia que más decisivamente penetró en mi niñez. Nada conocí que confundiera de tan cabal manera lo grandioso con lo bestial. En las noches siguientes imploré, casi con lágrimas, su presencia. Mi abuela repetía hasta la saciedad que de tanto jugar a los bandidos acababa por soñarlos y en efecto, sucedió que después de incesantes juegos en que la persecución y el simulacro de la villanía eran los únicos ingredientes, el coraje y la sangre visitaron mis noches. En aquel tiempo, por otra parte, ir al cine se reducía a ver una sola película con ligeras variantes de función a función: el invariable tema lo proporcionaba la ofensiva aliada en contra de las huestes del Eje. Una tarde de programa triple (en que con indecible deleite habíamos visto caer los obuses sobre un fantasmagórico Berlín donde edificios, vehículos, templos, rostros y palacios se diluían en una inmensa vertiente de fuego, la penumbra de los refugios antiaéreos en un Londres de obeliscos raros y grandes, casas sin fachadas, y el mechón de Verónica Lake, impasible frente a la metralla nipona en tanto que un grupo de heridos era evacuado de un rocoso islote del Pacífico) consiguió que por la noche el fragor de las balas se internara en mi alcoba, y que una multitud de cuerpos mutilados, cráneos de enfermeras, colegios y hospitales en llamas me lanzaran a la vigilia y a buscar protección en el cuarto de mi hermano.

Con plena conciencia de sus riesgos inventé juegos artificiosos que a nadie, ni siquiera a mí mismo, divertían. El acostumbrado antagonismo entre policías y ladrones o entre aliados y alemanes fue sustituido por el de otros fieros y extravagantes protagonistas. Juegos donde las panteras atacaban a los nativos, juegos de cacerías frenéticas donde las panteras aullaban de dolor y rabia al ser perseguidas por los cazadores, juegos donde las panteras combatían encarnizada—mente con los caníbales. Pero ni eso, ni la contemplación reiterada de películas de la selva hicieron posible que la visión se repitiera.

Su imagen persistió en mí durante una temporada que ahora imagino bastante larga, aunque con dolor tuve que ir comprobando que la imagen se hacía cada día más endeble, que mansamente se le diluían los rasgos. El tiempo, que no es otra cosa que un flujo zigzagueante de olvidos y recuerdos, anula, en definitiva, la voluntad de fijar para siempre una sensación en la memoria. Senda urgencia de volver a verla para escuchar el mensaje que mi torpeza le había impedido transmitir. La noche en que apareció, después de trazar un gracioso rodeo alrededor de un sillón, caminó hacia mí, abrió las fauces, y, al observar el terror que tal movimiento me inspirara, las cerró nuevamente con un dejo de agraviada tristeza. Salió de la misma nebulosa manera en que había aparecido. Durante días y días no cesé de echarme en cara mi falta de valor. Me reprochaba con dureza el haber podido imaginar que aquel gracioso animalillo tuviese intenciones de devorarme. Si su mirada era amable, tierna, suplicante, y su hocico parecía dispuesto más que para el regusto de la sangre, para la caricia y el juego.

Nuevas e ineludibles horas vinieron a sustituir a aquéllas. Otros sueños eliminaron al que por tantos días había sido mi constante pasión. No solamente llegaron a parecerme tontos los juegos de panteras, sino también incomprensibles al no recordar ya con precisión

la causa que los originara. Pude volver a preparar mis lecciones, a esmerarme en el cultivo de la letra y en el difícil manejo de los colores y las líneas.

Triviales, soeces, intensos, difusos, torpemente esperanzados, quebrados, engañosos y sombríos tuvieron que transcurrir veinte años para alcanzar la noche de ayer, en que sorpresivamente, como en aquel sueño infantil y bárbaro, volví a escuchar el ruido de un objeto que caía en la habitación contigua. Lo irracional que cabalga siempre dentro de nosotros, adquiere en determinados momentos un galope tan enloquecido y aterrador, que cobardemente apelamos (llamándole razón) a ese solemne conjunto de normas con que intentamos reglamentar la existencia, a esos vacuos convencionalismos y autoengaños con que se pretende detener el vuelo de nuestras intuiciones y vivencias más profundas. Así, aun dentro del sueño, traté de apelar a una explicación racional, arguyendo que el ruido lo habría producido la entrada de un gato que a menudo entraba a dar cuenta de los desperdicios de la cocina. Soñé que reconfortado por esa aclaración volvía a dormir para despertar poco después, al percibir con toda claridad, cerca de mí, sus pasos. Frente al lecho, contemplándome entre divertida y melancólica estaba ella. Recordé en el sueño la visión anterior, los años transcurridos habían logrado modificar únicamente el marco. Ya no existían los muebles pesados de nogal, ni el soberbio candil de bronce que por un privilegio especial mi abuela había hecho colocar sobre mi cama, ni el gigantesco ropero adosado a la pared; sólo mi expectación y la pantera permanecían inmutables, cual si entre ambas noches hubiesen transcurrido solamente unos breves segundos. La alegría, confundida con un leve temor, me penetró. Recordé minuciosamente los incidentes de la primera visita, y atento y azorado esperé su mensaje.

Ninguna prisa atenazaba al animal. Con paso lento, lánguido y artero se paseó frente a mí describiendo pequeños círculos; luego con salto certero alcanzó la chimenea, removió las cenizas y volvió al centro de la habitación; me observó fijamente, abrió las fauces y al fin se decidió a hablar.

Todo lo que pudiera decir sobre la felicidad descubierta en ese momento no haría sino empobrecerla. Mi destino se rebelaba de manera clarísima en las palabras de esa oscura divinidad. El sentimiento de exultación y júbilo alcanzó un grado de intolerable intensidad. Imposible encontrarle parangón. Nada, ni siquiera alguno de esos efímeros instantes en que al conocer la dicha presentimos, paradójicamente, la eternidad, me produjo el efecto logrado por su voz.

La emoción, al hacerme despertar, desterró la visión; no obstante permanecían vivas aquellas proféticas palabras que inmediatamente escribí en una media cuartilla hallada en el escritorio.

Al volver a la cama caí en un profundo sueño, del que no se alejaba la conciencia de que el enigma quedaba descifrado, que los obstáculos que de mis días habían hecho un tiempo sin horizontes se derrumbaban vencidos.

Sonó el despertador. Con infinita ternura contemplé la hoja blanca en que se vislumbraban aquellas doce palabras esclarecedoras. Dar un salto y leerlas de inmediato hubiera sido el recurso más fácil. En vez de ceder al deseo me dirigí al baño; me vestí lenta y nerviosamente con forzada parsimonia; tomé una taza de café, después de lo cual, estremecido por un leve temblor, corrí a leer el mensaje.

Veinte años tardó en reaparecer la pantera. El asombro que en ambas ocasiones me produjo no puede ser gratuito. La solemnidad de ese sueño no debe atribuirse a un simple desperfecto funcional. No, había algo en su mirada, sobre todo en su voz, que hacía suponer que no era la escueta imagen de un animal, sino la representación de una fuerza y de una

inteligencia instaladas más allá de lo humano. Y sin embargo, con estupor y desolada vergüenza, debo confesar que las palabras anotadas eran apenas una mera enumeración de sustantivos triviales y anodinos, que asociados no hacían sentido alguno. Por un momento dudé de mi cordura. Volví a leer cuidadosamente, a cambiar de sitio los vocablos como si se tratara de armar un rompecabezas. Uní todas las palabras en una sola, larguísima; estudié cada una de las sílabas. Invertí días y noches en minuciosas y estériles combinaciones filosóficas. Nada logré poner en claro.

El revelárseme que los signos ocultos están inficionados de la misma torpeza, del mismo caos, de la misma desgana, que padecen los hechos visibles, lejos de abatir mis esperanzas ha acabado por fundamentarlas.

Sé que una noche volverá la pantera. Tal vez tarde en hacerlo otros veinte años. Entonces hablaremos de esas palabras que ya nunca podré olvidar, y juntos, ella y yo, trataremos de aclararlas y hallarles su sentido. Tal vez no viniera, como yo imaginé, a descifrar mi destino, sino a implorar un auxilio para desentrañar el suyo.

México, mayo de 1960

Hora de Nápoles

El sol cae a plomo. Un calor africano fustiga la ciudad a despecho del invierno que en esos mismos días, en esos instantes precisos, se encarniza con el resto del país. La gente se arracima junto a los barandales del muelle; permanece inmóvil durante un tiempo que en virtud de la tensión imperante se hace elástico, larguísimo, infinito. Las familias y amigos de los que parten, pequeños grupos aislados al comienzo, forman ya una multitud cerrada. Durante horas no hacen sino mirar fija e intensamente en dirección al barco. Nadie habla; de vez en vez alguna anciana extrae del pecho un pañuelo oscuro y lo agita con desganada tristeza, consciente de la inutilidad del gesto. Hemos embarcado a las once de la mañana; van a dar ahora las cuatro y ellos continúan ahí, calcinados por el sol, petrificados. De ninguna manera es menor la intensidad con que los de cubierta contemplan a sus deudos. Hay una especie de muro invisible que separa a ambos grupos. Un sentimiento general de expectación desgarra el aire, vuela, se arremolina, choca con el muro, y sus astillas, sus gajos, vuelven a añadir, si aun ello es posible, una nueva carga de electricidad en los nervios tensos de los presentes. Todo lo que uno ha oído decir sobre el dramatismo del sur se plasma y magnifica en estas soberbias horas de Nápoles. Han venido los padres, los abuelos; viejas tías en pétreos villorrios calabreses, madres de La Puglie, familias enteras de Nápoles y sus alrededores a despedir a los emigrantes. (Una niña de brazos suelta una carcajada y se calla llena de vergüenza; ha sonado su risa como un sacrilegio, como un golpe de moneda falsa.) Los ojos son los únicos órganos que parecen, tras su aparente estatismo, mantener aún la vida; vítreos, inmóviles; los anima, sin embargo, un afán desesperado, enloquecido, de detener durante esos últimos momentos la imagen del que parte, del que horas más tarde comenzará a ser sólo recuerdo. A juzgar por ese único sector del puerto, Nápoles ha muerto. De golpe se escucha la sirena; un pitido largo; inmediatamente después otro más breve. Suenan clarísimas las cuatro de la tarde y la nave comienza a ponerse en movimiento; ese movimiento grave que es apenas un recoger de cadenas, un girar de hélices. Las horas anteriores existieron sólo para desembocar en ese instante. Una mujer lanza un grito aislado y la multitud le responde con un rugido único, desgarrador e impetuoso. Se alcanza un paroxismo de dolor que estremece hasta al testigo más frío. Las madres se retuercen, corren con los brazos en alto, se desploman bañadas en lágrimas. De entre el rauco vocerío descuellan algunos gritos:

—*¡Torna, Te resino! ¡Te resino, torna súbito!*

—*¡Camilo, non ti vedró mai piu!*

Y uno simple, elemental:

—*¡Figlio! ¡Figlio*!

Jóvenes y ancianos se acongojan, lloran, gritan en cubierta. Parecería que aquellos trajes estrechos y entallados fueran a reventar de un minuto a otro debido a las convulsiones que por dentro los sacuden. A mi lado unas viejas sicilianas se destrozan la garganta con gritos y lamentos emitidos en una jerga indescifrable.

*** * ***

Los rostros, las manos, los pañuelos, se hacen cada vez más diminutos. Al fondo queda la ciudad, colorida, soleada, procaz; luego ella también desaparece. Han comenzado a circular unas botellas de vino; las sicilianas, que hacen por vez segunda el viaje, paladean con fruición la bebida y hablan de Nueva York, de Manhattan. Muchos se acercan a oírlas; los ojos enrojecidos, pero secos; uno entre tantos, un anciano, enarbola su bastón y canta a voz en cuello:

—*Mazzolin dei fiori...*

La multitud, recuperada, responde con alegría genial:

—*Che vien de la montagn…*

El ritmo se ha restablecido. ¿Quién ahora va a acordarse de las ancianas que por calles de Nápoles, trepadas en pletóricos autobuses, enlutadas, cubiertas con toscos pañolones, van musitando su oquedad? Nueva York, Manhattan, América, son ahora el presente.

A bordo del «Leonardo da Vinci». Enero de 1962.

Asimetría

Para Luz del Amo

Apenas logra recordar el inicio de la conversación. De cierto sólo sabe que en un momento se levantó, saltó, bailó de alegría para asombro de su hermana, de sus sobrinos y del amigo de su sobrina, a la vez que comentaba que siempre había sabido lo que aquel muchacho sostenía, sí, eso, que el mundo era asimétrico, que la esencia de la materia, de la energía, ¿o de qué diablos, de la vida? era asimétrica. Eso lo explicaba todo: la fuga de Tolstoi de Iasnaia Poliana, la vasta estirpe de Jack el destripador, los cuartetos de Beethoven, la existencia de Auschwitz, los gestos perfectos de la Dietrich, la ebria adolescencia de Rimbaud y sus marchitas jornadas abisinias, la transformación del dinosaurio en iguana, del caballo en cerdo, la obra entera de Shakespeare. Pero ya en ese momento le comenzó a pesar, por una parte, la certidumbre de que no había logrado comprender de qué hablaba, y, por otra, la sospecha de que toda especie animal busca siempre la simetría, si es que simetría era, como él entendía, la regularidad de hábitos que en conjunto determinan el metabolismo de la Naturaleza. Si el hombre desecha una forma, se dijo, era para sustituirla por otra igualmente aspirante a ser simétrica. Ni Altamira, ni el Barroco ni el Bauhaus eran excepción a esa regla, antes por el contrario...

Y ANTES SE REFIRIÓ A LA ÓPERA

como ejemplo de la aspiración del hombre a crear una forma absoluta, la forma extrema donde el artificio lo es todo: el esquema totalizador de los sentimientos, el lento corte en el espacio de un brazo o de una espada, la caída mortal en medio de un aria inacabable... ¡Las cosas que ahí se dicen! Nadie en la vida se comporta de esa manera, menos cuando está por morir, ni siquiera cuando ama o cuando descubre que ha sido traicionado. ¿Se ha sabido de alguien que en un instante de desesperación se levante y declare: *Vissi d'arte, vissi d'amore, non feci mai male ad anima viva!?*

—Claro que no —dijo una vez Lorenza, cuando él, muy al principio de su amistad con las hermanas, oponía tímidos reparos al género—, pero quien de verdad ha amado no ha hecho sino expresar en el momento preciso, no tanto las palabras de Cavaradosi: *amore que seppe a te vita serbare ci sarà guida in terra, in mar nocchiere e vago farà il mondo a risguardare*, sino esa desesperada intensidad que sólo la música que las acompaña logra hacer posible.

—Igual que cualquiera de los tiranos de hoy día repite, sin saber el nombre del personaje o la pieza a que corresponde, alguna línea de un Ricardo o Enrique shakespeariano —añade, como al azar, Celeste.

—Tienes razón, pero no es exactamente a eso a lo que me refiero. En la ópera el lenguaje ideal al que todos aspiramos se potencia con la música —le arrebata Lorenza la palabra—. Claro que es necesario cierto grado de pureza, tanto del autor para crear la forma como del espectador para integrarse a ella. Creerá usted, Ricardo, que hay un momento en

que después de oír una fuga de Bach yo soy esa forma, soy-ya-la-fuga. En las otras artes, en la literatura, por ejemplo...

Pero Lorenza por lo general se detiene ahí como si se sumiera en meditaciones profundas. La verdad es que su campo de lecturas era en extremo reducido. Su hermana estaba mejor informada, sabía muchas cosas. En la literatura inglesa daba la impresión de moverse como pez en el agua.

Desde luego en la ópera, en la literatura, en el arte en general, por tratarse de la expresa creación de una forma, esa referencia a la simetría era más visible que en los otros órdenes de la existencia.

Pero, ¿era el artista en sí una asimetría de la Naturaleza, igual que el orate, el criminal o el místico, o era simplemente otro punto de mira que permitía establecer una nueva relación simétrica con el todo?

SIMETRÍA: PROPORCIÓN ADECUADA DE LAS PARTES DE UN TODO ENTRE SÍ Y CON EL TODO MISMO, SEGÚN EL LAROUSSE.

—Sí —repite—, en el arte todo puede explicarse, orientarse y resolverse de la manera que mejor nos plazca. Pero, en cambio, en las relaciones humanas, las que surgen del mero tedio de la vida cotidiana, para no hablar ya de las que crea la pasión... ¡qué exceso de palabras desgastadas, qué montañas de despojos, de costras y cáscaras del lenguaje para llegar a nada!

Hubo un momento durante una enfermedad en que estuvo a punto de morir. ¡De esa enfermedad y Vio entonces una especie de tejido, algo de las visiones que le semejante al revés de un tapiz donde unos produjo les ha hablado hilos de color terroso se trenzaban entre hasta marearlos! sí, se ataban aquí y allá en nudos de distintos tamaños. Cada detalle era en sí confuso, pero el total creaba una forma cerrada. Supo, aún en medio del delirio, que ése era el trazo y el esquema de su vida. ¿Cómo saber si aquella superficie, sus rugosidades y contornos definían una forma simétrica?

¿SIMÉTRICA EN RELACIÓN A QUÉ? ¿Y A QUÉ VENÍA ESE EJEMPLO? ¿QUÉ ILUSTRABA, QUÉ ERA A FIN DE CUENTAS LO QUE DESEABA DECIR? —SE PREGUNTARON TODOS.

Sencillamente a tratar de explicar lo que ha sido su vida, entenderla ligada a la hipótesis del joven científico amigo de su sobrina, quien comentó que el estudio del neutrón había revelado el principio asimétrico de toda forma de vida, y a su posterior confusión al advertir que no sabía en realidad de qué hablaba. Volvió entonces, ante el fastidio de los demás, a repetir algunas anécdotas personales sobre sus sueños de estudiante y su estancia en París. De ahí las alusiones a una tal Lorenza, a una tal Celeste, mujeres que en alguna ocasión sostuvieron que una de las necesidades esenciales a la especie humana era la de crear una forma y conciliarse con ella, lo que era válido en todos los terrenos, el religioso, el artístico y aun el meramente vegetativo de la existencia diaria. Confiesa que a medida que envejece los cauces de la vida, sus posibilidades, le resultan cada vez más agobiadoramente triviales.

No dice, en cambio, que cada día que pasa es mayor su necesidad de responsabilizar a los demás de sus fracasos, que lo único que a veces siente que lo rescata del marasmo definitivo es el sufrimiento. Despedir a una sirvienta puede producirle días de agonía, meterlo en cama, repetirle de manera activa el agobio de la expulsión: la pérdida del reino.

¡Había que verlo en París hacia mil novecientos cincuenta y tantos! ¿Un pobre diablo, ya desde entonces? Tal vez. Pero no perdona la crueldad con que se lo demostraron. Buscaba entonces rescatar su niñez y más que nada la imagen extraviada de su padre. ¿Qué huella había dejado entre quienes lo conocieron aquel secretario de la Legación de México muerto súbitamente a los treinta y seis años, días antes de la caída de París? Al día siguiente de su llegada fue a visitar la tumba. ¿Podría su orfandad precoz explicar ciertas reacciones? Es decir, ¿a alguien que viviera otras circunstancias le habría impresionado de la misma manera el trato con Lorenza y Celeste? Es casi seguro que no. El propósito visible de aquella estancia fue el de seguir un curso de composición en el Conservatorio. Encontró a algunos mexicanos radicados desde siempre en París que decían recordar muy bien a su padre, pero al interrogarlos de cerca advirtió que la imagen borrosa que guardaban era invariablemente falsa. Algunos lo confundían con un joven tarambana y deshonesto colocado en la sección consular por el propio presidente Calles, otros con un empleado entusiasta de los estudios orientales que al cierre de la Legación se quedó en París, trabajó con los alemanes y luego huyó a España, otros más inventaban anécdotas fácilmente lisonjeras cuando intuían su ansiedad y barajaban rasgos y hechos que podían corresponder a cualquier diplomático, lo que acababa por difuminar en vez de crear una silueta. Nunca aclaró que aquel por quien preguntaba era su padre; casi siempre lo convertía en un pariente lejano. Sus hijos, sus primos, sus mejores amigos —decía— se interesaban por saber algo de la estancia en París de aquel hombre cuyo cadáver por circunstancias del momento no pudo ser transportado a México.

La desilusión fue constante.

—¿Ernesto Rebolledo, dice usted? Sí, sí, claro, me parece estar—lo viendo, pero no era aquí donde trabajaba sino en el consulado de Marsella; un buen hombre; venía muy seguido, en realidad estaba casi siempre en París porque su esposa, no recuerdo si era australiana o canadiense, detestaba a los meridionales y prefería vivir aquí con sus hijos. No la culpo; si usted conociera el sur lo entendería perfectamente.

No, a pesar de los cinco años pasados en esa ciudad, nadie lo recordaba. No es que aquello fuera importante, pero sí un poco triste. Él mismo, que había llegado a París a los dos (su hermana acababa de nacer) y salido a los siete años, creía contar con recuerdos muy nítidos de su infancia, y, sin embargo, con estupor tuvo que confesar que ninguno tenía ubicación precisa. Su madre no contribuyó en nada a aclararle ese periodo. La pobre fue siempre una niña y hasta el final no logró recordar nada de nada, ni enterarse siquiera de lo que fue su vida. Después de pasar quince años en Europa seguía confundiendo los lugares en que trabajó su marido y nunca pudo decir si tal o cual museo o monumento se hallaba en Oslo o Praga, ni siquiera saber qué idioma se hablaba en esas ciudades. París, la única que lograba diferenciar, fue para ella una vaga serie de restaurantes, cines y estaciones de metro. La fachada que él recordaba como la casa de su infancia era igual a cien mil otras; debía quedar no lejos de la Ópera, no lejos de la Madeleine, se decía, pues le parecía haber caminado muchas veces por esos lugares con sus padres. La dirección que encontró en el acta de defunción lo remitió, sin embargo, a un inmueble de estilo nada frecuente situado en una placita no lejos de la Porte St. Denis, un edificio morisco, absurdo, abandonado al parecer desde hacía veinte años; una casa y un barrio que nada le decían. ¡En fin...!

A PARTIR DE ESE MOMENTO DECIDIÓ ABANDONAR A SU PADRE.

En una ocasión, don Alfonso Esteva, un viejo residente en París, íntimo amigo, como lo supo más tarde, de Lorenza y Celeste, y quizás hasta un poco emparentado con ellas, le dio la dirección de una argentina, una tal María Rosa de Azuara, quien según el anciano había sido el gran amor del secretario por el que tanto preguntaba.

—Ya la llamé y está dispuesta a recibirlo cualquier tarde. Es una muchacha muy bonita —le dijo con entusiasmo—. Fue una de las grandes bellezas de su tiempo; parece que los años la han vuelto un poco rara. Estuvieron muy enamorados. ¡Vaya, vaya, ya verá qué muchacha más guapa!

—Aquí murió, en esta habitación, precisamente en ese diván donde usted está sentado —dijo una vieja de pelo ralo, estropajoso y desteñido, quien desprendía ese tufo a estiércol, a medicamentos y a rata que emana de ciertos locos—. Este departamento me lo cedió él. No me han podido echar, no me he dejado. Matarme, claro, podrían matarme, se dirá usted, pero yo soy de las que no ceden. Verá ahora las paredes muy tristes, pero el terciopelo es auténtico. A él le gustaba que todo estuviera forrado de terciopelo verde. Así es —repitió—, yo soy de las que no ceden. No temo que intenten despacharme porque sé demasiado. Tengo papeles comprometedores, los tengo guardados, no aquí, no crea que soy tan boba, los tengo a buen recaudo; documentos que las harían temblar. Ellas lo saben, por eso han dejado de molestarme. Pero usted no se alarme, ¡nada de nervios!, que yo no comprometo a nadie y menos que a nadie a su memoria. ¡A nadie, a nadie, a nadie! ¡Vive y deja vivir; ése es mi lema! No quiero vanagloriarme, pero sé ver las cosas como son. Soy realista. Aprendí a fingir. Fue él quien me enseñó a fingir.

Con voz temblorosa, arrepentido de haber asistido a aquella cita, y rechazando con cada una de sus células el pensamiento de que aquel cuerpo desvencijado y lechoso se hubiera abrazado al de su padre, que aquellos labios resecos lo hubieran rozado, intentó llevar la conversación hacia el desaparecido. Le preguntó por su enfermedad. ¿Había sido larga, dolorosa? ¡Sabía tan poco sobre sus últimos días!

—Murió al primer balazo —dijo, y sacó un gran sobre lleno de fotografías y recortes de periódico que desparramó sobre la mesa. En todas ellas se veía a un individuo de unos cuarenta años de aspecto presuntuoso y sonrisa inmutable; en algunas lo acompañaba una real hembra en quien trató de reconocer al monstruo que desplegaba y ordenaba las fotos igual que una cartomanciana lo haría con un mazo de naipes. Aquí lo tiene, pero no pretenda, ni tampoco Esteva, a quien ellas, ¡ese par de serpientes!, tienen en sus manos, saber nada más.

—Éste no es Ernesto Rebolledo —alcanzó a murmurar.

—¿Qué me dice? ¿Y quién diablos es ese tal Rebolledo? —luego lo miró con sorna y desconfianza—. No quiera pasarse de listo, joven, no se lo voy a permitir. Conmigo, sépalo, nadie juega. He conocido mucha maldad en este mundo, pero yo no me asusto —y luego, sin transición alguna, gritó—: ¡Largo! ¡Fuera de aquí! —cubrió con el cuerpo las fotos tendidas sobre la mesa y comenzó a meterlas precipitada, desordenadamente, en su viejo sobre. Él aprovechó ese momento de confusión para salir. ¡Qué alivio, la calle! Entró en el primer bar y se tomó tres Calvados al hilo.

Y fue en ese momento cuando decidió dejar en paz la memoria de su padre.

¿Y LAS YA MENCIONADAS CELESTE Y LORENZA, QUIÉNES ERAN? ¿ESTUVIERON O NO LIGADAS CON SU PADRE? ¿A QUÉ VINO TANTA ALUSIÓN PARA DESPUÉS ABANDONARLAS?

Eran dos señoras mexicanas que, una marcial y la otra mustiamente, envejecían en París. A nadie, ni siquiera a su hermana, le había contado con exactitud ese episodio. Eran dos mujeres que, asistidas por Antonia, una sirvienta española, le hicieron sospechar durante casi un año que el paraíso terrenal era posible.

¿ERAN RICAS?

Decían no serlo, aunque poseían una casa que debía valer una fortuna al inicio de la rue Ranelagh. Una casa muy bella de dos pisos. En la planta baja vivía Lorenza; en la superior, Celeste.

Se ha nutrido siempre de palabras. Voces que en otra época parecían descifrarle los enigmas del Universo. Voces y, sobre todo, ecos de voces. Largas conversaciones de las que a la mañana siguiente, o bien en el mismo momento de su enunciación, no quedaba sino una miasma brumosa de sonidos sin el menor sentido. En una ocasión discutió toda una noche sobre *Serenus*, el de Thomas Mann. Le pareció oír frases reveladoras, verdaderas iluminaciones sobre tal personaje y el libro en que figuraba, pero al llegar a su casa y tratar de reproducir la conversación no pudo esbozar sino una serie de lugares comunes sobre la dramática grisura del buen *Serenus*. Recuerda, en cambio, momentos aislados de ese incesante zigzag entre la simetría y su negación que es el camino que ha tomado su vida. Frases, tonos de voz, gestos y ademanes que acompañaron tales o cuales discursos cuyo contenido se le escapa. Insiste en el fin de la obsesión por conocer las circunstancias de la muerte de su padre.

Una noche, después de haber abandonado en grupo una exposición, una voz que para entonces conocía ya muy bien comenzó a producirse, creándole un peso embarazoso. Dijo que acababa de releer *Lord Jim*. Ambas hermanas, explica, ejercitaban, más que la conversación, el monólogo.

¡CELESTE!

—Todo el tiempo pensé en ti, Ricarduccio, porque allí uno de los temas centrales es el de la orfandad. Sin él, el otro, el de la culpa y su expiación final, carecería de gravedad. Al negarse a ver al buen párroco que fue su padre, Jim va buscando, encontrando y perdiendo a toda una serie de padres potenciales en el archipiélago malayo. ¿Qué son, si no, sus relaciones con esos viejos solitarios que encuentran en Jim al hijo que él entrañablemente desea ser? ¿Qué, entonces, su amistad con Marlow? —de manera que Celeste había sabido, y quizás todos lo sabían desde un principio, que andaba en busca de su padre, que la ficción del tío lejano no había sido de ninguna manera convincente—. El tema está disperso en todo Conrad; en *Victoria*, por ejemplo, es abrumador. En *Bajo las miradas de Occidente*, Razumov sabe quién es su padre, lo ha visto, ha hablado con él, pero jamás se atreve a presentársele en calidad de hijo. Si mal no recuerdo, en alguna parte de la novela dice que

su verdadero padre es la Patria —luego concluyó, dirigiéndose a los demás, con voz como velada por el pesar—. Nuestro Ricardo no se conforma con aceptar a la Patria como única progenitora y anda en busca del padre que perdió en la infancia.

Sí, tal era Celeste, la del piso superior.

La memoria, no obstante su reciente profesión de olvido, se le colma de largas tiradas; referencias literarias en el caso de Celeste; musicales en el de Lorenza, entreveradas con silencios muy plenos, muy ricos.

¿TODO MUY CHEJOVIANO?

Efectivamente; algo de Chéjov había en ellas, pero no la bondad. Largos recitativos, recapitulaciones sobre el pasado de cada una, movimientos muy lentos en el sector de Lorenza, escasa luz, flores que ya en el momento de ser colocadas en los jarrones parecían palidecer y tibiamente contraerse, e irrealizables proyectos de victoria. Las palabras en la villa de la rue Ranelagh parecían significar siempre algo distinto. No, en el fondo nada había de chejoviano; aquellas fieras desconocían la piedad.

¡TAL, LORENZA!

—¿Sabe usted, Ricardo, por qué Don Giovanni resulta siempre en escena una obra tan poco convincente? ¿Acaso no ha advertido que cada representación desprende un regusto a cenizas, ahonda en vez de llenar un vacío? La razón es muy simple: Mozart concibe el personaje desde el punto de vista musical como a un don nadie, mientras que directores, cantantes y empresarios se empeñan en convertirlo en un superhombre. Don Juan es el único personaje de la ópera que no tiene melodía propia, repite sólo las de los demás, adopta tonos, simula, carece de voz personal. Cuando don Juan canta, lo único que hace es robar, hacer suya, la melodía de sus antagonistas —baja la voz, mira en derredor suyo, se convence de que no hay nadie en la habitación, y añade con cautela—: ¡Cuántos infortunios se hubiera ahorrado la pobre Celeste de haber sabido a tiempo que un don Juan es siempre insignificante! ¡De cuántas desdichas nos habríamos librado todos de haber yo descubierto esa verdad cuando aún era tiempo de prevenirla!

Sí, cada una vivía en un piso diferente de la hermosa casa con reminiscencias Art Nouveau que ambas aseguraban había sido diseñada por Garnier. El no estar registrada en el índice razonado de sus obras, decían, se debía a un conflicto suscitado a última hora con el propietario, quien exigió el añadido o la eliminación de tal o cual detalle, cosa a la que la dignidad del maestro no se abajó. ¡Claro, si se examinaba con atención el alféizar con antepecho de las ventanas que daban a la calle o la solana del comedor sobre el pequeño jardín trasero, se descubría a un Garnier ya tan seguro de su estilo como el de las casas de la rue La Fontaine! Él creía todo lo que le decían. ¡Creía, sí, pero sin acabar de creer del todo!

Vivió casi un año en esa casa, en una habitación del piso de Celeste, al que jamás subía su hermana.

Le resulta innecesario, ocioso, extenderse en aclarar cómo las conoció. Aún ahora, a tantos años de distancia, no logra explicarse el rechazo del primer encuentro con Celeste ni la facilidad con que posteriormente fue capturado. Para entonces ya había abandonado el Conservatorio y perdido la beca, convencido de que nada le interesaban los estudios musicales, que había equivocado la vocación y que su pereza era capaz de anular cualquier posible vestigio de talento; había viajado a París en busca de esa relación con el padre que

ilusoriamente había imaginado como una reserva potencial de energía que le ayudaría a dar solución a problemas que con cautela había logrado tener hasta ese momento sin respuesta. Una vez que desistió (después de visitar a la mujer de las fotos) del empeño, conoció una nueva experiencia: la de ser entregado a la masa anónima, a la calle, a las últimas sesiones de la cinemateca en las que a veces era posible dormir un poco; al mercado salvaje que un día, pensaba, lo despojaría de esa especie de envoltura de papel celofán dentro de la que se había sentido protegido desde niño hasta en los peores momentos.

> Pero es que ninguno de los que conoció hasta entonces fue de verdad «uno de los peores momentos». Nada de lo que le ocurrió hasta el día en que se despidió de las hermanas logró despojarlo de esa inocencia al parecer incorruptible.

Recorrió cada día los callejones más ásperos, hasta que apareció Celeste, a quien amó como un niño y como un cómplice. Después de un brusco encuentro en el que se sintió rechazado, se produjeron otros que culminaron en largos paseos, uno de los cuales transcurrió en lóbregas calles del Marais, de atmósfera, según le informan, ahora inexistente, para terminar comiendo un perfecto *couscous* en un antro al que difícilmente se hubiera atrevido a entrar de haber ido solo. Allí Celeste le habló de su pasado, de casas que apenas recordaba en San Luis Potosí, Aguascalientes y Querétaro, ciudades para ella llenas de tíos, de primas, de nanas, de toda clase de parientes próximos y lejanos; ciudades fundamentalmente cargadas de apellidos que ella compartía. De casas de Viena y Roma, así como también de la que poseían en la rue Ranelagh donde el licenciado González Guiot, su padre, instaló a la familia en 1928 cuando harto de revoluciones y asonadas, y sobre todo de las calumnias referentes a latrocinios y peculados con que sus enemigos lo perseguían sin cuartel, decidió mudarse a Europa, lo que le permitiría educar a sus hijas, que Lorenza perfeccionara su voz, ¡tan elogiada por los maestros mexicanos!, y Celeste siguiera estudios literarios, cosa que sólo logró a medias.

> Repitió lo que Celeste le dijo sobre los sueños del licenciado González Guiot y de las esperanzas depositadas en el futuro de sus hijas:

Ambas, según su padre, tenían un porvenir inmenso. El licenciado González Guiot estaba decidido a gastar la fortuna que tenía, la heredada de sus padres, la heredada de su mujer, y, la más cuantiosa, la mal habida en los tortuosos negocios públicos a que las circunstancias lo obligaron, en la educación de sus hijas, a cuya disposición puso los mejores maestros. Pasaron largas temporadas en Italia; Celeste vivió unos semestres en Inglaterra en colegios magníficos. Viajaron por todas partes, oyeron y vieron todo lo que necesitaban oír y ver y cenaron con Enescu, con directores de orquesta rusos, con príncipes polacos, con la Karsavina y la Galli-Curci, y también con Lasseca y con De Falla. Sólo que

Celeste sabía que todo eso era accesorio, que lo que en verdad necesitaba era un hombre y por eso conoció a muchos y al final se casó con un español bárbaro al que aborreció muy pronto, mientras que Lorenza, ¡Lorenza estaba destinada a cosas superiores!, siguió educando su voz, acumulando saber con un tesón de hormiga, rodeada por la pequeña corte de maestros, críticos y admiradores que en redor suyo había congregado su padre. La primera aparición de Lorenza tuvo lugar en un espléndido parque en los alrededores de Colmar; fue una función privada donde cantó la Zerlina de *Don Giovanni*. Poco después se presentó en París, ¡un gran momento, una velada musical ya considerada como legendaria!; ella misma debía preguntarse a veces si en verdad había asistido o si se trataba de un sueño; fue una velada en los salones de Mme. Poliakoff, donde en presencia del mismo Ravel había cantado sus canciones. Pero las ambiciones de Lorenza eran del tamaño del Universo, como las de su padre, las de ella misma (Celeste), y las de Manolo, su marido, el español brutal que de pronto se convirtió, como todo el que frecuentaba la casa de la rue Ranelagh, al culto de la diva.

—Pero el suyo, el de mi marido, era un falso entusiasmo. A eso se debió la perdición de mi hermana.

Celeste no cesaba de hablar. En reuniones posteriores se refirió a su juventud, sus amores, su matrimonio, sus infidelidades, su entusiasmo por Henry James, a cuyas protagonistas amaba compararse. Le dijo que un día había decidido cortar con toda ambición personal para entregarse al cuidado de Lorenza, la huérfana más huérfana de toda la orfandad después de la muerte del licenciado.

—Más huérfana que tú... que ya es decir —le espetó.

Porque la muerte del licenciado, añadió, había coincidido con un accidente de su hermana al que siguió la flebitis que aún padecía, que le impidió moverse durante muchos años y la obligó, por consiguiente, a retirarse de la escena.

A pesar de su aparente apatía existe en él una necesidad que no ha logrado domeñar y que a momentos lo pone al borde de estallidos atroces. Él también quisiera, y tal vez ya entonces en París lo pretendía, hablar de sí mismo, no ser un puro y silencioso escucha. ¡El género humano no podía reducirse a Celeste y Lorenza! ¡Hasta una persona como él tenía derecho a la palabra! Han pasado ya quince años desde su regreso a México. Se conforma con muy poco; de ello puede dar fe su hermana. En momentos ha sentido como si también él hubiera sido víctima de un accidente y hubiera quedado tullido. Pasa la mayor parte del tiempo encerrado en la pequeña biblioteca o sentado en el polvoso jardín de la casa de su hermana, pues, después del fracaso de un matrimonio efímero, pasó a vivir con ella. ¿Ha hablado ya de sus actividades? Corrige pruebas para una editorial, da una clase de armonía en el Conservatorio, redacta pequeños textos sobre el arte lírico para la radio. Pero sabe que la música quedó atrás. ¡París, ni se diga...!

Nadie puede acusarlo de lamentarse demasiado. Cree envejecer con placidez, aunque sus alumnos, su hermana y sus sobrinos afirmen que lo hace demasiado verborreicamente. Tan vegetativa es su vida que no acaba de explicarse el sobresalto que de pronto le produjo aquella afirmación referente a la esencia asimétrica del mundo. ¿El mundo?, ¿la vida?, ¿la naturaleza?, ¿la verdad? ¿Quién puede no hacer el ridículo cuando se interna en semejantes andurriales? Pero es tarde para retroceder. Prefiere proseguir con sus recuerdos.

¿CÓMO ERAN?

A Lorenza la ve de golpe, de cuerpo entero, mientras ella lo escucha tocar el piano; la espalda hundida entre almohadones, una rosa de terciopelo prendida al pecho, las enormes piernas recostadas sobre un pequeño taburete; en una mano una taza de café; la cucharilla en la otra hiende suavemente el aire, se balancea al ritmo de la música proveniente del piano o de sus propias palabras cuando habla de Monteverdi, de Rossini, de Alban Berg, de las obras que llevará a escena tan pronto como se recupere del todo. En sus labios *Wozzeck*, *Sigfrido*, *Popea* y *Parsifal*, ahora lo advierte, parecían transformarse en ráfagas de libélulas, en polvo de estrellas, en madejas de pelo de ángel, en ramilletes de anémonas, en algo tan cursi, terso y anacrónico como la rosa de terciopelo, los guantes de encaje que ceñían sus manos regordetas o los rizos intensamente negros que caían sobre sus sienes.

Es mayor el esfuerzo que requiere componer a Celeste. Tiene que imaginar algo vibrante, flexible y duro como el cuerpo de una amazona cuyos músculos se hubieran tensado en prácticas severas de caza y de combate. Recuerda sus manojos de collares multicolores que contrastaban con la energía de sus ademanes; recuerda, sobre todo, el pliegue duro en las comisuras de la boca.

—Lorenza no se ha retirado; nada de eso —le explicó un día mientras caminaban por el Trocadero—; el trabajo realizado durante esta tregua habría demolido a cualquier otra persona pero no a mi hermana. Su mente está en perpetuo movimiento.

Su pasión por Wa g n e r, para dar un ejemplo, no es ya la misma de hace unos años. No regresará a la ópera con Parsifal como un día soñó, sino con obras por una u otra razón más sorprendentes —horas después añadiría, ya en el departamento al que la enferma no tenía acceso—: Lorenza rescatará el antiguo repertorio del *bel canto*, ahora casi olvidado, y, sobre todo, dará a conocer lo más nuevo del género. Les demostrará, a quienes se nieguen a advertido, que la ópera puede ser algo hoy día muy vivo. En una ocasión, ¿te lo he contado?, por favor no me permitas repetirme, habló con Ravel sobre una posible escenificación de *L'Enfant el les sortilèges*. El maestro se quedó deslumbrado ante sus ideas. La verás hacer Schonberg, Enescu, Strauss, Berg, Janacek. Se la disputará el mundo entero. La Scala, el Metropolitan, Covent Garden. La querrán tener en Viena, en Buenos Aires y en Sidney. Tú lo has podido comprobar, Ricarduccio, mi hermana no ha envejecido, vive una juventud que muchos jóvenes envidiarían. O la ópera la reclama para ponerse en sus manos o se extingue; no queda otra.

Camina a grandes trancos por su salón mientras perora. Él admira su falda de tweed impecablemente cortada, su blusa a rayas un poco varonil, sus cabellos muy cortos; una figura perfectamente a tono con sus muebles ascéticos, donde la madera, el aluminio, el cristal, los materiales plásticos se integraban sin esfuerzo a los muros colmados de libros, a sus cuadros geométricos, en contraste con el piso de su hermana, todo él un mundo de cretonas, carpetitas de encaje muy fino, pastoras de porcelana de gusto un tanto dudoso y cortinas que con furia parecían querer desmentir la idea de que quien allí vivía pretendiera renovar un género artístico.

¿QUÉ HACÍA, A TODO ESTO, ÉL EN LA CASA DE LA RUE RANELAGH?

Le habían suspendido la beca. Le debía dinero a todo el mundo. Un día, Celeste le rogó trasladarse a su casa. Dispondría de una habitación independiente, comería con ella o con su hermana, el sueldo sería casi simbólico, tenía que advertírselo, pero le alcanzaría para comprarse de vez en cuando una camisa. Su única obligación consistiría en tocar una o dos

horas al día para su hermana. Les prestaría un servicio invaluable. Lorenza, que no soportaba a nadie, había hecho una excepción con él. Parecía muy nerviosa al pedirle ese servicio, muy tímida: ¡una joven pantera pudorosa!, como si fuera ella quien solicitase y no otorgara el favor. ¡Su hermana sufría tanto! ¡La enfermedad terrible! ¡El complot para indisponerla con el público la había casi matado! ¡El golpe de gracia para su padre, quien, menos fuerte, no pudo reponerse y sucumbió a la pena!

¡LORENZA, ESCARNECIDA!

Pero en todos esos años ella no había cejado, demostraría quién era, impondría su prestigio sobre todo en París, donde había sido insultada, vejada, sí, estruendosamente abucheada en las dos funciones en que se presentó en 1943.

No había sido su culpa, ni la de su padre, quien se había dejado engañar por un empresario estúpido y rapaz y por un grupo de torpes entusiastas. Se trataba además de una ópera en extremo difícil, *El turco en Italia,* de Rossini, desconocida del todo por el público de París. La función en esas condiciones estaba destinada desde el principio al fracaso. Alguien de quien prefería no hablar se había dedicado a organizar el desastre. Pero la victoria de aquel grandísimo cabrón había sido momentánea porque Lorenza, a su manera, no había dejado de trabajar un solo instante. Había quienes con verdadera impaciencia esperaban sus versiones de *La mujer silenciosa* de Strauss, de *El caso Makropulos* de Janacek, de la *Gemma di Vergy* de Donizetti.

—Pero su voz... ¿No lamenta la pérdida de la voz? —le preguntó un día.

—La verdad, caro mío, es que la voz de mi pobre hermana nunca valió gran cosa. Para colmo, comenzó a cantar a una edad en que muchas cantantes ya van de retirada —fue la inesperada respuesta.

¡EL PARAÍSO, AL FIN!

Puede decir que conoció el paraíso. Vivió poco menos de un año en la casa de la rue Ranelagh. Al principio tocaba durante una o dos horas al día. Lorenza leía la partitura, revisaba las particellas, musitaba los recitativos, lo hacía repetir algún pasaje varias veces, comentaba técnicamente con aparente concentración el trozo ejecutado y daba por terminada la sesión. Celeste pasaba entonces a recogerlo. La mayor parte de su tiempo, en esa primera época, transcurría en el departamento del piso superior. Salía muy poco; acaso a comprar un periódico, o algún medicamento para sus bronquios siempre maltrechos, o, a veces, siempre en compañía de Celeste, a hacer alguna visita, a realizar tal o cual trámite, o, pura y sencillamente, a dar un paseo.

Poco a poco las sesiones de la planta baja comenzaron a prolongarse. Después de los ejercicios musicales, Lorenza lo invitaba a tomar una taza de café y conversaba sobre Mozart (oían fragmentos de *Don Giovanni*, de *Così fan tutte*) o Puccini, a quien decía haber reivindicado por completo de los denuestos que la ignorancia le había hecho proferir en la juventud. La sesión terminaba siempre con un breve interrogatorio: ¿Conocía *Gianni Schicchi*? ¿Qué opinión le merecían los Mozarts de Bruno Walter? ¿Sabía qué pensaban de ella en México? ¿Por qué era tan pobre su cultura lírica?

¿Estaba de acuerdo en que la inteligencia, la bondad, la sabiduría de Celeste, no tenían par? Esta última pregunta, con muy pocas variantes, era reiterativa. No había vez que no citara una nueva cualidad de su hermana, que no se detuviera en contar algún mérito

especial. Eran preguntas retóricas a las que ella misma respondía de inmediato, extendiéndose al detallar una serie de virtudes que jamás hubiera supuesto en Celeste. Un día (pero eso fue casi al final de su estancia en esa casa) la respuesta fue la siguiente:

—Sí, un gran talento lastimosamente desaprovechado. Celeste hubiera podido dar mucho más de sí de no haber malgastado su tiempo en tratar de hacer sobrevivir un matrimonio absurdo. Se enamoró como una cerda. Tal vez fue el mayor dolor que nuestro padre se llevó a la tumba. Ella le habrá hablado de ese matrimonio. En eso, se lo aseguro, Ricardo, no debe uno hacerle demasiado caso. Tal vez la pobre trate aún de hacerse ilusiones. Conmigo, como comprenderá usted, tiene la delicadeza de no tocar el punto. Cuando al fin lo mataron, lloré de felicidad, pero para entonces era tarde, yo ya lo había perdido todo. No sé siquiera cómo logré sobrevivir. Mi padre murió deshonrado y eso, ¡eso!, jamás se lo perdonaré.

Para la fecha en que tuvo lugar esa conversación ya apenas si se sentaba al piano. Llegaba directamente a oírla; pasaban las tardes juntos, se quedaba a cenar con ella. Celeste entraba de vez en cuando, participaba durante un rato en la conversación, salía, volvía, revoloteaba feliz, radiante, contagiada de armonía.

Sí, para él fue la representación más perfecta del paraíso. La suya era una felicidad modesta, severa, dulzona, semejante en todo al departamento que lo enclaustraba. Así como Lorenza decía poder convertirse en una fuga de Bach, también podía transformarse en la cortina de encaje y terciopelo, el almohadón bordado, el par de pastores de Maissen en el friso de una falsa chimenea, la rosa de brocado en la solapa.

Sin embargo, y eso es lo extraño, nunca dejó de saber, pero eso lo comprendió más tarde, que aquella mujer de piernas deformes jamás volvería a pisar un escenario, que su interés artístico y la disciplinada preparación de que tanto se jactaba se reducían a hojear de tarde en tarde alguna partitura...

SALVO LAS TRES PRIMERAS SEMANAS DE SU PERMANENCIA EN LA CASA, CUANDO LAS SESIONES DE PIANO, LOS COMENTARIOS, LAS NOTAS ACLARATORIAS A TAL O CUAL PASAJE SE SUCEDÍAN EN MEDIO DE UNA FALSA FIEBRE.

Sí, a eso, a hojear distraídamente alguna partitura, a oír de vez en cuando algunos discos de arias, a leer biografías de cantantes y una que otra revista especializada. No obstante, si alguien le hubiera preguntado por el futuro de Lorenza habría respondido como un eco de Celeste que el mundo de la ópera la esperaba con la avidez con que aguarda al Mesías, y París,

Milán, Nueva York, Viena... Estaba pronta la hora de que Mozart conociera su plenitud escénica, que don Juan fuera por fin don Juan, que se descubriera a Janacek y se revisaran ciertas falsas nociones sobre Donizetti. Iría a México para demostrar que las esperanzas depositadas en ella durante su juventud no habían sido defraudadas. En cierta manera, el hecho de vivir en esa casa, de tocar para ella alguna vez al piano, oírla hablar de Ravel y de Enescu contribuían a hacerlo partícipe del milagro inminente. Por eso lo lastimaban los comentarios que a partir de cierto momento Celeste fue dejando escapar con mayor

frecuencia, la malevolencia gozosa con que se refería a los gritos y silbidos con que la recibió el público durante su presentación en París.

—Durante la segunda función la voz de la pobre era tan chirriante y las protestas del público tan desenfrenadas, tan obscenas, que tuvieron que suspenderla a mitad del tercer acto. Los propios músicos le gritaron improperio y medio.

Trató de defenderla; le recordó lo que ella misma había dicho sobre la conjura organizada por un grupo de malquerientes. Más importante que la actitud provocada seguramente con dinero en un público zafio era la opinión de los conocedores.

—¿Los conocedores? ¿Qué conocedores? —replicó con impaciencia—. ¿Te refieres a los críticos? ¿Pero estás loco, Ricarduccio? ¿Qué crítico que se tuviera un mínimo de respeto habría querido asistir a una función como ésa? En un cine alquilado en un barrio indecente, con una orquesta formada por atrilistas sin empleo y con cantantes jubilados recogidos aquí y allá. No, a veces creo que Manolo tuvo que actuar como lo hizo para abrirle los ojos a mi padre. ¡Claro que al bruto se le pasó la mano y lo que logró fue cerrárselos para siempre!; añadió que no quería hablar más del asunto, que no la hiciera rabiar, sobre todo ese día en que tenía que discutir con Antonia los detalles de la cena con que celebrarían el cumpleaños de Lorenza. Se trataba de una pequeñísima reunión que organizaba cada año, ya que por el momento su hermana no estaba en condiciones de fatigarse entre multitudes; asistirían el médico, los Esteva y, por supuesto, él. Antes del mediodía debía ir al cementerio. ¿Querría acompañarla?

Algo en el tono de voz, o quizás en el gesto de Celeste debió hacerle presentir la proximidad del abismo. Sintió de golpe el mareo, el tufo de las calles, la violencia y lobreguez del mundo exterior; la soledad de ciertos andenes del metro, los esfuerzos por conseguir las monedas necesarias para tomar un café, las tretas para pasar la noche en un sitio cubierto. Fue al cementerio con la certidumbre de que se encaminaba hacia su tumba.

Vio alineadas, una junto a otra, a la sombra de un espeso castaño, dos lápidas simples de piedra, en una de las cuales Celeste depositó sus flores. Luego se inclinó, recogió del suelo una hoja amarillenta, se la entregó y le dijo con cierta solemnidad:

—Se la darás a Lorenza. ¡Pobre hermana, quisiera tanto venir algún día! Éste será tu regalo. ¿Sabes?, la infeliz jamás ha podido visitar estas tumbas.

¡LA CENA DE ANIVERSARIO!

¡Y esa misma noche se celebró la gran cena! Llegó el doctor Vian y poco más tarde el matrimonio Esteva. Reconoció al mismo anciano pomposo con bigotes de morsa manchados por el tabaco que lo había mandado a visitar a una vieja hedionda en un cuarto forrado de terciopelo verde cuando aún rastreaba los pasos de su padre. Caminaba con andar de marioneta, del brazo de una vieja de rostro agrio que parecía comportarse con él más como una madre que como su mujer. Le contó a grandes rasgos el encuentro atroz con la argentina. No supo si Esteva comprendía del todo el relato o si consideraba una impertinencia que se lo hiciera conocer en esa casa y en esa ocasión; cortándole la palabra lo llevó hacia un rincón y dijo un poco al desgaire:

—Sí, sí, una muchacha muy bonita, pero ya me he dado cuenta de que se ha vuelto un poco huraña. Debió conocerla usted en su momento, antes de la tragedia. Fue una de las grandes bellezas de París; claro que sigue siendo una chica muy guapa, pero rara. Sí, ya lo creo que el percance la volvió rarilla. Ahora que aquí, ¡chitón!

Lorenza, quien durante todo el año no había recibido otra visita que no fuera la reglamentaria del médico, salió de su habitación jugando melancólicamente con sus perlas para saludar a los presentes con la mayor naturalidad. Conversaron de trivialidades, del invierno que se aproximaba y que ese año parecía anunciarse con crudeza insólita. El matrimonio Esteva pasó revista a la vieja colonia mexicana: defunciones, matrimonios o divorcios de hijos, nietos y sobrinos de conocidos comunes, escándalos. Lorenza volvió a hablar de don Juan y su carencia de melodía personal en un evidente deseo de situarse en un nivel espiritual más alto. Se destapó la primera botella de champaña. El doctor Vian extrajo de un bolsillo interior de su chaqueta una cigarrera con cubierta de madreperla, la señora Esteva hizo aparecer una mantilla y Celeste un camafeo. Él se levantó y se dirigió a una mesa y de un libro extrajo la hoja de castaño recogida esa mañana. Lorenza parecía no comprender bien a bien lo que ocurría, no lograba salir de su asombro. ¡Su cumpleaños! ¿Estaban seguros? ¡Se habían acordado! Ella, para quien cada día era igual a los demás, encerrada en esas cuantas habitaciones que contenían lo poco que amaba en el mundo, perdía conciencia de las fechas. Apenas podía hablar, expresar su gratitud; parecía estar a punto de ponerse a llorar. Acarició lenta, amorosamente, la hoja y se le quedó mirando a los ojos, en espera de alguna palabra aclaratoria.

—La recogí en el cementerio, en la tumba de alguien para usted muy querido — balbuceó.

Lorenza tomó la hoja, la contempló durante largo rato; luego lo miró con una intensidad que aún ahora logra producirle escalofríos. Él apenas pudo volver a hablar en el transcurso de la noche.

¿Qué rito se había realizado? ¿De qué maniobras fue instrumento? Jamás logró saberlo. Por la mañana, muy temprano, la sirvienta lo despertó para decirle que las señoras deseaban conversar con él. Se vistió de prisa. Todo aquello parece pertenecer al mundo de los sueños por la incoherente precisión de ciertos movimientos, gestos y voces, por la rapidez de su secuencia, por lo indescifrable de su sentido. Las dos hermanas estaban sentadas en el mismo sofá.

¿TOMADAS DE LA MANO?

Es posible que hubieran caído en ese exceso melodramático. Un aire severo, tribunalicio, pesaba en el ambiente. La gravedad de los rostros acentuaba ciertos rasgos indígenas que antes apenas había percibido. ¡Viejas diosas de los castigos! Lorenza se levantó y se dirigió con paso más inseguro que de costumbre hacia el piano. Tomó una cajita de plata con cubierta de esmalte que él había elogiado al azar, por mero cumplido, durante una de sus primeras visitas y se la entregó. Con voz apagada, como si el hablar le costara gran esfuerzo, le dijo que sabía que aquella pieza siempre le había gustado, que, como en todo, tenía razón porque se trataba de un objeto exquisito. Su padre le había comprado esa joya a un anticuario de Ámsterdam. Quería obsequiársela. No se trataba de un pago, de nada que se le pareciera; entre ellos era imposible pensar en tales términos. Su compañía les había hecho mucho bien y deseaba que guardara de ellas un buen recuerdo. Desdichadamente debían prescindir de sus servicios. Los tiempos no eran los mismos que a ellas les gustaba imaginar. Para ambas se iniciaba un periodo de austeridad y de inmenso trabajo.

¡PERO SI LAS SESIONES DE PIANO HABÍAN TERMINADO DESDE HACÍA MUCHO TIEMPO!

Por desgracia las sesiones de piano debían concluir, eran un lujo que en esos momentos no podían permitirse. Si lo creía necesario le extenderían la carta de recomendación más amplia para que no le fuera difícil obtener una nueva colocación.

Decir que se quedó atónito no significa nada. Podía esperar cualquier cosa menos ese final. Ambas le tendieron la mano. Celeste añadió en su tono habitual, como si nada hubiera ocurrido, que Antonia lo podía ayudar a empacar sus cosas, que ya estaba prevenida de que ese día dejaría la casa.

Dos horas más tarde se hallaba en la calle con sus maletas bajo un sol otoñal de claridad radiante. Contempló por un momento, como si acabara de descubrirlas, las cúpulas doradas de los árboles de la rue Ranelagh. Luego dejó en depósito su equipaje en el café de la esquina y se encaminó con paso rápido a buscar un taxi en la Avenue Mozart. Después ya todo fue lo mismo. En las escaleras de una estación del metro sufrió un desmayo y lo llevaron a un hospital. Mientras deliraba vio ese mapa del que ha hablado, su tejido sinuoso y áspero, y comprendió que era el dibujo de su vida, un espacio de signos ilegibles cuya configuración, independientemente de su voluntad, no desdeñaba la incorporación de ningún elemento, por aberrante que pudiera parecer.

Un carguero holandés lo depositó en Veracruz, muy débil, con la certidumbre de haber sido expulsado, ¿por obra de qué magia, de qué reglas, de qué juego?, del único cielo que en la trama de nudos y cordeles entrevista debía estarle destinado. Nunca más volvió a tener noticias de las hermanas de la rue Ranelagh. No le interesó saber en qué circunstancias murió deshonrado el licenciado González Guiot, ni la intervención de Manolo, el marido de Celeste en la maraña tejida en torno a una representación de *El turco en Italia* organizada en un cinucho del París ocupado de 1943 donde una diva mexicana había sido vejada y escarnecida por un público soez, ni sobre el accidente posterior y la enfermedad que le impidió rehacer su carrera. Nada tampoco sobre su propia niñez en París y la búsqueda de testigos que le narraran cómo habían sido los últimos días de su padre, ni sobre la mujer que por unos cuantos meses fue, a su regreso a México, inexplicablemente su esposa y cuya vulgaridad ni siquiera lo asombró demasiado. Nada sobre los cursos de armonía que imparte con desgana, ni los libros cuyas páginas corrige para ganar la exigua cantidad que le entrega cada mes a su hermana y así vencer el pánico de que también un día ella lo despida con un pequeño regalo como recuerdo.

Y en ese desinterés absoluto por todo lo que turbe su rutina no acaba de entender cómo la conversación con un amigo de su sobrina sobre la hipotética simetría o asimetría de la naturaleza, que ahora está seguro de no haber entendido en absoluto, haya podido dejarlo tan intranquilo, jadeante, esperanzado, consciente de algo que, a pesar de aceptar como indescifrable, presiente justificador dentro del orden total de la naturaleza de todo lo que ha vivido, de todo lo que aún pueda ocurrirle.

Moscú, marzo de 1979

Nocturno de Bujara

I

Le decíamos, por ejemplo, que al anochecer el aleteo y el graznido de los cuervos lograba enloquecer a los viajeros. Decir que esos pájaros llegaban a la ciudad por millares equivalía a no haber dicho nada. Era necesario ver las ramas de los altos eucaliptos, de los frondosos castaños a punto de desgajarse, donde se coagulaba aquel torvo espesor de plumas, picos y patas escamosas para descubrir lo absurdo de reducir ciertos fenómenos a cifras. ¿Significaba algo decir que una bandada de miles de cuervos revoloteaba con estrépito bajo el cielo de Samarcanda antes de posarse en sus arbolados parques y avenidas? ¡Nada! Era necesario ver aquellas turbas de azabache para que los números dejaran de contar y se abriera paso una informe pero perceptible noción de infinito.

—A la hora de la caída de los cuervos —comentaba Juan Manuel — no es raro que alguna turista portuguesa se arroje desde un balcón del octavo piso del hotel Tamerlán, o que un diplomático escandinavo de excursión por la ciudad comience también él a graznar, a mover los brazos y a aletear, a dar saltos en un intento de remontar el vuelo, hasta que llegue un enfermero y lo conduzca al sitio donde le aplicarán la imprescindible inyección sedante.

—Es el graznido feroz que emite el cuervo —proseguía yo— en el momento de ser descuartizado. Porque allá, a la hora del crepúsculo, ves caer de los árboles, como frutos descompuestos, pájaros desventrados con las alas quebradas, fragmentos de cabezas, de patas, una nube de plumas, ¡un espectáculo, te lo juro, del carajo!, mientras arriba, en las espesas frondas, los sobrevivientes saltan amedrentados de rama en rama o se agazapan en un intento de mimetización sin atreverse siquiera a emprender la huida.

—Porque una especie de cigüeña del desierto de largos picos, finos pero poderosamente dentados —intervenía él—, la *cicónida dentiforme*, se abate sobre ellos y los hace añicos. Tú debes saberlo, porque, según he leído, llega a volar desde las costas de Libia y a posesionarse de amplias extensiones de Calabria. El pavor hace emitir a las aves su graznido más deplorable. ¿Las has visto atacar? Feri, el húngaro, durante su convalecencia estuvo a punto de enloquecer ante el estruendo de esas carnicerías canoras.

Nos miraba con cierto enfado, y luego, decidida a participar en nuestro diálogo, declaraba con desparpajo:

—Más bien me parece que las gaviotas de Laponia son las que acostumbran alimentarse con la carne de otros pájaros.

—¿Gaviotas de Laponia?... ¿El *larus argentatus laponensis*? —preguntaba con absoluta seriedad Juan Manuel—. La verdad es que jamás he oído hablar de esa especie. Bueno, ustedes saben, en cuestiones de ornitología soy por completo un lego… ¿Estás segura de que se llama gaviota de Laponia? Mis libros de consulta son muy elementales y no la registran. Deberé consultar algo más técnico.

—El grito de los cuervos se parece a veces al llanto de un niño; otras, las más, al grito de un ahorcado.

Luego nos olvidábamos de los pájaros y sin la menor transición comenzábamos a divagar sobre la sacra, misteriosa y opulenta ciudad de Samarcanda. Sobre su historia, su arquitectura, su cultura. Lo que en realidad importaba era que ella no hablase, mantenerla en silencio el mayor tiempo posible.

—No tiene la gracia ni el prestigio cultural de Bujara —admitimos pocos días antes de que emprendiera el viaje—. Bujara es la ciudad de Avicena, Samarcanda la de Tamerlán y Gengis Kan. Ésa es la diferencia, y es enorme, ¿te das cuenta?

II

Tengo la seguridad de que cuando estuve por primera vez en Varsovia mi ignorancia sobre Bujara era absoluta. Quizás hubiera percibido vagamente su nombre en alguna novela. ¿Existe tal vez un "hechicero de Bujara" en Las mil y una noches? Es posible que hubiera visto por descuido el nombre en la vitrina de algún negocio de alfombras. Pero desde el día en que Issa apareció con sus folletos de viaje, Juan Manuel y yo nos entregamos, cada quien por su cuenta, a rastrear todos los datos que teníamos a nuestro alcance sobre las ciudades uzbecas del Asia Central para imprimirle mayor verosimilitud a los relatos.

Apenas unas semanas atrás, poco antes de emprender el viaje a esa región, oí a un teósofo mexicano de paso por Moscú decir que Bujara era uno de los ombligos del Universo, uno de los puntos (creo que hablaba de siete) en que la tierra logra establecer contacto con el cielo. No sé qué haya de cierto en ello, pero cuando a la hora del crepúsculo llegué a la ciudad y percibí la configuración cóncava de la bóveda celeste llegué a sentirme en el centro del mismo planeta. Posiblemente todo ello influyó para que, al trasponer las murallas que rodean la ciudad antigua, la sensación de imantación y magia que desprendía fuera más poderosa: llegaba al zoco, a la kasbah, a los inextricables barrios de la judería con el mismo total asombro que la frecuentación de algunos libros o de ciertas películas me produjo en la infancia.

El corazón de Bujara parece no haber conocido ningún cambio en los ocho siglos últimos. Caminé con Dolores y Kyrim por ese laberinto de callejuelas que con dificultad admiten el tránsito de dos personas a la vez. Estrechísimos senderos que sorpresivamente desembocan en amplias plazas donde se yerguen las mezquitas de Poi-Kalyan, de Bala-i Jaúz, el Mausoleo de los Samánidas y el de Chashma-Ayb, el espigado y hercúleo minarete de Kalyan, los restos del antiguo bazar. A cierta hora, avanzada la noche, el viajero deambula por callejones desiertos (flanqueados por casas de un piso o excepcionalmente de dos, sin ventanas, en cuyas puertas de madera labrada cada centímetro está trabajado, distintas todas entre sí pues cada una narra de algún modo la historia y señala la estirpe de la familia que la habita, renovadas cada ciento cincuenta o doscientos años con las mismas grecas, leyendas y signos que ostentaban en el siglo XVIII, en el XV, o en el XII) y oye como procedente de otras épocas el eco de sus propios pasos.

Contemplo las postales que compré en Bujara. Lo cierto es que no reconozco del todo esos lugares; pude o no haber estado en ellos. Me deslumbra, sin duda, saber que conocí las maravillas que cual hábil tallador barajo ante mis ojos; apenas logro reproducir la ciudad; recuerdo sobre todo el ruido de mis pasos, las conversaciones con Dolores y Kyrim, el aire de embriaguez, de deleite que me invadió cada vez que una de esas callejuelas se abría para dar paso a las suaves formas de un mausoleo; recuerdo la música del Islam que se filtraba

por algunas ventanas, también ella posiblemente muy poco transformada desde que los antepasados de los actuales moradores erigieron ese centro religioso de pronto convertido en un emporio comercial donde confluían caravanas de los distintos confines del Turquestán, y de más lejos aún: de la China, de Bizancio, de la Rusia incipiente; se entendían por señas, emitían palabras que sólo unos cuantos comprendían, desplegaban entre las arcadas del bazar y en los lugares adyacentes sus mercaderías, mostraban dinero, cordeles anudados, canjeaban, en una serie de tianguis complicadísimos, canutos de polvo de oro y trozos de plata; las monedas de Toledo se confundían con las acuñadas en Creta, en Constantinopla, con las del Oriente entero. Después de caminar una noche por Bujara, los fastos de Samarcanda, conocidos al día siguiente, ¡tanto oro, tanto esplendor, tal extensión de muros, tal altura de cúpulas!, me parecieron en comparación cosa de nuevos ricos, un raro sueño de grandeza que preludiaba a cierto Hollywood. ¡Como si Tamerlán hubiera intuido la posterior existencia de Griffith o de De Mille y se divirtiera en mostrarles el camino!

¡Pero no todo fue silencio y quietud en la noche de Bujara!

Se iniciaba el mes de noviembre. Finalizaba en el Uzbekistán la cosecha de algodón y en sus ricas ciudades se celebraban las bodas. Hubo un momento en que Bujara se hundió en el estruendo y la locura. Y fue entonces, al contemplar una de las procesiones nupciales, cuando debí sentir el aleteo, su primer roce, sin lograr siquiera precisarlo, de una historia ocurrida veinte años atrás cuando Juan Manuel y yo conversábamos en Varsovia con una pintora italiana, una mujer más bien detestable, y le sugeríamos viajar a Samarcanda. Ahora advierto que debió ser Bujara la ciudad que teníamos que recomendarle; todo lo que entonces inventábamos para animarla se me antoja posible en Bujara. Cuando le hablábamos de Samarcanda lo que de alguna manera se bosquejaba en nuestra imaginación era la otra ciudad.

Mientras recorríamos callejones en nuestro intento de llegar al centro de la ciudad, el verdadero ombligo del Universo al que seguramente se refería el teósofo, Kyrim contaba con fruición historias atroces oídas en casa de amigos de su padres; con toda seguridad esos relatos se vienen transmitiendo de generación en generación y así pasarán a los siglos por venir; tratan de crímenes espeluznantes, de cadáveres descuartizados de modo complicadísimo. La fruición del narrador revela esa crueldad que posee en los más insólitos momentos a las tribus del desierto; pero, como los de Las mil y una noches, tales relatos carecen de sangre real, son una especie de metáforas de la fatalidad, de las cuitas y fortunas que integran el destino humano (¡porque Alah será siempre el más sabio!) y en vez de empavorecernos nos crean una especie de soltura, de reposo.

No es difícil que cuando Issa, la pintora italiana, hizo el viaje al Asia Central haya conocido Bujara. Es posible que haya contraído allí la enfermedad que le arrebató la razón y de cuyos detalles nunca logramos enterarnos del todo.

III

Le contábamos historias cuya extravagancia las más de las veces la exasperaba, aunque algunas la divertían. Le hacíamos olvidar sus estúpidos conflictos sentimentales con Roberto, el estudiante venezolano de quien inexplicablemente se había hecho amante. Una cosa era que se acostase con él y otra que lo llevara a todas partes, le hiciera decir sus estupideces y aun se las celebrara. Pero si ya eso era absurdo, más lo era que Roberto

respondiera a tal pasión. Aquella mujer neurótica, amarga y rapaz no tenía la menor relación con las jóvenes rubias de carita redonda con quienes se le veía siempre: las alegres meseras de una cervecería situada no lejos de la Plac Konstitucij.

Cuando Juan Manuel vino a Varsovia nos reuníamos a conversar en el pequeño café interior del hotel Bristol. Hubo un momento, después de conocer a la pintora, en que casi dejamos de frecuentarlo; Issa bebía demasiado, hablaba demasiado; lo único que le interesaba era contar su vida, repasar sus glorias pasadas (¡que suponíamos falsas!) y en determinado momento hacernos escuchar la retahíla innumerable de agravios que guardaba contra Roberto, el cual prometía pasarla a recoger y casi siempre la dejaba plantada.

Antes de tratarla, la había visto algunas noches cenar en el restaurante del Bristol. Siempre sola. Con un aire desolado y a la vez cargado de desprecio hacia el mundo circundante. Fui enterándome al azar de ciertas circunstancias. Era una mujer muy rica. Estaba emparentada con grandes industriales del norte de Italia. Pintaba. O más bien había pintado en tiempos pasados; había expuesto en varias galerías importantes de Europa (lo que le había costado una fortuna). No se sabía con exactitud qué hacía en Polonia. Al parecer había llegado en persecución de un amante varsoviano; luego había continuado en el país por inercia. Tal vez temía volver al seno de la familia y a su ciudad cargada de fracasos y esperaba que el reconocimiento a su obra ocurriera por milagro. Un día la encontré sentada con Roberto, a quien yo conocía vagamente. El venezolano se levantó a saludarme con una afabilidad que debió parecerme sospechosa. Me llevó a la mesa y me presentó a su amiga. Anunció que debía salir por unos minutos y nos dejó solos. Esperamos hasta que el restaurante cerró, pero él no pasó a buscarla. A partir de ese momento no logré quitármela de encima. Me convirtió contra mi voluntad en su confidente, en su auditorio. El cansancio que me producía era de lo más agobiante.

Los celos comenzaron a perturbarla de modo alarmante. Lloraba en público, hacía escenas. Un día se presentó con aire menos tétrico que de costumbre y nos anunció que estaba decidida a curarse de ese amor que le daba tan pocas satisfacciones. Consideraba que la mejor manera era poner la distancia de por medio. No, no creía que hubiese llegado el momento de volver a Italia; se trataba de viajar, de conocer nuevos lugares, y ese día, al pasar por la oficina de la Wagons Lit no había podido contenerse. Había reservado un boleto para sumarse a una excursión que recorrería Moscú, Kiev y Leningrado. Llegó con unos cuantos folletos turísticos en la mano. Volaría a Moscú en unas tres semanas. Explicó que no trabajaba bien, que se había empeñado en un gran óleo que podía ser su obra maestra, pero que la desgana la había vencido de repente, la estrechez de su estudio la ahogaba; además, la grosería de Roberto, quien se había ido a las montañas sin tomarse siquiera la molestia de avisárselo, salvo en el último momento y eso por teléfono, la había abatido más de lo que hubiera podido imaginar. Cuando regresara no la encontraría en Varsovia; estaría en la estepa. El viaje iba a ayudarla a recobrar la energía necesaria para romper con aquel patán y volver a trabajar con el rigor al que decía estar acostumbrada.

Juan Manuel comenzó a hojear uno de los prospectos turísticos: anunciaba el itinerario que Issa había elegido y otro que incluía varias ciudades más, entre ellas Samarcanda. A toda página, en color, se veía una foto del conjunto de Registán.

——¿Y eres capaz de no haber elegido esta ruta? —exclamó, después de leer unos párrafos del folleto—. ¿Por falta de dinero o de curiosidad? ¿Sabes si tendrás acaso otra oportunidad de viajar a esos lugares? ¡Piénsalo un poco! ¿Sabías que Samarcanda es contemporánea de Babilonia? ¡La única ciudad de su tiempo que se mantiene hasta el día de hoy habitada! Samarcanda es un lugar donde ocurren cosas extrañas. ¿Te acuerdas de

Feri, el pianista húngaro que vivía el año pasado en Dziekanka? Fue a pasar las vacaciones de verano con unos compañeros suyos originarios de aquellas regiones. A su regreso contó cosas alucinantes.

Comenzamos a hacer uso de toda la utilería que yace en nuestros desvanes cuando tratamos de referirnos a ese tipo de sitios, mezcla de lugares comunes, de visiones fáciles, de imprecisiones que confunden el Cáucaso con Bizancio, Bagdad con Damasco, el Cercano con el Lejano Oriente, y a hablar de príncipes yakutios y samoyedos, de ritos bárbaros y refinamientos atroces que tenían por escenario Samarcanda y por informador y protagonista al joven Feri, el cual había vivido experiencias extraordinarias desde el momento en que bajó del tren y descubrió que los amigos que debían recibirlo, sus viejos compañeros del conservatorio de Budapest, no estaban en el andén; en cambio, un anciano y un joven de bigote espeso con capas de cuello de astrakán, gorros de la misma piel y botas de cuero negro hasta las rodillas, parecían estudiarlo con detenimiento como si trataran de reconocerlo, de identificarlo. Feri pensó que podrían ser familiares de sus amigos que por alguna causa imprevista los sustituían en el recibimiento, se les acercó y les preguntó en un ruso bastante rudimentario si habían ido a esperarlo; les aclaró que era Feri Nagy, y dio el nombre de los jóvenes que estudiaron con él en Budapest. Le contestaron afirmativamente en ruso; luego mantuvieron entre sí un diálogo escueto, que a él le pareció excesivamente formal, en su lengua. El más joven tomó la maleta y con gesto ceremonioso lo invitó a seguirlos.

—Feri dijo que se internaron en la ciudad asiática, un verdadero zoco de callejones estrechos, murallas truncas, puertas regiamente labradas que dejaban vislumbrar patios interiores poblados de granados, de rosales y de muchedumbres infantiles capaces de producir una alharaca casi tan ensordecedora como las de los cuervos que después vio todos los crepúsculos en los jardines de la ciudad. Los niños se asomaban a las puertas, gordos y cabezones, emitían sonidos extraños en su idioma como advirtiéndole que debía regresar, que aún estaba a tiempo de volver a la estación y tomar el primer tren que lo alejara de Samarcanda. Según dijo, el sonido se parecía a una frase que en húngaro significa: “¡Vuelve a tu casa, Satán!”.

Uno de nosotros describió la casa donde llegaron, en nada diferente a las demás. En una esquina, un muro ciego y una puerta; en un segundo piso, una mínima ventana defendida con barrotes de hierro. Entraron, cruzaron el patio, sembrado también de rosales y granados y sólo diferente a los demás por la carencia de niños. El viejo y el joven de abrigos de cuellos de astrakán caminaban muy erguidos, y con idéntica marcialidad de movimientos subieron por una estrecha escalera que conducía a una terraza. Cruzaron esa terraza hasta llegar a un cuarto muy simple, casi monacal, cuyo mobiliario consistía sólo en una cama angosta y una pequeña mesa con una jofaina. El anciano dio una o dos palmadas y lanzó una andanada de gritos destemplados que en nada se conciliaban con la severidad de sus maneras. Apareció una joven con un cántaro de agua y llenó el recipiente. A Feri siempre le había resultado molesto asearse en presencia de terceros, pero no tuvo más remedio que quitarse la camisa y lavarse cara, cuello y brazos frente a los dos hombres que, parados en la puerta de la habitación, habían tomado una actitud más de custodios que de anfitriones. Sacó de la maleta una camisa y estaba a punto de vestirse cuando volvió a entrar la joven con una chilaba árabe y por indicaciones del viejo que eran casi órdenes no le quedó otro remedio que ponérsela.

—Se sentía de lo más ridículo. ¿Tú conociste a Feri? —volvió a preguntar Juan Manuel—. ¿No? Era un muchacho muy joven, muy tímido, incapaz de oponer resistencia

alguna. Me lo puedo imaginar muy bien en esa situación, obedeciendo toda orden que le dieran sin siquiera discutirla. Porque, además, ¿en qué lengua podía responder? Cada vez que intentaba decir algo en ruso le respondían que sí, que cómo no, que desde luego, pero continuaban hablando entre sí en aquel idioma del que no comprendía una sola palabra.

Luego pasaron al salón. Un joven de su edad, vestido a la europea al grado de que cualquiera lo hubiera confundido con un muchacho de la Europa meridional, alguien de Palermo o de Atenas, por ejemplo, le dio la bienvenida y lo llevó a sentarse al lado de la princesa.

—¿Qué princesa? —preguntó al fin con un asomo de interés la italiana.

Le tuvieron que explicar que Feri había ido a parar a casa de una familia de nobles circasianos.

—En Samarcanda se encuentran aún descendientes de algunas de las familias más antiguas del mundo.

Estaban sentados en alfombras entre cerros de almohadones y cojines. Todo en el salón era elegante y a la vez muy sucio. No se trataba de una elegancia fácil, costaba trabajo detectarla, saber en qué y dónde residía. Sólo quien estuviera ya de vuelta de las cosas podía advertirla. El mortal común sólo hubiera encontrado allí confusión, suciedad y abigarramiento. La vieja princesa se cubría con ricos brocados pero estaba descalza y el tufo que desprendía su cuerpo era inenarrable: una mezcla de sudor, de pies sucios, de ropa jamás lavada, de aceites rancios y perfumes vulgares. Los hombres, en cambio, parecían muy limpios. El nieto era el único vestido a la europea; los demás, mujeres y hombres, estaban ataviados de la manera más estrafalaria que cabe imaginar; casi todos tenían botas negras hasta las rodillas, unos llevaban túnicas doradas, y otros chaquetas y pantalones de cuero y de gamuza con gorros y cuellos de astrakán; ellas, con pantalones bombachos apenas ocultos por túnicas de colores muy vivos. El conjunto, según Feri, quien como observador era pésimo, parecía la amplificación de una miniatura persa.

—¿Te dice a ti eso algo? —interrumpí, dirigiéndome a Issa—. A mí, la verdad, nada. ¿Una miniatura persa? ¿Qué querría decir? Las miniaturas persas pueden ilustrar toda clase de situaciones, del harén a la caza. Los húngaros, tú lo sabes, son asiáticos; por eso nuestro querido Feri Nagy había comenzado a sentirse como pez en el agua. No necesitaba las palabras para entenderse con ellos. Nunca logró describir bien la reunión porque para él en el fondo nada tenía de extraño. Le resultaba tan natural como asistir a una comida de cumpleaños en el Gellert de Budapest, sólo que la princesa, la vieja, no le gustaba nada.

—¿Pero dónde se había metido? ¿En el bazar?

—No has comprendido nada, porque en el fondo eres igual a Feri. Les da lo mismo estar en un lado que en otro. Todo lo encuentran natural. ¿Cómo iban a estar en el bazar? ¡Hemos tratado durante horas de explicarte que se celebraba una reunión en casa de unos príncipes circasianos!

—Para empezar, estoy segura de que allá no existen casas privadas ni príncipes de ninguna especie. A mí lo que me parece es que el tal Feri lo único que ha hecho es contarles mentiras de a kilo y que ustedes se las han creído.

—Es posible. Pero te aseguro que las cicatrices no las inventó; las vimos.

—Sí, las vimos; y podemos añadir que no eran cosa de juego. Bueno, vayamos por orden, comenzaron a pasar platos, guisos de carnero, manojos de yerbas aromáticas y al mismo tiempo, sin el menor orden, dulces de miel, de piñón, de pistache, semillas picantes, tazones de sopa, y a acompañar la comida con un aguardiente de durazno, según él exquisito. Hasta cierto momento la vieja se mantuvo, a pesar de estar a su lado, muy

distante de él, lo trataba con arrogancia, con desprecio, como a un advenedizo introducido en sus salones quién sabe en gracia de qué trucos, pero a la segunda o tercera copa comenzó a sonreírle, a decirle frases incomprensibles, a pasarle dulces con sus dedos regordetes de uñas de un negror evidentemente perpetuo. El joven vestido a la europea no comió: tocaba en un rincón un tamborcillo con ritmo monótono y entonaba una canción oriental muy lánguida, muy suave; su rostro adquiría por momentos una expresión casi femenina. A mí, aquella comida, aquellas mezclas de grasas con miel no me habría producido sino náuseas; Feri, en cambio, estaba encantado. Todos se fueron acercando a él, rodeándolo, sonriéndole, sirviéndole copa tras copa de aguardiente, pasándole costillas de cordero o dulces con la mano, metiéndole dátiles en la boca. ¡Feri es un caso! Estaba ya perfectamente familiarizado con el hedor que al principio tanto le había disgustado, y no sólo eso, lo aspiraba con fruición, como si fuera un complemento a la miel de los dulces y al aroma del aguardiente. Sí, en un momento sintió haber llegado a la tierra prometida; quiso ponerse de pie y hacer un brindis, pero descubrió que las piernas apenas lo obedecían. La torpeza de Feri es proverbial, y para beber, no sabes, es malísimo. Volvió a sentarse apresuradamente para cubrir sus deficiencias. Los demás estaban ya para esa hora amontonados en torno suyo, sonrientes, anhelantes, en espera de sus palabras, de sus gestos. En todos los rostros, por los cuellos abiertos, corría en abundancia el sudor. Sólo una muchacha, la misma que le había llevado el agua y la chilaba al pequeño dormitorio, se retiró en ese momento a otra esquina del salón y comenzó a musitar entre dientes una melodía que hacía contrapunto a la de su compañero, el muchacho vestido a la europea. Los rasgos de la pareja de músicos eran severos, ausentes, como si ambos estuvieran en trance, en comparación con los demás miembros de la familia, quienes soltaban estruendosas carcajadas para callar de repente; no cabe duda que esperaban que algo ocurriera; los ojos les brillaban, les brillaban los dientes. Feri no había visto dentaduras más blancas y relucientes en su vida. Incapacitado, pues, para levantarse, sacó el pecho hacia delante, extendió un brazo, levantó la copa y brindó por el amor, por el canto de los ruiseñores, por la amistad, por el color de la granada, por el encuentro de esa tarde. Su voz, ¿lo oíste alguna vez? ¡Qué lástima! ¡Me parece casi imposible que no lo conocieras! Feri era el rey de Dziekanka; un muchacho de voz realmente armoniosa, una voz grave de barítono muy bien cultivada. Cuando hablaba en húngaro parecía que cantaba. Eran por lo visto las palabras que esperaban los príncipes. Apenas se calló, los tambores resonaron con frenesí y el resto de la concurrencia lanzó un grito salvaje, aunque más bien el adjetivo a emplear no sea salvaje sino antiguo, se trataba de un aullido arcaico. Una mano le alcanzó otra copa, sin duda alguna la vieja, quien aprovechó el momento para emitir una risa procaz y acariciarle una mejilla con sus manos callosas y sucias. Fue lo último que recordó de esa noche. Cuando despertó estaba desnudo en el angosto catre del cuarto donde había sido introducido al llegar. Creyó que iba a morir. Le dolía el cuerpo de manera terrible; no todo, porque había partes, las piernas, por ejemplo, que no le transmitían ninguna sensación. Por un instante pensó con pavor que le habían sido amputadas. Con dificultades movió un brazo y se palpó los muslos: estaban en su sitio. Incorporó un poco la cabeza y pudo ver su cuerpo entero, manchado como si hubieran derramado un cubo de tintura de granada sobre él. No le costó demasiado esfuerzo enterarse de que las manchas eran costras de sangre renegrida, que tenía el cuerpo horriblemente lastimado, que algunas de las heridas, hechas por lo visto varios días atrás, presentaban un aspecto nada tranquilizador, que seguramente habían pasado ya varios días desde que le fueron infligidas y estaban a punto de infectarse. Se incorporó como pudo. Se cubrió el cuerpo con una sábana. No tuvo fuerzas para

vestirse. Bajó las escaleras, cruzó el patio, a esa hora desierto, y alcanzó la calle. Amanecía. Caminó unas cuantas cuadras. Algunas ventanas comenzaban a iluminarse. Oyó pasos cerca de él. Hizo un último esfuerzo y gritó con todo el vigor de que fue capaz; luego cayó sin sentido. Despertó en el hospital; no logró precisar si pasaron horas o días después de su desmayo. Su única diversión, ¡si aquello podía llamársele diversión!, mientras le cicatrizaban las heridas, no tan graves a pesar del aspecto exterior, aunque las de las ingles sí muy dolorosas, consistía en asomarse por la tarde a un balcón, ver la puesta de sol y observar la llegada sorpresiva de las cigüeñas del desierto a hacer su cosecha de cuervos. Cuando lo dieron de alta buscó con desesperación la casa del festín, sin lograr localizarla. Fue varias veces a la estación a la hora de la llegada de los trenes con la esperanza de que el azar volviera a enfrentarlo con sus anfitriones, pero éstos nunca aparecieron. Feri es así, completamente oriental: había encontrado su pequeño cielo y no quería perderlo. Al fin lo obligaron a abandonar la ciudad, regresó a Varsovia. Vivía ya en otro mundo. No quiso continuar los estudios. Hablaba de elíxires, de placeres que nosotros nunca comprenderíamos, y como nadie le hacía caso terminó por volver a su país. Perdió interés en el piano, según dicen, y es una pena porque era en verdad un muchacho muy dotado.

—No me cabe duda de que el tal Feri no ha hecho sino divertirse a costa de ustedes. A mí no se habría atrevido a contarme toda esa sarta de disparates.

—Tal vez; ustedes los europeos se orientan mejor en estas cosas. De cualquier modo, sea lo que sea la gente, el mero hecho de ver los monumentos vale la pena. ¡Piensa en los bazares, en los tejidos! ¡En fin, se trata de percibir otro continente!

—Tal vez valga la pena.

Y un día nos anunció que había cambiado su boleto, que saldría dentro de tres o cuatro días, y que al regreso nos contaría sus experiencias en Samarcanda. Nunca llegamos a conocerlas.

IV

En una ocasión Juan Manuel me hizo leer un texto de Jan Kott: Breve tratado de erotismo. Lo busco en mi estantería de literatura polaca y encuentro en la edición inglesa la cita en que pensaba al día siguiente de nuestro recorrido nocturno por Bujara cuando nos preparábamos a volar a Samarcanda. Recordaba con Kyrim y Dolores las ceremonias de la boda. Intento traducir: “En la oscuridad el cuerpo estalla en fragmentos, que se convierten en objetos separados. Existen por sí mismos. Sólo el tacto logra que existan para mí. El tacto es limitado. A diferencia de la vista, no abarca la persona completa. El tacto es invariablemente fragmentario: divide las cosas. Un cuerpo conocido a través del tacto no es nunca una entidad; es, si acaso, una suma de fragmentos.”

Había tratado de recordar esa cita al salir de Bujara y al leerla me agradó comprobar que no había equivocado el sentido. Estábamos en el aeropuerto en una sala de espera al aire libre. Bajo el emparrado había una serie de pequeñas mesitas y bancas de madera dispersas en un amplio jardín. Un grupo de turistas alemanes llenaba el lugar. Todos eran viejos. El infantil color de rosa de los rostros masculinos transparentaba en la nariz y hacia las sienes una red de venas diminutas y de vasos sanguíneos; las piernas robustas de las mujeres semejantes a las sotas de la baraja española repetían ese mismo tejido venoso pero los nudos violáceos que formaban tenían un aspecto mucho menos inocente. Había quienes se tendían en las bancas esa mañana de comienzos de noviembre para recibir los últimos

rayos del sol del año. Aquel escenario de parras, rosales y turistas tendidos al sol creaba la atmósfera más distante que pudiera asociarse a un aeropuerto. Todo allí negaba la idea de que, dentro de treinta minutos, Dolores, Kyrim y yo estaríamos a bordo de un aparato que en menos de una hora nos depositaría junto con la horda rubia en Samarcanda.

Me molestó de golpe la intromisión de aquellos hombres y mujeres posiblemente de la Bundes Republik. Todo en ellos, las risas ruidosas, las voces detonantes, la torpeza de movimientos, me pareció vulgar y por ello repelente. Mil quinientos años atrás, cuando ya Bujara existía como ciudad, los antepasados de aquellos intrusos desgarraban con los dientes los ciervos que abrigaban sus bosques. No obstante la calidad de la ropa, las costosas cámaras fotográficas, el evidente deseo de marcar una superioridad, sus gestos y modales, comparados con los de los locales, implicaban una novedad en la historia, algo estrafalario y profundamente chillón.

Me acometió una racha ciega de mal humor. No fue sólo que la presencia de extraños mancillara la ciudad; al fin de cuentas yo era uno de ellos aunque tratara de afirmarme en la idea de que también los mexicanos éramos en el fondo asiáticos. Lo que más me irritaba era que en el recuento que hacía con mis dos compañeros de viaje, Kyrim y Dolores, los hechos memorables de la noche anterior, las ceremonias nupciales que habíamos presenciado, se me hubieran borrado datos esenciales que sólo reconstruía, y eso precisamente al escuchar la narración que ellos hacían. Traté de oír nuevamente los gritos, los tambores, traté de visualizar los saltos y cabriolas de los jóvenes, el color de una chaqueta de un rojo destemplado, los pasos enloquecidos casi paródicos de una danza, los ojos brillantes por una ebriedad producto no sólo del alcohol sino de una excitación compartida multitudinariamente; vi una túnica de brocado dorado que contrastaba con los jeans y las chaquetas modernas de la mayoría de los celebrantes. Pero se me escapaba el fuego, la gran hoguera, que seguramente significaba, pensé al oír el relato de mis amigos, una prueba de purificación y de vigor. Kyrim, quien había pasado buena parte de su vida en Tachkent y era de los tres el único conocedor de la región, nos aclaró que aquellas ceremonias no tenían nada que ver con el Islam sino que se remontaban a etapas históricas anteriores; eran reminiscencias del periodo en que la región conoció el auge del culto de Zoroastro.

Habíamos dejado atrás la ciudad vieja. Caminábamos de vuelta al hotel por una amplia avenida y decidimos sentarnos a descansar en una banca. Comenté que nada me gustaría tanto como asistir esa noche a una función de teatro; sería la manera, al contemplar a los espectadores y observar sus reacciones ante el espectáculo, de tener una vislumbre del tejido social de Bujara. Ver cómo entraba el público, dónde se sentaba, cómo se vestía, en qué sección predominaban los adultos, en cuál los jóvenes, por qué y de qué manera reían, cuál era la intensidad de los aplausos. En otras partes lo había hecho: había visto una ópera turcmena en Azhjabad, una obra pueril y conmovedora que se llamaba Aína, y un drama muy parecido al *As I lay dying*, de Faulkner, escrito por un autor siberiano contemporáneo, en un teatro de Irkusk. No se me antojaba ver nada de teatro uzbeko, ni tadzhico, ni ruso en Bujara. ¡Pero cómo me hubiese gustado conocer las reacciones del público ante lo que le fuera más lejano, más ajeno, La viuda alegre, por ejemplo; la espuma degradada y maravillosamente banalizada de los ritos! ¡Coincidir con una gira del teatro de opereta de Tachkent, de Duzhambé o de Moscú había resultado una experiencia paradisíaca!

De pronto se oyó a lo lejos un estruendo, un súbito aullido, un redoble de tambores seguido de un silencio impresionante. Suspendimos la conversación. A lo lejos, saliendo de una de las barbacanas que dan paso a la ciudad amurallada, apareció un grupo de gente iluminado por antorchas. De pronto la multitud estaba ya frente a nosotros. Dos muchachos

y un viejo precedían la procesión; tras ellos un grupo de tambores y dos o tres trompetas de dimensiones descomunales; y más atrás aún, una muchedumbre abigarrada de unas doscientas a doscientas cincuenta personas daban pequeños saltos en un mismo lugar como si rebotaran sobre el pavimento. Los rostros y ademanes de los danzantes eran muy sobrios, casi inexpresivos; luego echaron a correr durante un buen trecho. Nos pusimos de pie y fuimos siguiendo el desfile. Los tres bailarines (siempre un viejo y dos jóvenes) que dirigían la marcha se turnaban; bailaban frenéticamente, se bamboleaban en el aire, torsaban el cuerpo como si estuvieran a punto de caer para volver a levantarse antes de tocar el suelo, restableciendo un equilibrio perfecto. Después de unos cien metros, repito, se incorporaban a la muchedumbre y otro nuevo trío emergía de ella para desempeñar el papel de solistas. Por momentos la procesión marchaba con gran rapidez; en otros, se arrastraba a paso lento, según el ritmo que impartieran las trompetas. Luego redoblaban los tambores y la masa humana parecía por un momento inmovilizarse, daba saltos sobre un mismo lugar, sin emitir voces, con las caras casi transfiguradas por el éxtasis. Cuando recomenzaban a tocar las inmensas trompetas la multitud emitía una especie de rugido extraño, algo bestialmente primario, un eco desprendido de la etapa iniciática del hombre, y entonces todo el mundo avanzaba a la carrera, sin perder jamás el ritmo de danza, para volver a detenerse, escuchar los tambores y en fin repetir una y otra vez todo el ritual. Sólo los solistas, bailarines y acróbatas, que abrían el cortejo, danzaban sin cesar, tanto en los momentos de tregua como en los de avance.

Los seguimos un poco, caminando a su lado por la acera, atónitos, sorprendidos, alucinados.

Kyrim propuso como último paseo de esa noche visitar un parque donde se hallaban las antiguas tumbas de los Samánidas. Atravesamos un bosquecillo de abedules. A lo lejos se oía el estruendo de la manifestación, mezclado a la música uzbeca o turcmena procedente de algunos radios. A nuestro alrededor no había nadie. Éramos los únicos paseantes en aquel bosque. La oscuridad hacía invisibles las tumbas. Las historias de degüellos y mutilaciones contadas poco antes por Kyrim en las callejuelas de la ciudad vieja comenzaron a pesar ominosamente sobre nosotros. Al salir del parque volvimos a oír el estruendo y a ver a lo lejos a la multitud. El grupo, al parecer, ya no avanzaba. Un resplandor iluminaba una construcción baja, más amplia que las demás, igualmente ciega al exterior, frente a cuya puerta se arremolinaba un grupo mucho más numeroso del que habíamos visto desfilar.

Caminamos hasta allá. El grupo efectivamente ya no avanzaba: saltaba y gritaba con frenesí descomunal alrededor de lo que al día siguiente Dolores y Kyrim me hicieron recordar era una hoguera. No logro explicarme cómo había podido olvidar en sólo unas cuantas horas todo lo referente a esa pira que constituía el elemento central de la escena. Podía recordar, en cambio, como si estuvieran aún ante mis ojos, la intensidad de algunas miradas ebrias, los saltos y cabriolas, un fragmento de una túnica de brocado de oro, una chaqueta escarlata, el ritmo monocorde del tambor, los gritos, la expresión del joven novio, a quien tomaban por los brazos y sacudían al son de la danza, la plácida cara de algunas mujeres que se asomaban desde el patio donde seguramente velaban la pureza de la novia. Habíamos vuelto al comienzo de los tiempos. Una intensidad desconocida me devolvía a la tierra. Hubiera querido saltar con los nativos, vociferar como ellos. Cuando Dolores y Kyrim me hablaron de la gran fogata donde la muchedumbre aullante hizo saltar varias veces al novio, me extrañó la parcialidad de mi visión. ¿Cómo podía haber olvidado el fuego, no reparar en él cuando era el elemento fundamental de la fiesta?

Igual que en el tratado de Jan Kott sobre el erotismo, la fragmentación de la visión podía aplicarse a todo tipo de experiencia sensorial intensa. Como aprehendido por el tacto, el mundo se disgrega, los elementos se separan, se desencadenan y sólo son perceptibles uno o dos detalles que por su vigor anulan el resto. ¿Por qué, por ejemplo, un trozo de brocado rojo bajo una cara monstruosa? ¿O cierto turbante de una suciedad sebosa y no la hoguera que aún ahora no logro reconstruir con precisión? Luego, y eso sí lo recordé muy bien, el joven desposado entró por la puerta bajo una doble hilera de hachones ardientes que formaban el techo del universo y era entregado a las mujeres que lo conducirían hasta la desposada. Tan pronto como el cortejo entró en la casa, los gritos y el ruido de tambores y trompetas cesaron, y se oyó una música lánguida, ondulante; era el salto del hombre de la selva a los refinamientos del Islam. Por razones que no tiene caso relatar, no aceptamos la invitación que nos hicieron unos jóvenes para participar en los festejos; para mí lo importante ya había ocurrido.

Y fue en el aeropuerto de Bujara (mientras esperábamos el avión que debía llevarnos a Samarcanda y se hablaba del fuego y yo me angustiaba por haberlo olvidado) cuando comenzaron a surgir los viejos recuerdos que habían estado tratando de afluir desde la noche anterior: los años de estudiante en Varsovia, las inolvidables conversaciones con Juan Manuel en el café de Bristol, las incitaciones a aquella pintora fastidiosa, prepotente y ridícula de quien todo el mundo huía como de la peste, para que extendiera su viaje por el país soviético hasta el Asia Central, la inexistente aventura de Feri y, sobre todo, una inmensa nostalgia por la juventud perdida. Volvió a recrudecer mi odio a la manada de turistas que absorbían el sol y a sentir por un instante un mínimo relámpago de intranquilidad ante la posible participación en la historia de aquel viaje de la italiana a esa misma región efectuado veinte años atrás.

—No tuvimos ninguna culpa; nada puede hacerme sentir responsable —dije, y vi que mis compañeros se me quedaban mirando sin saber de qué hablaba.

V

¿De qué podíamos sentirnos culpables? ¿De que poco a poco Issa se fuera entusiasmando con lo que le decíamos sobre el exotismo de los lugares que más tarde visitaría, de los vestigios artísticos del pasado que poco después iba a conocer, de las pintorescas costumbres y el paisaje distinto que le iba a ser dado presenciar? Porque era imposible que de verdad creyera la historia de Feri, el joven pianista húngaro inventado para distraerla, para entontecerla, para librarnos al menos por un rato de sus lamentos, de la lista de agravios que hacía en ausencia de Roberto, su amante infiel, quien a esas horas, las que pasábamos charlando en el café, estaría bailando con alguna de las meseras cuyas emanaciones de sudor y cerveza tanto parecían atraerlo. ¿Culpa alguna? Sería absurdo pensarlo. Ni siquiera entonces me pasó tal idea por la mente.

El viaje de la pintora tenía una duración de tres semanas. Fue un descanso saberse libres de ella. Terminadas las vacaciones, Juan Manuel volvió a Lodz a seguir sus cursos y yo acepté una invitación para pasar una temporada en Przemysl, una pequeña ciudad eclesiástica del sureste polaco, donde la soledad me permitió hacer y rehacer los relatos de un libro que pensaba editar a mi regreso a México. De repente había comenzado a tomar en serio la literatura. Creía ingenuamente que en adelante podría dedicarme casi en exclusividad a ella. Uno de los cuentos, de corte vagamente gótico, se inspiraba un poco en

la figura de la pintora italiana; comencé por imaginármela encerrada en una casa del lugar. El tema era muy simple y al tratarlo intentaba explicarme algo que por lo general me deja atónito cuando la realidad me lo presenta: la pasión de ciertas mujeres por hombres repugnantes. La protagonista de ese pequeño relato, una artista italiana que pasa una temporada en Varsovia, conoce a un individuo de origen polaco (podía ser un australiano o un americano), un tipo muy primitivo moral e intelectualmente, con una sensibilidad nula, sin familia en Polonia pero decidido a residir en Przemysl, la ciudad de sus antepasados.

El narrador, que ha conocido a la protagonista en una etapa anterior, la encuentra por azar en un restaurante de la plaza del mercado viejo, acompañada por un hombre ya entrado en años cuya enorme cabeza calva no guardaba ninguna proporción con su cuerpo insignificante. Se sienta con ellos a la mesa. El tipejo no deja hablar a nadie. Cuenta anécdotas de vulgaridad escalofriante, dice una sarta de estupideces sobre todo tema posible y sin cesar se mofa de lo que considera pretensiones intelectuales de su amiga. Las pocas palabras que ella logra insertar en la conversación son recibidas con comentarios y risotadas groseras de aquel energúmeno cuya calva descomunal enrojece en esos momentos y se baña en un sudor espeso.

El narrador se levanta minutos después asqueado de la pareja. Más repugnante casi que los modales de él le resulta la sumisión de la mujer, la expresión devota con que escucha las ordinarieces que él emite. Le asombra la disimilitud moral y mental de aquel par y el perfecto equilibrio que al parecer logran establecer.

Años después, al visitar Przemysl recuerda que es la ciudad que su amiga mencionó como el futuro sitio de residencia. Comienza por ociosidad, primero con desgana y luego con la curiosidad más desbocada, a hacer averiguaciones sobre la pareja. Un crimen ha tenido lugar. Nunca lograría conocer las causas. El final, bastante macabro e inexplicable, quedaba en un mero juego de conjeturas.

Al regresar de Przemysl le telefoneé a Juan Manuel y nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en Varsovia. Llegó cabizbajo y malhumorado. Había vivido en esas semanas una historia de amor con una estudiante de cine a quien un director famoso le había encomendado un papel importante en su nueva película, convirtiéndola de golpe en estrella. Pasaba su tiempo en cafés y restaurantes en disquisiciones muy literarias sobre la diferencia entre las reacciones de la mente y las del cuerpo en los momentos en que el amor termina. Todo lo que se acepta racionalmente, decía con la conciencia de que no estaba descubriendo ningún Mediterráneo pero con absoluta convicción, encuentra la refutación de los sentidos. Algunas veces nos extrañó que Issa no se nos acercara para agobiarnos con sus impresiones de viaje. De ninguna manera se nos ocurrió buscarla.

No fue sino hasta un viaje posterior de Juan Manuel cuando nos encontramos a Roberto con una de sus alegres taberneras. Estaba un poco borracho. Al principio no entendimos gran cosa de lo que hablaba; después de hacerle repetir varias veces la historia fuimos atando cabos. Issa había vuelto. Estaba en el hospital. Los médicos le habían contado un relato muy raro. Parecía que una madrugada había sido hallada en una de esas ciudades asiáticas que había visitado, envuelta en una sábana y con el cuerpo totalmente destrozado, como si una jauría de animales la hubiera atacado y mordido; la verdad es que estaba hecha una criba. La habían tenido que internar en una clínica para curarle contusiones y heridas, luego la habían embarcado en un avión y al llegar a Varsovia hubo que volver a meterla en el hospital. Nadie entendía de qué hablaba. Introducía frases muy raras en la conversación en quién sabe qué lengua. Había ido a verla dos veces, pero Issa no permitía que ni él ni nadie se acercara a su lecho. La tenían casi todo el tiempo dormida a base de sedantes.

Habían llegado de Italia su madre y su sobrino para cuidarla y llevársela tan pronto como se repusiera un poco. Lo que más le fastidiaba era que la pintora le debía cerca de cuatrocientos dólares por un abrigo de cuero que le compró en Bulgaria y la familia ni siquiera le permitía hablar del asunto. Eso le serviría de lección, repetía, para no ser tan pendejo la próxima vez y conformarse con el ganado local.

Eso fue todo. Nos dio cierta aprensión buscarla. ¿Qué caso tenía visitarla si no podía ni deseaba ver a nadie? Nunca supimos qué le ocurrió ni dónde había estado. Me pregunto si habrá visitado Bujara. Si habría ocurrido allí el percance que tanto la afectó. Se la llevaron a Italia algún tiempo después y nunca volvimos a saber de ella.

Un magnavoz comenzó a anunciar el próximo vuelo. Las bestias arias, y nosotros con ellas, comenzamos a desperezarnos, a buscar las contraseñas del vuelo, a caminar desganadamente hasta el cercado que separaba el jardín del campo de aterrizaje.

Moscú, noviembre de 1980

El relato veneciano de Billie Upward

Tal vez el desagrado de Gianni ante el relato de las tribulaciones mexicanas de Billie Upward fue la causa de que una noche, poco antes del fin de vacaciones, volviera a tomar el librito que había muy por encima hojeado a los pocos días de haber llegado a Roma sin que entonces le produjera mayor deseo de meterse en él, dedicar parte de la noche a su lectura y hasta reivindicar a Billie de algunos de los cargos que ha venido haciéndole desde hace años.

La composición tipográfica de aquel cuaderno era una de las mejor resueltas. Los enigmas del texto se insinuaban ya en la misma portada: una fotografía trunca, oval y borrosa reproducía en sepia la parte inferior de un palacio y su reflejo en un canal de apariencia aceitosa, y, más abajo aún, la necesaria pero muy efectiva palabra: *Venezia.* En la parte superior, en tipo más grande, el nombre de la autora y el título: Billie Upward, *Closeness and Fugue.*

Leído en el momento de su aparición, el texto le resultó oscuro y cargado de reiteraciones e incoherencias. Sin embargo, como todos los demás miembros del grupo, también él proclamó que los Cuadernos de Orión habían publicado su primer gran descubrimiento, que la edición de aquel relato le confería en sí validez a la empresa que habían formado. Llegó a hablarse del nacimiento de un clásico contemporáneo; les sorprendió que el mundo no respondiera a ese entusiasmo con la debida rapidez. Piensa a mitad de la lectura que a él en el fondo pudo haberle alegrado el desinterés de los lectores y que, posiblemente, a pesar de la vehemencia de su elogio, debió digerir con miles de reservas el estrépito creado en torno a ese relato que por contraste le hacía sentir el localismo y la pobreza de recursos de su propia obra. La lectura de aquella *Cercanía y Fuga* le resulta ahora muy nítida, no por el mero hecho de que los años lo hubieran acostumbrado a las dificultades que proponía el estilo de Billie, sino porque descubre que su aparente hermetismo había sido creado con toda conciencia para configurar el clima de ambigüedad necesario a los sucesos narrados y así permitirle al lector la posibilidad de elegir la interpretación que le fuera más afín. Hay algo de libro de viajes, de novela, de ensayo literario. De la fusión o choque de esos géneros se desprende el pathos, continuamente interrumpido y con reiteración diferido del relato. Hay influencias evidentes de James, de Borges, del *Orlando* de la Woolf. Hay también ya cierta profecía de su propio destino.

Es difícil descifrar las intenciones del texto. ¿Qué era? ¿Un combate entre las posibilidades de asociación y desintegración de la conciencia? El recorrido de Alice, la protagonista, por Venecia entraña una incesante búsqueda y al mismo tiempo un siempre presente subterráneo terror. La trama se teje en el subsuelo del lenguaje; intentar relatarla de modo lineal sería una traición a la escritora. A pesar de ello, Billie defendía siempre los fueros de la narración, del, para decirlo de alguna manera, relato sólido. Para ella, la palabra debía someterse y hasta ser el resultado de una trama. *Las olas* o el *Ulises,* acostumbraba decir, eran entre otras cosas producto de las múltiples anécdotas en que descansaban. Decía también que adoraba contar historias y que, al no sentirse oralmente dotada para hacerlo, había decidido volverse escritora.

¿Qué era pues esa *Cercanía y Fuga?* En primer lugar una fisura en el sólido muro de la educación adquirida por su joven heroína en casas de campo y escuelas de Inglaterra, perfeccionada, en un internado de Lausanne, fisura producida por el descubrimiento o, mejor dicho, la sospecha de los placeres y los riesgos del cuerpo, pero también, tal vez a consecuencia de ese descubrimiento, al desgarrar la cobertura de celofán en que vivió envuelta hasta el momento de llegar a Venecia, era también un tratado sobre la certidumbre de la unidad biológica del hombre con todo lo circundante y su fusión mística con el pasado. Todos los tiempos son en el fondo un tiempo único, Venecia comprende y está comprendida en todas las ciudades, y el joven turista danés que, Baedecker en mano y gruesas gafas sobre sus ojos cegatones, se detiene a contemplar una caprichosa fachada en la Via degli Schiavonni, levantado el cuello de la gabardina para proteger sus débiles bronquios de la humedad imperante, es el mismo joven levantino de ojos de almendra y rizada cabellera que contempla azorado las riquezas del mercado que se extiende junto al recién erguido puente del Rialto, y también el esclavo de áspera pelambre verduzca cazado en alguna aldea Kaszhube de las costas del Báltico para cavar los iniciales palafitos de aquella que sería después la más colorida, la más excéntrica y espectacular de todas las ciudades. Cada uno de nosotros es todos los hombres. ¡He sido, parece proclamar la protagonista, Troilo y Crescida! ¡Soy Paris y Helena! ¡Soy mi abuelo y quienes serán mis nietos! ¡Soy la basta piedra que cimenta estas maravillas y soy también sus cúpulas y estípites! ¡Soy una mujer y un caballo y un trozo de bronce que representa un caballo! ¡Todo es todas las cosas! y Venecia, con su absoluta individualidad, iba de alguna manera a revelarle a la autora, y, por consiguiente, a su heroína, ese secreto.

La trama podría reducirse a lo siguiente:

Alice, quien ha sido enviada por sus padres, gracias a la ayuda de una tía, a estudiar a Suiza, realiza con un grupo de compañeras el viaje tradicional de fin de cursos a Venecia bajo la guía de una profesora de historia del arte. El día posterior a su llegada comienza el programa con una excursión a Vicenza. La joven se ha resfriado durante el viaje, lo que es advertido por Mlle. Viardot, la profesora, cuando desayunan en el comedor del hotel. Es preferible, receta, un día de encierro a estropearse toda la estancia. Viajarán en barcas que pueden no estar del todo resguardadas de la intemperie. Se perderá las casas de Palladio a orillas de los canales. ¡Una lástima! Pero es preferible no comprometer el más por el menos.

En el fondo, a Alice la idea no le disgusta. El viaje la ha cansado. Las pocas horas de sueño pasadas en una cama desconocida estuvieron cargadas de sobresaltos. Además, en los últimos tiempos se ha sentido demasiado acompañada. Se quedará en cama, hará que le suban las comidas, leerá algo (sabe que ese algo no puede ser sino el libro que devoró la última noche en Lausanne y que la aguarda desde el fondo de una maleta).

En el colegio saben hacer muy bien las cosas. La elección del hotel es un acierto. El cuarto es pequeño, sobrio y elegante y posee una nota de asepsia distinguida. Pero, una vez en la cama, Alice no lee el libro sino que duerme toda la mañana; al mediodía le llevan el almuerzo y una jarra de vino; vuelve a dormir otro rato y a media tarde se decide a salir a la plaza. Se promete entrar sólo a una tienda de cristal que ha visto desde la ventana y asomarse a la iglesia que da carácter monumental a la plaza. Sin pensarlo demasiado se viste y se pone un pañuelo al cuello, pues a pesar de todo es cuidadosa con su salud y no quisiera, como vaticinó Mlle. Viardot, enfermarse durante el viaje. Con cierto recelo de que los empleados de la recepción puedan comentar su escapada con la profesora, cruza el vestíbulo y con paso rápido se dirige a la calle.

A esa hora hay poca gente. Después de la sobria vida del colegio donde ha pasado los dos últimos años, la presencia fantástica de los edificios que ciñen el espacio por donde camina, la palmera en el centro, la enredadera de aterciopeladas flores de tonos avinados que penden de la terraza de un palacio de muros de color ocre, la dejan deslumbrada. Admira a la gente, ese aparente abandono de sus cuerpos, la soltura en el andar. Si sus pasos le parecen, en comparación, los de una inválida. Cruza la plaza y se detiene bajo un toldo frente al aparador que veía desde su ventana. No es una cristalería como había pensado. Las figuras transparentes y brillantes que veía eran estuches de piedras preciosas. Un día se casaría con un hombre célebre que la llevaría a cenas y recepciones donde podría lucir joyas como aquéllas, o tal vez mejores, porque las que con relativa seguridad heredaría de su tía Ann tenían fama de ser insuperables. De pronto, en un momento en que vuelve la cabeza hacia el portón de la iglesia vecina, una persona la impresiona de modo muy vivo. Se trata de una mujer que debe frisar en los sesenta años. Le llama la atención su esbeltez, su ferocidad, su belleza, su agobio; camina como sonámbula y a la vez con la firmeza que se podría conceder la reina de Venecia y si tal cosa existiera. Frunce el ceño de manera enérgica y sombría, ¡pero hasta en eso es elegante! Es evidente que sufre, como también lo es que trama venganzas terribles para resarcirse de esos sufrimientos. No la reina de Venecia pero sí la de la Noche, musita Alice, y piensa en Mozart. La sigue; cruza tras ella la plaza, la ve dirigirse a un callejón y entrar en un portón situado a unos cuantos metros del hotel donde la espera un joven cubierto por una larga gabardina gris. Ambos trasponen el portón tomados de brazo. La joven se sitúa en la acera de enfrente y espera a que empiecen a iluminarse las ventanas. El canal que la separa del palacio aparece a esa hora casi desolado. Poco después de cerrarse el portón una góndola solitaria se detiene ahí mismo. Un hombre se pone de pie en la embarcación; está a punto de saltar hacia la acera, pero parece reconsiderar su decisión y vuelve a sentarse. La góndola se pone en movimiento.

Alice regresa a su habitación feliz e intranquila. Se coloca en la boca el termómetro que le ha dejado la profesora; la temperatura le ha subido levemente. Apenas ayer, ¡y parece que hubieran pasado siglos!, preparaba sus maletas en el colegio suizo. Apenas anoche había estado sentada durante varias horas en el compartimiento del ferrocarril donde el viejo papagayo que obedecía al nombre de Viardot declaraba que la ciudad que iban a conocer (la más inverosímil de cuantas hubieran sido edificadas sobre la faz de la tierra, como dijera un famoso escritor alemán) había sido siempre el pasmo de su tiempo. Se tiende a descansar. En la cama recuerda sus últimos momentos en Lausanne, la carta que escribió a su casa antes de partir y sobre todo le viene a la memoria el viaje: la voz fatigosa y monocorde de la maestra cuya lección no tenía fin. Las previno sentenciosamente: la misma sorpresa que iban a recibir ese día de mayo de 1928 cuando el vaporetto se deslizara por el canal mayor era la que todo forastero había experimentado cualquiera que fuese el periodo histórico en que se le ocurriera llegar a Venecia. Las alumnas la oían con escasa atención, por rutina, sin importarles demasiado lo que repetía desde hacía una semana: Bizancio, El Giorgione, Crivelli, las conspiraciones españolas, la perfidia vaticana, Longhena y Palla dio, Wagner, Vivaldi, las máscaras, Goldoni y Guardi, las incursiones de Henry]ames, de Walter Pater, de Ruskin y antes de Byron y de Shelley. "La aparente superposición de estilos —decía— era en el fondo falsa. Había un espíritu de entendimiento en la ciudad que hacía menos bruscas las pugnas entre cánones diversos. El Románico, el Renacimiento y el Barroco se integraban gracias a cierto sentido de la decoración, típicamente veneciano. Ve necia trazaba el puente perfecto entre Oriente y Occidente.

Venecia unía a los bárbaros del Norte con los soñolientos pobladores de Alejandría y de Siria." Alice escuchaba de cuando en cuando alguna palabra o una frase suelta que le hacían recordar lo que en días pasados había leído en su guía. Viajó con los ojos cerrados. Le dolían los párpados por el esfuerzo de haberlos mantenido constantemente contraídos. Más de una hora pasó así, desde el momento en que alguien por error anunció que estaban a punto de llegar. Quería pensar en lo que vería dentro de poco sin permitir que el tono de la profesora destruyera su entusiasmo. Quería pensar en la sorpresa que iba a proporcionarle la ciudad, en todo lo que vería, en las golosinas que iba a devorar para resarcirse del ascético régimen del colegio. ¡Lástima que no fuera Mme. Blanchot, la directora, quien las acompañara! No es que fuera ninguna maravilla, pero tenía la virtud, desconocida por la Viardot, de permanecer la mayor parte del tiempo en silencio. Descubrió en cierto momento que, más que pensar en Venecia, lo hacía en el libro que llevaba en la maleta, pues en el momento de empacar intuyó que Venecia podría aclararle algunos de sus enigmas; mientras la profesora hablaba del Tiziano y el Veronese, Alice tomó la decisión de no volver a leerlo, consideró que había sido un error guardarlo, que la lectura la había perturbado demasiado, y que, a medida que se ampliaba el lapso entre lo que vivía y la lectura de ese libro, el recuerdo de ciertas escenas le desagradaba más y más. A punto estuvo de asentir en la razón del colegio al imponer una higiene de lecturas. "La sensualidad del color, la calidez de los tonos..." ¿Pero era posible que la palabra "sensualidad" hubiera salido de los minúsculos y áridos labios de la maestra? Casi se sintió tentada a abrir los ojos, par ver la expresión de su rostro después de permitirse tales audacias. ¡Una historia sobre Casanova! ¡Un retrato abyecto y repulsivo! ¡Un viejo miserable! Tal era el tema del libro recién leído. Se resiste a creer en la verosimilitud del relato, a menos que se trate de un mero juego de convenciones que intenten alcanzar una verdad poética. Eso ya sería distinto: el autor describía ciertas situaciones para convertir las en símbolos de algo distinto. ¿De qué? No sabría decido, ha pasado mucho tiempo en casas de campo de Inglaterra sentada al lado de tíos viejos, y todos desprendían un olor más o menos semejante. En la narración que leyó, Casanova, a los sesenta años, al no poder conquistar a una joven matemática, una ilustrada, una lectora de Voltaire, consigue poseerla comprando a un apuesto militar el derecho a suplantado en la cama de su amante con el único compromiso de salir antes del amanecer para que ella jamás se enterase de la sustitución realizada. La joven lo descubre porque el viejo Casanova, vencido por la fatiga, es incapaz de despertar a la hora convenida. ¡Pero el olor de la senectud debió habérselo señalado! ¡O la topografía del cuerpo! El autor describía el perfecto cuerpo de veintidós años del amante militar y la evidente decrepitud del viejo libertino. ¿Cómo era posible que, aun en el caso de que el olfato fallara, el tacto no hubiese advertido de su error a la joven matemática? Creyó que llegaría a deslumbrarse con Venecia y la verdad era que el recuerdo de esa lectura había logrado que se acercara a ella, la más inverosímil de las ciudades, como repetía por enésima vez la profesora, con verdadero pavor.

No acaba de saber si ha logrado dormir un poco o si sólo se ha sumido en un ensueño diurno cuando tocan a la puerta y hacen entrar una mesita con el servicio de té, como había ordenado Mlle. Viardot esa mañana; todos los alimentos le serían servidos en la habitación para no exponerse a cambios de temperatura que le impidieran estar en óptimas condiciones al día siguiente y disfrutar así del resto del viaje. Después de beber dos tazas de un té bastante insípido y comer una tostada con miel, advierte que no ha ordenado su ropa y que la maleta yace aún abierta sobre un banco. Saca una a una sus prendas y las va colocando en el armario. No puede resistir ponerse el vestido de Lelong, regalo de su tía, que aún no

ha tenido oportunidad de estrenar. Acaricia con deleite el raso oscuro. Se contempla en el espejo, da unos pasos hacia atrás, se mira de costado. Se siente muy satisfecha. Busca unos largos hilos de oro y sus corales y se los pone al cuello. ¡Es ya mucho más mujer de lo que había imaginado! Ataviada de esa manera podía presentarse con su tía Ann donde la pusieran, entrar con ella a una recepción en el Peras Palace de Estambul, llegar al Ritz de París a tomar un cocktail. Se siente feliz, y, sin pensado más, toma su sombrero, su gabardina y vuelve a salir de su habitación sin tener la menor idea de lo que se propone hacer esa noche.

Oye las campanadas que marcan las siete al abandonar el hotel. Se detiene y observa nuevamente el palacio en que horas antes se había ocultado la reina de la noche. Las ventanas del piso noble están del todo iluminadas. Situada, como horas atrás, en la acera de enfrente, trata de atisbar el interior y sólo logra ver la parte superior de unos candiles de cristal azulenco. Cruza el puente, da unos pasos hacia el portón y descubre desilusionada que no hay grieta alguna que le permita observar el interior. Una voz le pregunta en italiano, haciéndole enrojecer de vergüenza:

—¿También usted participará en la función de Titania? Es el joven alto que ha visto esa tarde tomar del brazo a la dama que tanto la impresionó. Levanta la mirada con estupor, sin saber qué responder. ¿Es hermoso? Hay algo duro en las mandíbulas, y lo hay también en los ojos hundidos y en los cabellos recios. Sonríe y muestra una dentadura desigual: los de los costados parecen dientes infantiles que no se hubieran desarrollado al mismo ritmo que los demás. Tranquilizada por esa sonrisa puede admirar por entero al muchacho. Ya no lleva el impermeable gris sino unos pantalones y chaqueta de pana de terciopelo azul marino, una camisa a cuadros mínimos de un color verde pálido y una corbata de pajarita también azul.

Descarga dos o tres aldabonazos sobre la puerta, prontamente abierta por un viejo portero de aire rufianenesco a quien saluda con familiaridad:

—¿Comenzó ya el aquelarre, Paolo?

La toma del brazo y ella se deja conducir por un corredor de baldosas de mármol, por una gran escalera que conduce a un vestíbulo del que sólo repara en las alfombras para pasar después a un salón que debe ocupar la mayor parte del piso; las ventanas dan a tres costados, a la plaza, al pequeño río y al gran canal. Parece una caja de maravillas forrada de oro, de felpudo paño verde, de caoba y cristal. Todo brilla y cada destello reverbera en los cristales y se multiplica en los espejos. Es difícil imaginar aquella espuma cuando se contempla desde fuera la sobria fachada, el arco del portón de medio punto y los dos ventanucos en ojos de buen y a los costados. Se promete estudiar al día siguiente la fachada que da al gran canal.

El joven, al entrar en el salón, se lleva un dedo a la boca para exigirle silencio y luego con la misma mano le ordena con ademán perentorio sentarse en la silla más próxima. Algo en ella se rebela contra ese dominio, pero está tan disminuida que termina por acatar sin ninguna protesta las órdenes. Lo ve alejarse de puntillas y dirigirse al otro extremo del salón donde un conjunto de cámara ejecuta un concierto. Dos criaturas angelicales extraídas de un cuadro de Merlozzo de Forli, con hermosas guedejas rubias ceñidas por coronas de flores de un rosa muy pálido hacen las veces de solistas. De sus amplias mangas de gasa azul emergen las manos delicadas que sostienen las flautas.

Frente a la orquesta un pequeño grupo de mujeres rodea a aquella a quien admiró en la plaza. Están vestidas como para asistir a una recepción de la mayor solemnidad, los hombros cubiertos por chales de encaje o de sedas casi transparentes; los cuellos, los

brazos, las cabelleras están consteladas de rica pedrería. Algunas parecen emerger de épocas remotas. Dos personajes notables flanquean a la anfitriona. Uno de ellos es una mujer inmensa con rostro de mandril, a quien un vestido de brocado negro señala todas y cada una de las capas de grasa que sin mesura le surcan el vientre; escucha el concierto con la partitura en la mano. El pelo cortado al estilo militar, el color sanguíneo de las mejillas y la nariz, las grandes bolsas bajo los ojos acentúan lo rudo de esa cara; una mariposa de esmeraldas y brillantes atada con poca grada sobre sus blancos cabellos cortados casi a ras son el único detalle de coquetería que se permite. Describir a la otra, muy flaca, significa desbarrancarse en un vestuario y maquillaje del todo estrafalarios. Su cara de mandíbulas trabadas y boca muy arrugada que implica la ausencia de dentadura está decorada con los colores más vivos; viste a la turca, es decir, con pantalones bombachos, y de sus hombros caen torrentes de gasas nebulosas. Entre ambas, envuelta en una túnica blanca de pliegues esculturales y coronada con laureles de plata, reina Titania. A Alice vuelve a sorprenderle su belleza, que se potencia ante la proximidad de los dos monstruos. El resto del grupo está compuesto por unas nueve o diez mujeres de diferentes edades, algunas tan jóvenes que es seguro apenas comienzan a circular en sociedad. Todas mantienen actitudes estatuarias.

El joven se acerca al grupo de mando, se detiene tras ellas, para minutos después, al terminar la ejecución del concierto, besar la mano y luego las mejillas de la que, ante lo extraño del ambiente, Alice puede considerar ya como una conocida. La bella mujer coronada de laurel sonríe complacida; se levanta luego como impulsada por un resorte, se acerca a los músicos, acaricia la mejilla de uno de los ángeles flautistas, e inicia una conversación con el director de la orquesta. Con un ademán hace que la gorda simiesca se le acerque cojeando, apoyada en un bastón de nudos muy rústicos totalmente fuera de lugar en aquel salón, para entregarle la partitura.

Alice ve a su acompañante besar manos, mejillas y frentes de mujeres, quienes de pronto se sueltan a hablar de modo estrepitoso, como si quisieran resarcirse del silencio impuesto durante el concierto. Comenta algo con la más vieja, la desdentada, la cual empieza a darle golpecitos con su abanico en el hombro en tanto que estalla en carcajadas que hieren el aire como el graznido de una nube de cornejas. Empavorecida ante el espectáculo que ofrece aquel rostro, Alice vuelve la mirada hacia la pared, pero allí un gran espejo se lo reproduce y le hace creer, a pesar de la distancia, que contempla las encías desnudas de la vieja. Cuando con paso ligero y seguro el joven vuelve a su lado, Alice descubre que es aún más hermoso de lo que a primera vista pudo haberle parecido; su cabellera es tan deslumbrante que por un momento siente la tentación de levantar la mano y jugar con ella. Los dientes infantiles clavados en un rostro tan decididamente viril le producen un repentino mareo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta,

—¡Alicel ¡Alice Browen!, ¿y usted? —responde sin aceptar el tuteo.

—Como estamos en casa de Titania puedes llamarme Puck. ¡Puedes llamarme como te dé la gana! Ven, Titania y compañía desean conocerte.

No han dado el primer paso cuando la puerta se abre con estrépito. Entra una sirvienta pálida y marchita, que se ajusta la cofia. Con voz sofocada por la carrera, grita:

—¡Señora! ¡El comendador ha vuelto! ¡Paolo desobedeció sus órdenes! ¡Lo ha dejado entrar, señora!

Las mujeres revelan de pronto una agitación sin límites. Algunas se ponen de pie, se cubren con sus chales, corren y rodean a Titania, quien, sobresaltada por el aviso, deja caer la partitura al suelo. La inmensa mujer de aspecto militar comienza a temblar como una

hoja frágil, se apoya en el bastón y corre, cojeando, hasta su asiento, donde con mano torpe se quita de la cabeza la mariposa de pedrería y trata de guardársela en el pecho. Desesperada al no poder introducida en el escote, la oculta bajo un almohadón. Los mismos músicos interrumpen sus movimientos, dejan en su sitio partituras e instrumentos y permanecen inmóviles ante los atriles en espera de una orden. Los nervios faciales de la anfitriona se ponen en tensión. Alice descubre en su rostro la misma expresión de diosa estremecida por la ira que tanto la impresionó en la plaza. La ve levantar un brazo en actitud marcial como para imponer la calma a su grey.

El joven Puck empuja a Alice hacia un costado del salón donde él se oculta tras un biombo. Ella, en el mayor desconcierto, presencia parcialmente la escena que en ese instante comienza. Tras la amedrentada sirvienta aparece el hombre a quien esa tarde vio a punto de saltar de una góndola. Su respiración revela la prisa con que ha subido la escalera. Es un hombre, extraordinariamente alto, cuya silueta sólo afea la presencia de un vientre en forma de pera, que otorga un aspecto ridículo a su chaleco gris. El resto de su atavío es de un negro casi clerical. Parece como si estuviera a punto de sufrir un desmayo; se lleva las manos a los ojos como si surgiera de la total oscuridad y quedase deslumbrado por el exceso de luces, pero también como si no lograra superar el horror ante el espectáculo que no se ofrece a su mirada. Sus cejas espesas parecen más hirsutas cuando aparta las manos de la cara. Da unos pasos ebrios en dirección al grupo. La voz de Titania lo detiene; es una voz de contralto, acostumbrada al mando. La nobleza del timbre, la claridad de la enunciación no corresponden a la tensión extrema de sus músculos ni a la cólera de la mirada.

—¿De modo que ha decidido venir? Si mal no recuerdo, usted declaró que jamás volvería a poner un pie en mi casa. Tengo la seguridad de habérselo oído jurar.

—¡Así es!... ¡Así es!... —responde el comendador con incongruencia, sin dar la menor importancia a las palabras, y camina hacia el grupo del que de repente se aparta la vieja desdentada, toma el bastón de nudos que su obesa y trémula compañera ha apoyado junto a una butaca, lo ase por ambos extremos, y, cual una endeble nave rompehielos, una frágil barrera ambulante, sale llena de furia al encuentro del intruso.

A medida que éste penetra en el salón y se expone más al chisporroteo de luz que desprenden los candiles, revela una fatiga física, una desmadejada palidez, un desgaste corporal que todos sus movimientos se obstinan en negar. ¡Es un viejo! ¡Tan viejo como el Casanova decrépito de su reciente lectura!, piensa Alice, y un escalofrío la recorre. El hombre extiende ambas manos, toma el bastón por el centro y con movimiento rápido y violento hace a un lado a la vieja que lo sostiene por los extremos, la que trastabillea y va a caer como escarabajo vencido junto a un sillón de brazos dorados.

—¡Así es! ¡Así lo había decidido! —continúa, tomando aliento—, pero hoy me enteré de que ofrecerá usted un concierto y que esta tarde se inician los ensayos. La música, es bien sabido, domestica a las fieras, aun a las más dañinas. Esa reflexión me indujo a venir —se acerca a Titania y la zarandea violentamente por un brazo.

En el instante de silencio ominoso que sigue sólo se oye el graznido ahogado y furibundo de la vieja derribada. Con voz suplicante que no se compadece con la energía y violencia de sus movimientos, el comendador prosigue:

—¡Titania, abandona a ese paje! ¡Aún estás a tiempo de renunciar a tu locura! ¡Titania, vuelve en ti! —y luego, olvidado ya el tono de súplica, grita ofensiva mente—: ¡A tus años, pobre mujer enloquecida, te has convertido en el hazmerreír del mundo!

Desde la vieja que gime en el, sillón hasta los ángeles extraídos de Merlozzo de Forli, todos los presentes parecen sólo esperar esas palabras para iniciar la contraofensiva. La gorda de rostro de mandril parece olvidar al fin el repugnante acceso de miedo que la ha acometido. Se pone de pie, busca su bastón y al no encontrado se apoya en el respaldo de una silla. Con voz de carretonero comienza a insultar al intruso con los términos más soeces, más inaudita mente procaces que pueda permitirse un idioma. La secunda la concurrencia en pleno. Se oyen insultos que forman un rugido contra el individuo que sigue sacudiendo por un brazo a la anfitriona, la única, al parecer, derrotada por sus palabras. La desdentada vuelve a levantarse, se ajusta las babuchas doradas y los múltiples chales y se arrastra con paso de gata hacia la pareja.

En ese momento, un brazo del muchacho emerge del biombo y atrae hacia sí a Alice, quien contempla como hipnotizada la escena; con movimientos impacientes la arrastra hacia una puerta que da a una amplia biblioteca con techo abovedado.

—La condesa Mustazza es muy valiente, pero su torpeza la pierde y compromete a Titania —le explica—. Llegará, como siempre, la policía. Es mejor que salgamos de aquí.

La protagonista, perdido todo vestigio de voluntad y de decisión, se deja conducir. Su acompañante empieza a recorrer con el tacto los lomos de una serie de volúmenes hasta, al parecer, encontrar el que buscaba. Lo ve extraer un libro en exceso voluminoso, meter la mano bajo su pasta de cuero, y luego, para *su* sorpresa, sin extraer llave alguna, volver a colocar el libro en su sitio y comentar:

—Es preferible salir por el canal mayor. No habrá inconveniente en tomar la góndola cubierta. A nadie se le ocurrirá seguimos.

Alice siente por un momento que el malestar que le aqueja y que tanto alarmó a Mlle. Viardot esa mañana se le reproduce con mayor violencia, que la fiebre le sube, le hace arder los párpados, de repente muy pesados, y doler todas las articulaciones. La asusta la idea de salir a un canal, de sentirse rodeada de agua y niebla; en un mínimo intento de recuperar la voluntad se oye decir con voz agonizante que prefiere quedarse, pedir que la oculte en algún sitio donde pueda pasar la noche, jura que no se moverá, ni hará ruido alguno, que no perturbará a nadie. ¡Que escapara él, a quien sus enemigos deseaban perjudicar! Ella es inocente, no conoce a nadie; si la interrogan, lo único que puede confesar, pero eso no le parece un delito muy grave, es haberse dejado vencer por la curiosidad y entrar sin invitación al concierto...

—...para dos flautas, de Cima rosa —concluye él en tono didáctico.

Desesperada, deseando ganar tiempo y reponerse, la inocente Alice le comenta a su acompañante que ha leído la novela de un autor vienés sobre Casanova, pero sin comprenderla de todo que no logró desentrañar los símbolos, que lo único que obtuvo de ella fue una carga terrible de violencia, porque, aunque humorístico en apariencia, se trataba de un relato colmado de atropellos, sangre, estupros y demás abyecciones añade que, a pesar de todo, para ella la perfidia de Casanova (Y. eso lo comienza apenas a descubrir en ese momento) es preferible a la estulticia, por ejemplo, de un par de ancianos, los hermanos Riccordi que aparecen en dos pasajes del libro como sombras patéticas, gimoteantes y borrosas frente a la figura acerada del aventurero veneciano que traiciona, penetra y aniquila.

Hasta el final de la aberrante velada musical, Billie Upward "había empleado un método descriptivo de exasperante minuciosidad para fijar las impresiones de Alice. Algún valor especial parecía revestir para ella el cabello de los personajes. Es posible que para Billie en lo personal lo tuviera. Y él, al leer la descripción pormenorizada de Titania, del

joven que pide ser llamado Puck, de la vieja obesa con el pelo cortado casi a rape y la semicalva desdentada que con sumo artificio trata de esparcir sobre su cráneo unas cuantas guedejas de un detestable color rojizo, no puede sino recordar la extraña mutación que la autora sufrió en ese sentido, del peinado corto de un rubio casi pajizo que usaba cuando la conoció en Venezia en el jardín de un palacio que posiblemente sirvió de escenario, a su relato y que mantuvo durante todo el tiempo que la frecuentó en Roma a la melena turbulenta de un negro azabache que obtenía después con una tintura de calidad más que dudosa. Pero a partir de ese momento la linealidad del relato se quiebra y el lector se interna en una especie de delirio brumoso. ¿Sería la primera parte la, aproximación y la siguiente la fuga que proclamaba el título? Miles de historias intentan formularse a partir del inicio de la fuga para ser destruidas desde su nacimiento por la aparición de otras nuevas. Al dejarse conducir por su compañero, que no accede a la súplica de Alice de ocultarla en uno de los miles de escondrijos, que seguramente poseería el palacio y que la observa con cierta, sorna cuando ella le habla de un libro recién leído y del posible significado de la vida, los sentidos de la joven se abren a una serie de sombras y de súbitas iluminaciones. Billie, convierte a Alice en la visitadora de una especie de Aleph circunscrito a Venecia. La pareja recorre pasadizos, sube escaleras, salta hasta el fondo de sótanos tenebrosos, penetra en abandonadas mazmorras, en bodegas al parecer olvidadas por sus poseedores donde se pudren cofres y barricas, cruza habitaciones subterráneas hasta llegar por fin a la portezuela que los conduce al atracadero familiar. Allí los esperan una góndola y un fantasmal tripulante con el cuerpo cubierto por una ceñida malla negra y una faja escarlata en la cintura; se cubre el rostro con una máscara del mismo color que tiene algo de cómico y mucho de macabro. "¡Qué extrañamente oscurece en Venecia!", piensa Alice mientras contempla los mecheros de gas, diseminados a lo largo del canal. Oye trozos de canciones que se le atropellan en el oído y confunden con los acordes finales del concierto de Cimarosa que acaba de escuchar, siente que su corazón late con violencia cada vez que una oscilación de la góndola la aproxima a su compañero, cuyo olor se ha transformado del todo; la mezcla de agua de colonia y tabaco que había percibido en el palacio ha desaparecido para dar lugar a un olor ocre y picante a cuero y a lana cruda que la marea, y está a punto de decírselo cuando recuerda que una dama no puede hacer un comentario de esa naturaleza. Parecía que él le hubiera adivinado el pensamiento, pues en ese momento comenta que por la mañana posó para un "concierto campestre" y por eso lleva aún el cabello aborregado y revuelto y esas calzas de cuero que, después de todo, le encantan. Es la última vez que logra recordar que existe un internado en Suiza y una mujer de labios ascéticos llamada Viardot y que una joven puede permitirse ante un desconocido ciertas preguntas y otras no. Una espesa languidez la acoge y se recuesta en los brazos del muchacho, con la cabeza apoyada casi en el nacimiento de su cuello. Siente en el oído el golpe tumultuoso de la sangre del macho. De vez en cuando pasan junto a góndolas cubiertas por toldos y con ventanillas cerradas y oyen salir de su interior carcajadas y música de laúdes, violas y flautas, y cuando se acercan demasiado, chasquidos de origen sospechoso; ella le pregunta si cree que el sentido de la vida consiste en entender y aceptar que ésta tenga un sentido, o en negarlo, o, simplemente, en permanecer indiferente ante una u otra posibilidad y en ser felices como debe serio el grupo de enmascarados que juega a las cartas en una pequeña plazoleta, mientras unas mujeres de amplias capas de raso brillante que las cubren de pies a cabeza, igualmente enmascaradas, se cuchichean algo al oído y ríen con risas quedas, y no lejos de ellas las cortesanas alimentan con castañas y queso a los pavorreales atados a sus bancas de trabajo y cuentan historias procaces donde exageran

ciertas cualidades de marineros llegados abruptamente del Norte que las desgajan al poseerlas y las enloquecen de dolor y :'" placer, de canónigos sibaritas que les obsequian golosinas preparadas con especias llegadas del Oriente y las hacen beber vinos calientes y perfumados que les producen estados de voluptuosidad de los que días después aún no logran recuperarse, y hablan también de aquel primer amor desgraciado, del amante que estuvo de paso una temporada y un día, sin decir palabra, se marchó para siempre, del otro a quien un pleito callejero obligó a huir de la ciudad, de aquél a quien la enfermedad terminó por volver loco, del carnicero del barrio, del galopín que apareció en casa como enviado por la Virgen, del pescador, del estudiante, del actor, del viajero. Ríen y lloran con igual facilidad. Más que vivir el amor, lo que parece deleitarlas es hablar de lo a él accesorio. Hablan y ríen, hablan y lloran, y todo parece producirles igual deleite, salvo dos o tres situaciones humillantes que jamás mencionan a las que su profesión las ha expuesto.

Las ventanas abiertas le permiten a Alice conocer todos los interiores que existen en Venecia, enterarse de todas las tragedias, los caprichos, los goces. "El mundo se le revela no gradualmente sino de modo simultáneo y total" Oprime con la mano la mano del galán para expresarle su gratitud por esa travesía; él se la lleva a la boca y luego vuelve la cabeza y la besa largamente, en los labios; y ella conoce el amor de un joven marinero llegado por la mañana de Alejandría, del jardinero siciliano a quien el marqués de Chioglia había hecho viajar desde las propiedades de su cuñado en Agrigento para aclimatar limones y jazmines en sus jardines colgantes, del marqués mismo y de su tío, el abyecto cardenal, del secretario del cardenal que por las noches escribe sonetos libertinos y los coloca bajo los platos en la mesa palaciega, de su amigo, el joven secretario del emisario inglés, quien sale tres veces a la semana a los alrededores de la ciudad y jinetea de la mañana a la noche. De la misma manera que el joven es todos los jóvenes que alguna vez han tocado Venecia, frente a ella se despliega, al salir del abrazo, la biografía, de la ciudad, desde el momento en que se eligió ese absurdo lugar como sede de su fundación hasta esa noche de mayo de 1928, y ya para entonces no le interesa preguntar a su compañero por el sentido de nada, porque ha aprendido súbitamente que lo importante no es preguntar ni emitir respuestas sino dejar qué los sentidos conozcan, se equivoquen, rectifiquen.

Ésa es con toda evidencia la parte más riesgosa del relato; la más audaz en cuanto a experimentación literaria. Un escritor navega siempre al borde del naufragio cuando trata de recorrer todos los tiempos que han compuesto no solo a Venecia sino a la más polvorosa y deslucida ranchería. Y Billie no se libra por entero del ridículo y de los peligros de una retórica un tanto hueca. La protagonista ve a su acompañante salir de una función de ópera del brazo de una diva que ha cantado una Norma perfecta y a quien va a estrangular horas después en esa misma góndola funeraria; lo reconoce cuando es un griego de Siria que intenta hacer subir a las hijas de un notario a su bajel con el pretexto de mostrarles unos paños finísimos; lo descubre en el momento de espiar el baño de sus primas y también en aquél en que con devota unción asiste a las exequias de su primera amante. De pronto se insinúa el amanecer en la laguna. A medida que la góndola avanza bajo una lluvia de oro, Ve necia se despoja de su abigarrada historia. Las fachadas se asemejan cada vez más a las de la primavera de 1928; la máscara del gondolero ya no existe, y el joven que viaja a su lado se deshace del espectro de todos los hombres que esa noche ha sido para ser solamente el esbelto muchacho de talle deportivo, pómulos prominentes y dientes infantiles. Cuando al fin atracan en el muelle se abre el gran portón; esa vez encuentran con certeza el camino directo sin tener que perderse en los sótanos y corredores putrefactos que antes recorrieron. Suben en silencio una escale_ que los conduce al jardín, una pequeña terraza con dos

eucaliptos y unos macizos de rosas, de muros revestidos por enredaderas de flores color vino, donde los moradores del lugar acostumbran desayunar algunas veces. Un sol radiante ilumina la escena. Bajo un toldo de gruesas rayas azules muy pálidas que se entreveran con otras de una blancura ligeramente sucia, desayunan tres personas. La sirvienta que el día anterior había entrado en el salón en medio de un desarreglo nervioso pasa a su lado empujando un carrito donde están las frutas, la cafetera y los panecillos. Es una inconveniencia llegar .de visita a esas horas cuando la gente aún no está en condiciones de recibir, se _ dice al ver a Titania con la cara empastelada con una espesa capa de crema blanca y el cabello sujeto hacia arriba por un pañuelo de colores. El comendador, en bata de casa, se sirve una taza de café y luego se hunde en fa lectura de un periódico, mientras la condesa Mustazza, vestida con una túnica oriental y un turbante que oculta su cabeza casi calva, desmorona sobre un plato de leche un gran trozo de pan. Alice intuye que el drama contemplado el día anterior al final del ensayo era falso, un juego inventado por esos tres despojos humanos para fingir que su vida es interesante y aún la sacude la pasión; que lo real, en cambio, es *ese* momento de armonía matinal en que efusivamente la invitan a compartir el desayuno, pero que esa realidad no dista mucho de ser la misma de los hermanos Riccordi del relato sobre Casanova, los cuales, a pesar de su elocuente gesticulación, acceden a cumplir las órdenes que los demás les imparten y a. aceptar los mendrugos que de cuando en cuando les ofrecen, y que su acompañante, el bello Puck, al sentarse complacido a la mesa, ha optado por el grupo marchito que en ese momento desayuna, por todo lo que en verdad no es. Sin despedirse, y sin que su desaparición sea advertida, Alice se dirige hacia la salida, le pide a Paolo abrir el portón y camina con paso fatigado a su hotel.

Cuando Mlle. Viardot y sus discípulas regresan, llenas de novedades, entusiasmadas por el viaje a Vicenza, encuentran a Alice con una fiebre tan alta que la hace delirar. La profesora llama a un médico, quien confirma la gravedad de la infección. Es necesario que las otras jóvenes no entren a su cuarto a perturbada. La maestra, con el sentido de la disciplina que la ha hecho famosa, permanece noches enteras sentada aliado de la enferma mientras durante el día recorre con las otras alumnas todos los itinerarios previamente fijados con el fin de aclararles la historia de Venecia y de su arte.

Al llegar los padres de Alice a hacerse cargo del cadáver, cuando con la ayuda de la, tía Ann hacen las maletas, recogen los vestidos y objetos particulares de aquella muchacha un poco descuidada, pero quizá más retraída que las demás, la profesora piensa que sería mejor suprimir en el futuro la excursión a Venecia, cuyo clima es fatal en esa época del año, y sustituirla en cambio por el viaje a Florencia y Roma que ha venido proponiendo durante años, desde la vez que una alumna, persa en esa ocasión, sufrió un grave accidente y el colegio tuvo mil dificultades con el padre, y este viaje le ha proporcionado el argumento de peso que necesitaba para convencer a la directora. El último día escucha melancólicamente con las chicas la función en La Fenice que culmina la excursión; cantan Wagner, a quien ella siempre ha detestado.

Moscú, octubre de 1980

Los cuadernos de Orión[1]

Para Rosaura Romero

Ancló en Roma. En apariencia hubiera sido más lógico que lo hiciera en Londres, dado que para esa fecha sus lecturas eran en lo fundamental inglesas, lo que aún a distancia lo había familiarizado con la ciudad y sus usos, o en París cuya belleza lo había dejado anonadado y de la que, quizá, por lo mismo, había escapado a los pocos días de llegar. Ninguna de esas ciudades poseía la melancolía y la sensualidad de esa Roma pobretona y preindustrial previa al milagro económico que tan bien se avenía con quien sólo vivía para aguardar el fin. Tal vez influyera el deseo de compartir con Raúl su experiencia de vida en el extranjero. También, aunque de eso sólo fue consciente después, el hecho de que Elsa hubiera vivido allí.

Al pasar por Xalapa había tenido la precaución de recoger la dirección de Raúl. Habían sido, ¿cuántas veces tiene que repetirlo?, amigos desde la infancia, compañeros de escuela, aunque Raúl fuera dos o tres años mayor. Tenían algunos parientes comunes. En la adolescencia intercambiaban libros. Fue quizás él quien lo hizo salir del *Leoplán* y de las novelas de Feval que esporádicamente leía su padre para ordenarle y actualizarle las lecturas. Lo hizo comenzar por Dickens y Stevenson y, a lo largo de los años, retroceder a los isabelinos y avanzar hasta la generación de Auden. Raúl tenía cualidades especiales; ponía a todo el mundo a trabajar, lo intranquilizaba, lo hacía intentar rescatar lo mejor de sí mismo. Era un organizador y un maestro nato. En la preparatoria formó un círculo de discusión, donde cada semana hablaban de obras y autores. Allí aprendió, al redactar notas y discutirlas con sus compañeros, más que en cualquiera de los cursos de literatura que siguió más tarde, cuando alternaba los estudios de leyes con algunas clases en Filosofía y Letras. Luego, en México, a saber por qué razones, se vieron poco. Raúl salió dos años antes que él de Xalapa a estudiar arquitectura, y cuando él llegó a la capital apenas coincidieron en una que otra fiesta. Nunca se pusieron de acuerdo para comer juntos, para ir al cine o correrse alguna parranda. En cambio, durante las vacaciones, en Xalapa, volvían a ser inseparables. Raúl, nunca ha dejado de reconocerlo, fue en todos esos años su maestro; fue él quien lo incitó a escribir. Raúl mismo hacía pastiches cómicos muy divertidos. Se proponía trabajar, decía ya entonces, más que como arquitecto como ensayista, como investigador de las formas. Antes de salir de México, su cultura artística era impresionante. No cabe duda de que su presencia en Italia contribuyó en mucho a detenerlo en Roma y a no proseguir el periplo turístico que antes de salir de México se había marcado. Cuando llegó, a mediados de ese verano abrasador de 1960, se dirigió casi de inmediato a la dirección obtenida. Raúl no estaba. La portera, después de estudiarlo con una mirada de lo más impertinente, le dijo que su amigo pasaba el verano en Venecia. Buscó una anotación en una libreta y le confirmó: toda su correspondencia se la enviaban al American Express; no había dejado su dirección porque quería trabajar y no permitía que la gente lo interrumpiera —añadió con tono y mirada acusadores. En uno de sus viajes, cuyo itinerario

[1] Fragmento de novela.

y circunstancias recuerda como si lo hubiera realizado apenas ayer, que comprendió Ferrera, Padua, Venecia y Trieste, le dejó una nota en el American Express veneciano, en donde le pedía sus señas o un teléfono para que al regreso de Trieste lo pudiera localizar. Cuando a los dos o tres días partió de nuevo por allí, encontró una tarjeta firmada por alguien llamado Billie Upward, indicándole una dirección. Raúl, le escribía, se encontraba por el momento en Vicenza, pero esperaban su regreso para cualquier día de esa semana.

Fue a la dirección: un palacio escondido tras altos muros en uno de los canales alejados del centro.

—No se puede entrar por la fachada principal, como sería lo debido, por causa de la inundación de la planta baja —le dijo con cierto dejo extranjero una mujer de piel muy tostada y cabello de color canario, después de que la sirvienta lo condujo a una terraza interior del edificio—. Es una lástima pero parece que la restauración resulta muy costosa. El único riesgo es que los cimientos se echen a perder al grado de que el palacio entero se derrumbe —y emitió una risa áspera, semejante al graznido de un pájaro, que dejaba evidenciar cierto placer ante el posible desastre—. ¿Usted es el paisano de Raúl, verdad? Sí, eso me imaginaba. Él sigue en Vicenza, pobre muchacho laborioso, prepara una tesis sobre el Palladio. Nos pide que lo retengamos hasta su regreso.

—Pregúntale si quiere tomar una copa, Billie, no seas tan huraña —dijo otra mujer, ciertamente mayor, con voz espesa y cálida y un acento que la relacionaba con algún lugar del Caribe, una mujer oculta tras enormes gafas negras, cremas de colores, y una variedad de telas de colores brillantes que no dejaban mostrar sino los brazos y una mínima parte de la cara. Estaba tendida en una especie de camilla de aluminio y cuero. Era Teresa Requenes—. Ofrécele un trago en vez de complacerte en describir la destrucción de mi casa.

—No es del todo su casa, quiero precisártelo. Teresa tiene un contrato por noventa y nueve años sobre el inmueble. Pero el municipio no le da permiso para iniciar las obras de restauración —explicó innecesaria, gratuitamente la mujer de pelo color canario—. Toda la planta baja ha tenido que ser evacuada con pérdidas enormes. Quieren implantar un plan global de salvación de Venecia... Pero usted conoce a los italianos, es posible que cuando se hayan puesto de acuerdo y quieran ponerlo en práctica, Venecia ya no exista, no sea más que un hermoso recuerdo, otra Troya. La mujer llamada Billie, vestía pantalones blancos y una blusa oriental de un amarillo tenue que hacía contrastar más aún el tinte de su pelo. No era muy joven, como lo quería indicar la ropa. ¿Le pareció hermosa? No del todo; tanto el marco como las mujeres le resultaban demasiado extravagantes, y el estilo de la tal Billie en exceso petulante y redicho. Movía los brazos de una manera desaforada. Cuando servía el whiskey parecía que todo su cuerpo se sacudía como agitado por una descarga eléctrica.

Era la primera vez que se encontraba en el jardín de un palacio ¡en Venecia! No había modo de no sentirse en medio de un escenario cinematográfico. El comportamiento artificioso de ambas mujeres contribuía a intensificar la sensación de irrealidad.

—La vista desde aquella logia es magnífica. Me gusta ver el revoloteo de las gaviotas; me imagino que son los loros de mi tierra —dijo la mujer de gafas sin moverse—. ¡Acompáñalo, Billie!, ¿quieres?

Caminaron hasta un ángulo del jardín, donde se levantaba una pérgola que daba al pequeño canal por un lado y a una mínima y hermosísima placita por el otro. Minutos después se les reunió Teresa.

—En esa Fondamenta —añadió—, la de l'Annunziatta, quemaron a una bruja, a pesar de que aquí nunca abundó la especie. Venecia es demasiado carnal para poder comunicarse

con el otro mundo. Sus misterios son mínimos, espejismo puro para el consumo de alemanes e ingleses. Hay demasiado color, demasiada frivolidad para que se pueda concebir la existencia de otra vida. Tal vez me equivoque; es posible que uno pueda avanzar hacia adentro, que aquí se logre un tipo especial de búsqueda interior, pero no el contacto con lo extrasensorial.

—No le haga usted caso. Mi amiga me quiere hacer rabiar. Se lo propone a diario. Todo porque sabe que estoy escribiendo una especie de *nouvelle* basada en el sustrato mágico en que se sostiene Venecia.

Lo invitaron a almorzar. Teresa desapareció durante un buen rato. Cuando se presentó en el comedor le costó trabajo reconocerla. Desaparecidas las cremas, las gafas, las telas de colores, era una hermosa mujer de poco más de cuarenta años, de espléndido y macizo cuerpo, animado por un terso, impreciso y constante movimiento que parecía casi un jadeo sensual de todo su cuerpo. Le dijeron que Raúl hablaba casi todas las noches de Vicenza. Si las llamaba al día siguiente era casi seguro de que le podrían decir con exactitud cuando regresaría; había dicho que tenía mucho interés en verlo. Dentro de unas semanas todos volverían a Roma. Salió de aquella casa deslumbrado. Desde el puente más próximo contempló la fachada magnífica con la puerta principal descerrojada por donde implacable y monótonamente entraba el oleaje que producían las barcas. Las ventanas cubiertas por espesas cortinas no permitían ver nada, salvo una de ellas, una habitación con un balcón, donde se vislumbraba un gran candil de cristal, un sillón que parecía de mimbre, un pequeño cuadro y la parte superior de un librero. Comenzó a imaginarse cómo podría concebirse la vida desde aquellos cuarteles. Estaba bárbaramente impresionado. Acababa de conocer a Billie Upward y a Teresa Requenes. Sin embargo decidió no quedarse. Toda la tarde la pasó en su hotel con un atroz dolor de cabeza; cuando ya no pudo más se dirigió a la estación y compró una litera en el nocturno a Roma.

Y por supuesto que después del verano se volvieron a ver. ¡Muchas veces! A medida que se fueron tratando se acentuó la sensación de extrañeza que en el primer encuentro le produjo Billie. En el tren a Roma, asombrado aún de haber penetrado aunque fuera por unos minutos en un recinto que hasta aquel entonces supuso le estaría vedado, recordó la falsa intensidad de la inglesa, o, mejor dicho, ese énfasis tan suyo colocado donde no debía existir; le pareció también que se complacía demasiado en señalar adversidades posibles. Sus comentarios sobre el triste destino de Venecia contrastaban con la placidez con que la venezolana lamentaba la escasez de brujas quemadas.

Llegó un momento en que pasar un día sin visitarlos le hubiera resultado inimaginable. La generosidad de Teresa Requenes les permitía mantener una pequeña y floreciente editorial. Publicaban a poetas americanos e ingleses, a jóvenes narradores italianos y, sobre todo, a autores hispanoamericanos. Eran unos cuadernos muy sobrios, en papeles de excelente calidad, muy bellamente diseñados, el más voluminoso de los cuales no debía exceder las ciento veinte páginas. Habían comenzado los trabajos el otoño anterior y tenía ya mucho material preparado. Estaba a punto de aparecer el episodio veneciano de Billie. Raúl lo invitó de inmediato a publicar y a formar parte del Comité Editorial.

La publicación de un cuaderno al mes le daba a Teresa la oportunidad de dar empleos y sueldos a varias personas que le eran simpáticas. Las ediciones eran bilingües; a veces la traducción se hacía al español, otras al italiano. Emilio Borda, un filósofo colombiano, se encargaba de todos los trabajos tipográficos y de las traducciones al español; Gianni vertía los textos al italiano. La primera crisis de la editorial surgió con la salida de Emilio. Había sido él quien propuso la idea de crear los cuadernos. Cuando Emilio se marchó, él advirtió

por la reacción de los demás colaboradores y amigos la intensa antipatía que todo el mundo sentía por Billie. Nadie hacía responsable a Raúl de la ruptura sino a ella. Cuando Emilio rompió con Orión ya él llevaba más de un año de vivir en Roma. A partir de ese momento se dejó sentir una marcada desgana y una falta de convicción en todos los trabajos. Cuando el cierre final se produjo, ya se había marchado, pero supo que a nadie le sorprendió demasiado; la comunidad espiritual había sido destruida desde hacía bastante tiempo.

¡Qué irritante podía ser, qué desesperante y necia! Quizá influye el trato posterior en Xalapa para calificarla de esa manera. Colaborar con la editorial equivalía a oír sin cesar sus comentarios, los que a medida que la empresa avanzó se fueron tiñendo de un insoportable y autocomplaciente triunfalismo.

Su personalidad no resultaba fácil a la clasificación. El mismo Emilio tan difícil de dejarse subyugar por nadie, reconocía la originalidad de algunos de sus juicios, la seguridad de su inteligencia, la amplitud de su cultura: la ópera, en especial las de Mozart; la música romántica, Schumann sobre todo; la literatura medieval española; Shakespeare; la cultura italiana entera, toda la pintura del mundo. Ha hablado ya del pavor que Billie le podía inspirar, pero también existió una admiración que se nutría en parte del hecho de haberla conocido en el jardín interior de un palacio veneciano y de lo mucho que contribuyó en su formación al proseguir la labor emprendida por Raúl en la adolescencia, sólo que Raúl le había hecho concebir el placer del aprendizaje y Billie las asperezas de la disciplina para acceder a la cultura. Es posible que su conocimiento de Italia se intensificara y depurara, que lo que ahora puede disfrutar de la pintura, hasta de la contemplación del paisaje, le daba mucho al trato con ella; pero esos entusiasmos nunca prescindieron en su momento de un sentimiento de incomodidad y de fastidio. Billie era demasiado absurdamente inglesa, demasiado institutriz.

—Me remordería la conciencia casarme con un extranjero. Cuando me dicen las cifras de nacimientos de paquistanos o jamaiquinos en Inglaterra, creo que mi deber sería darle a mi país un hijo blanco, auténticamente inglés —fue por ejemplo un comentario que no dejó de repetir con mínimas variantes el día en que Teresa Requenes invitó a un matrimonio de dominicanos de aspecto amulatado muy amigos suyos. Ese era quizás el único tipo de expresiones de Billie que llegaban a irritar a Raúl, cuyo color azulenco y configuración del rostro lo asemejaban más a un paquistano que a un indio mexicano. Ya para entonces tenía más de un año de sostener relaciones con ella.

Una tarde esperaban a una eslavista milanesa que alguien les había recomendado. Se encontraban Emilio, Raúl y él en un café muy pomposo y antipático de la via Venetto. Raúl estaba de pésimo h u m o r. La conversación recayó en un momento sobre la reacción de los dominicanos ante la actitud francamente hostil de Billie. Raúl opinó que no era para tanto. Lo que ocurría era que se trataba de unos pobres acomplejados. Sólo faltaba que no se pudiera hablar con naturalidad del tinte de la piel. ¿Qué esperaban? ¿Pasar por arios? ¿Por qué no asumían con naturalidad su condición de mestizos?

—¿Y por qué no la asumes tú si es tan fácil? —fue la respuesta de Emilio—. ¿Por qué debes acatar siempre lo que dice tu Diosa Blanca?

El colombiano advirtió que había tocado un tema de trato imposible. Intentó volver, con un tono humorístico, a algunos temas de su trabajo sobre Wittgenstein. Raúl no opinaba nada, parecía apenas escuchar las disertaciones del otro. Él, por su parte, quiso disipar la tensión que de pronto sintió incubada, haciendo algunas preguntas sobre varios literatos contemporáneos del filósofo vienés. En aquella época había leído sólo a Kafka y a Schnitzler, pero había conocido a unos jóvenes escritores italianos a quienes parecían

interesar sólo los austriacos. Llegó al fin la eslavista, la señorita Steiner-Lemmini, una mujer alta, huesuda, de sonrisa tímida. Se pusieron en pie para saludarla. Raúl hizo las presentaciones.

—Emilio Borda, especialista a su entender en Wittgenstein. Cree comprenderlo todo. Ya lo verá, va a resultar que sabe más de rusos, checos y polacos que usted. A su manera también es eslavista, musicólogo, matemático, entomólogo, filósofo de la ciencia, medievalista —sonreía alegremente mientras enumeraba las disciplinas supuestamente dominadas por Emilio—. No se le escapa nada; pero si de alguna manera hubiese que definirlo —añadió con súbita ferocidad—, yo le diría que es el mayor pobre diablo que he conocido.

La señorita Steiner—Lemmini reía nerviosamente. Comenzó a hablar de manera precipitada de sus investigaciones. Colaboraba en una editorial muy importante. Trabajaba como una mula, sin cesar; apenas dormía; traducía, prologaba, hacía reseñas. Su colaboración era muy buscada por las editoriales italianas. Sin embargo la idea de los cuadernos le era simpática. Sugería la publicación de dos piezas teatrales de Lev Lunz, uno de los formalistas rusos más interesantes.

Raúl dijo que le gustaría leer los textos. Si ella los sugería era seguro que esas obras de teatro les convendrían. Necesitaban juicios de especialistas y no las recomendaciones de improvisados que hasta el momento regía en la pequeña empresa que habían acometido. Y si: transición, lanzó una diatriba feroz contra el ensayo de Emilio sobre Wittgenstein, que apenas conocía, y terminó declarando, perdidos por completo los estribos, que consideraba incompatible la participación de ambos en el consejo directivo; si el colombiano se quedaba él estaba dispuesto a partir. La señorita Steiner-Lemmini recogió los papeles y libros que había desplegado sobre la mesa. Los metió con precipitación en su cartera y se despidió; Raúl la acompañó a la calle y ya no regresó. Emilio no volvió a poner un pie en los terrenos de Orión. Algunos meses más tarde se marchó de Roma.

Pero antes de ese incidente, el cuidado que cada quien ponía en la parte de labor que le tocaba para editar los Cuadernos, y en su propia obra, había sido para todos los participantes una experiencia comunitaria, jubilosa y por entero creativa.

Si el autor del proyecto fue Emilio, era Raúl quien se había convertido en el verdadero motor de la empresa, quien descubrió y asoció a los colaboradores, quien estudió formatos y eligió papeles, quien fijó las características fundamentales de la colección: el idioma básico sería el español, ya que en lo fundamental se trataba de una experiencia de latinoamericanos. Publicarían de doce a quince cuadernos al año. Teresa Requenes, quien desde la sombra vigilaba la empresa, les proporcionó una lista de amigos, la mayoría venezolanos que, para la sorpresa de los jóvenes editores, se suscribieron en su casi totalidad, lo que les permitió manejar sumas considerables. Teresa proporcionó el capital faltante.

Al principio había un consejo directivo. Billie fue designada más tarde como gerente. Raúl insistió en la necesidad de que alguien fungiera como responsable para efectos fiscales y demás molestias administrativas. ¿Quién mejor que ella?, concluyó. Se trataba de un mero requisito formal. Pero en la práctica no fue así; Billie se fue convirtiendo en una típica gerente y el trato con los demás adquirió el tono de la relación clásica entre jefe y subalternos.

Pensó en publicar el relato que había iniciado en el *Marburg* y terminado en sus primeras semanas de Roma. Tendría que hacerle unos ajustes, eliminar quizás unos episodios incidentales, la historia que tanto ha recordado durante ese verano tardío de su

vida en que realiza con Leonor una también tardía luna de miel en Roma, un cuento largo sobre la reunión que su protagonista, Elen Zevallos, organiza en honor de su hijo que ha llegado a visitarla y de un pintor, amigo de toda la vida, que ha inaugurado esa tarde una exposición en Nueva York. Pero Billie, apenas leídas las primeras páginas, le hizo abandonar toda esperanza. Tenía que escribir sobre temas mexicanos; él se dejó convencer sin mayores dificultades y esa noche llegó a casa y comenzó a desarrollar las imágenes almacenadas desde la infancia que tanto lo perturbaron durante los días siguientes a la muerte de su padre. Revivir aquel periodo tuvo el efecto de disiparle la sensación de culpa que a veces lo ensombrecía por haber sobrevivido a su padre, por saberse en Roma gozando de una óptima salud y no haber estado al lado de las mujeres de su casa cuando ocurrió la desgracia.

Raúl también trabajaba. Un día les leyó su relato sobre la búsqueda emprendida por una primera dama mexicana del siglo XIX, de una enana, la hija ilegítima que le había sido arrebatada al nacer. El humor de algunas escenas era tan desbocado que todos los asistentes a la lectura rieron a morir con excepción de Billie, quien sentada con el talle enhiesto, como cadete de una escuela militar, y una expresión tal de sufrimiento en el rostro que la asemejaba a los pájaros fúnebres de los crucifijos medievales, dijo al final:

—Yo no quisiera hablar, caro Raúl, porque me doy cuenta de que todos ustedes estarán en desacuerdo. Pero me parece un texto demasiado local; a ustedes los hace reír por ser mexicanos, conocen sus graves defectos e identifican a los personaje A mí sólo me pareció una historia cruel, sin compasión por nadie, y, lo que es peor: el extranjero que lea ese cuento no entenderá que está escrito con intención satírica, creerá que se trata de un ataque al sentimiento maternal de una mujer.

Como sucedió tantas veces con Billie, después de un rato de discusión nadie sabía bien a bien de qué hablaba ni qué tesis defendía. Todo en esa sesión fue absurdo y confuso, porque los planteamientos desde un principio estuvieron desenfocados. No hubo modo de hacerle comprender a Billie que lo que allí se buscaba era la creación de una forma, lograr una mínima y jocosa interpretación del mundo a través de esa forma.

—Yo prefiero callarme; les parecerá anticuado pero no puedo soportar que se burlen de una mujer por el solo hecho de haber tenido una hija enana. Por más que digan no lograrán convencerme.

Días después, en un momento en que estuvieron a solas, le dio a él un argumento que no pudo sino sorprenderlo, que debería haberlo hecho comprender ya desde entonces que en realidad no hablaban la misma lengua:

—Si me opongo a que Raúl publique ese cuento es porque no lo beneficiaría en nada. Daría una idea falsa de sus posibilidades. Él tiene otras metas en la vida y las está realizando. Raúl, ¿no sé si te has dado cuenta?, puede llegar a convertirse en uno de los grandes teóricos de la arquitectura. En un organismo internacional podrá encontrar en su momento una buena proposición. No me gustaría que más tarde tuviera que arrepentirse de estos errores de juventud.

Y a los pocos días, Raúl comentó de manera casual al terminar una comida:

—Me parece que en el fondo Billie tiene razón. ¿A quién carajos le pueden importar las historias que uno inventa sobre los personajes de nuestro folklore? He decidido publicar mejor unos apuntes sobre Palladio en los que trabajé este verano. No, no se trata de un estudio teórico, casi puede decirse que es una aproximación lírica a la Casa Rotonda de Vicenza.

—¡Raúl, ¿tú serás rey?! —murmuró burlonamente Emilio, pues el incidente ocurrió en la época en que una aparente armonía regía aún las empresas de Orión

Una de las primeras publicaciones fue el episodio veneciano de Billie. Leyó el libro con devoción. Se sumergió en él como en un texto críptico que requiriese varias lecturas para entregar su verdadero sentido, o, mejor dicho, alguno de sus verdaderos sentidos. Si algo le hace saber lo inmaduros que eran entonces sus juicios ha sido releer en casa de Gianni ese relato.

—No es posible —le comentó a Leonor— concebir tanta estupidez. ¡Qué de lugares comunes en sus alucinaciones! ¡Pensar que entonces los leíamos como si fuera un texto sagrado!... ¡Dios mío, qué mezcla de presunción y de recursos ramplones!

Sin embargo, no puede detenerse en algunos párrafos; encuentra en ellos un acorde profundo y misterioso. Tal pareciera que Billie hubiese ya presentido su fin.

Su situación económica había mejorado. Su madre había decidido pasarle la renta de algunas casas que había dejado su padre. Eso le permitió prolongar su estancia en Europa, quedarse dos años más en Roma en condiciones muy holgadas, viajar después por Grecia, por Turquía y Europa Central, y luego instalarse en Londres, donde fue durante un año lector en la Universidad.

A Inglaterra le llegaron noticias muy confusas de Raúl. Había abandonado la arquitectura, la historia del arte, su trabajo sobre la evaluación de las formas. Se había refugiado en Xalapa donde daba un cursillo, no en la escuela de literatura sino en la de teatro, la misma donde en la actualidad enseñaba Leonor; un curso muy menor sobre historia de la escenografía. Alguien le hizo saber que debía mucho. Billie se había quedado en Roma, había tenido un hijo y se había lanzado tras su hombre a Xalapa, decidida a legalizar su situación.

Un día, años después, lo volvió a ver en México, en casa de los Rueda, unos amigos comunes. Cuando llegó, ya Raúl estaba muy borracho; le reprochó con resentimiento no haberlo buscado. Se defendió como pudo; había ido a Xalapa sólo una vez a visitar a su madre y a arreglar algunos asuntos y no los había encontrado. La sirvienta le explicó que él y Billie pasaban unos días en Veracruz. Raúl dio muestras de no creerle; estaba desencajado, previamente envejecido, muy nervioso, vestía mal, casi como un mamarracho. Le sorprendió muy desagradablemente el color casi negruzco de los labios. Había, dijo, abandonado las clases.

—Eso no fue sino una vacilada —comentó y añadió que había conseguido después un trabajo muy cómodo en la biblioteca, una especie de asesoría para la compra de libros de arte y arquitectura. Le volvió a reprochar con insistencia de borracho no haber ido a verlo. Dijo que sabía que viajaba con frecuencia a Xalapa (lo cual no era cierto) y no había sido capaz de ir a conocer a su hijo.

Cuando le preguntó si le había resultado fácil a Billie la adaptación a las nuevas circunstancias le respondió con furia que no tenía por qué preocuparse de ella. Si realmente le hubiera interesado saber cómo estaban habría ido a visitarlos. Estaba francamente imposible; después de vociferar un buen rato y beber casi hasta la inconsciencia alguien tuvo que acompañarlo a un sitio de taxis, pues no quiso subir al coche de ninguno de los presentes.

Supo poco después que Billie había ido a México y tratado de localizarlo. Sin embargo no hizo ningún intento de comunicarse con ella. Hubiera sido fácil conseguir su teléfono y llamarla, pero se la imaginó igual de deshilachada que Raúl, y si ya como señorita

sabihonda le había resultado un fastidio, la nueva encarnación que le suponía le resultaba francamente aberrante.

Un día en que fue a Xalapa a arreglar los trámites de su nuevo puesto en la Universidad se la encontró en la calle por azar. Bajaba por la calle de Clavijero, con paso atropellado; movía un brazo frente a ella como si discutiera con fantasmas; bajo el otro llevaba un abultado legajo de partituras y carpetas. Se enteró de que Raúl se había marchado de la ciudad. Al parecer cuando lo había visto en México iba ya de huida. Billie daba clases de inglés y de literatura inglesa en la Universidad, hacía traducciones. Se ganaba, según le dijo, a duras penas la vida. La acompañó hasta una casita: de dos pisos en las afueras, bastante agradable, donde vivía con su hijo, y con una sirvienta a quien llamaba “Madame”, una india de ojos verdes muy vivos.

Su hermana le dijo, cuando le contó el encuentro con Billie y la visita a su casa, que aquella Madame era una curandera muy conocida en la región. No tenía buena fama; la habían corrido de varios pueblos, de Xico, de Banderilla, por practicar la brujería.

El regreso

Para Regazzoni.

Personajes:
María / Juan

(*Sala de un departamento modesto y sombrío. Muebles viejos. Muy poca luz*)

MARÍA.—¿Qué más ha habido? Nada que realmente te interese saber. He vivido y ya en estos tiempos eso me parece ganancia; he trabajado aquí y allá, con muy poca fortuna al principio, pues recordarás que en algunos aspectos siempre he sido muy torpe. Después de dos o tres fracasos bien sonados me logré orientar. Eso es todo. Años sin resplandor ni brillo han sido los míos.

JUAN.—¿No has sido feliz?

MARÍA (*se queda pensativa, luego en voz muy baja*).—¿Feliz? Sí, creo que algunas veces he llegado a serlo. No siempre. En un principio fui muy desdichada. A los pocos días de haberte ido intenté suicidarme, ¿lo supiste?

JUAN.—No, ¿cómo iba a enterarme?

MARÍA (*habla como entre sueños*).—Tomé unas píldoras, mas no bien acababa de hacerlo cuando el pánico me acobardó. Llamé a los vecinos y ellos me condujeron al hospital. Sabes, sufría mucho. Después de eso todo fue más fácil. El haber estado tan cerca de la muerte me impidió seguir queriéndote. En ese momento se detuvo mi tiempo y pude emprender una vida absolutamente distinta: al cortar con el pasado me reducía a un presente inmutable, en el que cualquier luminosidad quedaba proscrita. Me sabía hueca, desfondada, y en ese estado de ánimo comencé a trabajar. Al principio, te digo, no lograba dar una; después como que las cosas se han ido encarrilando. Sí, Juan, a veces hasta he llegado a ser feliz.

JUAN.—Tú también me hiciste mucho daño, te lo juro.

MARÍA (*sorprendida*).—¿Te hice daño, Juan? No me explico cómo pudo haber sido. Yo solamente te quería,

JUAN.—Fuiste demasiado fuerte para mí. Es posible que no estuviera entonces preparado para recibirte. Al aparecer tú, así, tan repentinamente, sin que nada te anunciara, se inició en mí el desorden. No era la diferencia de edades, dos años apenas, lo que determinaba nuestra lejanía, sino el tumulto que acompañaba tu existencia, lo huidizo de tu personalidad, el no poder llegar nunca a conocer tus raíces. Eras como una galería de espejos donde la multiplicidad de las imágenes impedía siempre alcanzar el objeto. Ya no pude estudiar; el alcohol se convirtió en experiencia cotidiana. Y lo peor, a pesar de mi necesidad de estar junto a ti, era que no alcanzaba a saber si te quería. Algo me llevaba siempre a buscarte; trataba de resistir a ese llamado, pero era imposible. Por eso muchas veces me veías llegar a tu casa furioso e irritado; aprehendía la primera oportunidad de entrar en conflicto contigo para ver si de esa manera se definían mis sentimientos. Era muy tonto lo que hacía.

MARIO.—Sí, realmente era muy tonto.

JUAN.—Pero no se me podía exigir otra conducta. ¿Me proporcionabas tú alguna ayuda? Nuestras relaciones eran de lo más irregular: un tránsito perpetuo de fervientes amantes a enemigos enconados, de enemigos a amigos, de amigos a amantes. No hubo en nuestros días uno que se pareciera al anterior.

MARÍA.—Tú imponías tales modalidades.

JUAN.—Pero no era yo el único responsable. Eras perfectamente consciente de tu fuerza, ¿por qué entonces no impusiste un cauce seguro a nuestras relaciones? Yo hubiera obedecido. Parecías gozar en señalarme las pistas falsas cuando yo esperaba soluciones precisas.

MARÍA.—¿Crees que eso a mí no me preocupaba? Pero por encima de la pasión, sentía por ti, y nunca fuiste capaz de comprenderlo, un respeto que era casi culto. Atropellar tu voluntad me hubiera producido la peor de las vergüenzas. Por otra parte, constantemente me hacías sentir como sí te obligara a permanecer a mi lado. Eras un muchacho extraño; y yo no poseía toda la fuerza que me atribuyes.

(*Hay un silencio un tanto prolongado. María parece estar entregada al recuerdo. Juan quiere hablar, pero no encuentra las palabras. De pronto ella sonríe y parece salir de su letargo.*)

MARÍA.—¿Quieres un poco de café?

JUAN.—No, gracias. Hoy he tomado varias tazas.

MARÍA.—Yo sí me prepararé un poco, estoy muy cansada. (*Sin embargo, no hace el menor ademán de levantarse.*)

JUAN (*con visible esfuerzo*).—María, me has hecho mucha falta. Nunca sabrás lo que fueron estos años en el extranjero. Sufrí, realmente sufrí como no tienes idea.

MARÍA (*dura, amargamente*).—No debías haber vuelto. Ningún bien nos hace conversar de esta manera; además, los diálogos sobre lo que no fue resultan, por lo general, grotescos.

JUAN (*interrumpiéndola*).—¿Quieres decir que ni siquiera vas a permitir que te visite?

MARÍA.—No creo que haya nada por aclarar entre nosotros.

JUAN (*con ansiedad*).—¿Y los dos años que pasé a tu lado? ¿Es que en verdad se han borrado?

MARÍA (*dolorosamente*).—Se han perdido del todo. ¿No te he dicho que después de mi intento de suicidio desapareció hasta el menor vestigio de tu imagen?

JUAN (*se levanta, esboza una sonrisa que es más bien una triste mueca, en tanto que le tiende la mano a María*).—Adiós, María. Me voy.

MARÍA (*le toma de la mano*).—¿Por qué no te quedas unos minutos más?

JUAN.—No creo que tenga caso.

MARÍA—No sé, pero deberías quedarte. Si ya no vamos a vernos más...

JUAN.—Bueno... (*vuelve a sentarse*).

MARÍA.—Sabes, siento por dentro una especie de resquemor malsano al verte sentado frente a mí. Creo que sólo por humillarme una última vez te he pedido que permanecieras en lugar de arrojarte de mi casa. Tú aquí, tan tranquilo, como si entre nosotros nada hubiese sucedido, en tanto que para mí el olvido se ha vuelto ya imposible.

JUAN.—Siempre has sido dura. Dejas, como entonces, que el rencor te penetre, para luego, a todo precio, cobijarte en él. Ni siquiera los años han reblandecido esa costra de odios y resabios amargos que forma tu armadura*

MARÍA.—Aquel viaje a Querétaro, los azotes en la puerta cuando salías, tus borracheras, los insultos. Te encarnizabas conmigo, inventabas mil y una torturas para agraviarme.

JUAN.—¡Mentiras! Era yo tonto y nada más. Me dolía hacerte mal; casi nunca me daba cuenta de ello hasta que en tu semblante descubría que el daño estaba consumado.

MARÍA (*exaltada*).—Porque como ser humano yo no contaba para ti; era solamente María a quien se le podía decir todo lo que viniera en gana, con quien uno podía acostarse cuantas veces se le antojara. Nunca merecí tu respeto, es triste reconocerlo pero así fue. Como persona era menos que cero.

JUAN.—¡Falso! Te obstinas en recordar únicamente los momentos desagradables como si no hubiera habido otros. Algunas veces llegamos a comprendernos, a ser dichosos.

MARÍA.—¿Dichosos? Nunca lo fuimos, Juan. Al menos yo no lo recuerdo.

JUAN.—¿Y nuestro primer viaje al mar? ¿Y los muchos ratos pasados en tu casa oyendo música, leyendo, charlando?

MARÍA.—Momentos que tú interrumpías bruscamente, porque eras muy joven y en tu casa, según decías, te exigían llegar temprano.

JUAN.—No era mi culpa.

MARÍA.—Después me enteraba de que al salir de mi casa te ibas al café a encontrarte con tus amigos, y que a veces pasabas con ellos la velada entera.

JUAN.—María, ¿no vas a entender que siempre te he querido?

MARÍA (*violenta*).—Nada de chantajes. Esta vez no vas a lograr engatusarme como entonces.

JUAN.—Te has vuelto vulgar.

MARÍA.—Siempre lo he sido.

JUAN.—No es verdad. (*Nuevamente vuelven a quedar en silencio*) ¿Vives a gusto aquí?

MARÍA.—Sí, en lo que cabe. Me he vuelto conformista, aunque algunas veces no sabes cómo echo de menos mi antiguo cuchitril de Insurgentes. ¿Lo recuerdas?

JUAN.—¿Crees que podría olvidarlo?

MARÍA.—Uno se olvida de tantas cosas.

JUAN.—¡María. ..!

MARÍA (*cortante*).—¿Qué?

JUAN.—¿No podríamos...?

MARÍA.—¡No!

JUAN.—Hemos vivido mucho tiempo distanciados, tal vez hayamos alcanzado la madurez que nos faltaba. ¿Qué nos impide rectificar nuestros errores? Démonos una nueva oportunidad.

MARÍA.—Hemos tenido ya más de una y las perdimos.

JUAN.—¿Pero no entiendes que te quiero?; y estoy seguro de que tú, aunque te obstines en negarlo, no has logrado olvidarme.

MARÍA.—Tu vanidad es conmovedora: nada, al parecer, ha logrado transformarla. Para ti sigo siendo solamente María, a la que puedes llegar cuantas veces se te ocurra. Ahora estás solo, triste, cansado, ¡a quién recurrir en un momento así sino a María, a la vieja y sumisa María! ¿Te has preguntado siquiera si tengo relaciones amorosas con alguna otra persona? ¡Ni pensarlo! María no puede ser sino de tu exclusiva propiedad, y todos estos años debió haberlos consumido suspirando por el momento en que te dignaras volver; y si la pobre ha tenido algún que otro amorío lo hizo para tratar de olvidarte, sin conseguirlo, como es natural. Y si ahora le ha dado la chifladura de enamorarse de otro hombre, a

terminar inmediatamente con él, porque Juan ha vuelto y ella debe vivir exclusivamente pendiente de su voluntad, con su imagen incrustada en medio de la frente, para que el día que a él mejor le parezca, cuando lo considere pertinente, sin una palabra, sin un adiós, desaparezca de nuevo como la sabandija que es. Gracias, querido, de eso he tenido ya mi ración.

JUAN,—Estás haciendo melodrama, María.

MARÍA.—Perdóname; hay cosas que todavía me llagan. Lo cierto es que te he mentido: no puedo olvidar el pasado; vivo confinada en el rencor y la desolación que hace doce años me produjo tu huida, y aunque sé bien que eso significa cercar absurdamente la existencia no me resigno a romper ese cerco, a abolir las barreras. Creo que en definitiva esa obcecación es mi único sostén. A tu lado viví, lo demás ha sido sólo un simulacro, un dejarme resbalar por el tiempo sin ton ni son. Por eso defiendo y defenderé con ahínco el odio que me inspiras: para tener siempre presentes los momentos en que me acercaste a la vida.

JUAN.—No entiendo nada, María. Ahora podríamos ser felices ya sin tales trabas. Esa actitud ya no vale, no hoy que he venido a buscarte; algo deben habernos enseñado estos doce años (*pausa breve*). Mira, he vuelto porque en todo este tiempo fue imposible olvidarte. La sed de ti fue haciéndose de tal manera ardiente que llegó un momento en que el verte era ya exigencia inaplazable. Solamente tu recuerdo me hizo volver a México.

MARÍA.—Constantemente decías que me necesitabas, y sin embargo el día menos pensado te marchaste.

JUAN.—Aún es tiempo de rehacer muchas cosas.

MARÍA.—No para mí: yo ya tengo mi tiempo; mi vida se cumplió; se cerró mi ciclo; todo lo que después ha pasado, todo lo que se pueda presentar en el futuro, ya no cuenta; sólo quedan los dos años en que fui tu mujer.

JUAN.—¿Ves?, todo lo vuelves confuso y complicado. ¿Por qué te obstinas en negarle continuidad a esa dicha?

MARÍA.—Porque un día te marcharías nuevamente. Tengo, por fuerza, que contar con eso. Una noche no llegarías, ni la siguiente, ni la otra; después me enteraría de que te habías ido al extranjero. Y esta vez ya no podría soportarlo. Me siento totalmente incapaz para enfrentarme una vez más con tu ausencia.

JUAN.—Permíteme al menos que seamos amigos.

MARÍA (*titubeante*).—Bueno. ..

JUAN.—¿Cuándo puedo visitarte?

MARÍA.—Cuando quieras. Después del trabajo vengo directamente a casa; casi nunca salgo por la noche.

JUAN.—¿Puedo venir mañana?

MARÍA.—Sí... claro (*mira el reloj*). Ahora tengo que irme; no puedo llegar con retraso al despacho. Espérame un segundo y salimos juntos, voy a arreglarme (*sale por la puerta de la derecha*).

JUAN (*recorre con la vista la habitación, camina por ella, se detiene aquí y allá, se busca algo en los bolsillos, luego en voz alta*).—María, me adelantaré para comprar cigarrillos; te espero abajo.

MARTA (*se asoma. Su aspecto ha cambiado casi como por milagro. Tiene el cabello suelto. Su rostro se ha rejuvenecido y hay en sus ojos un alegre brillo. Ha vuelto repentinamente a ser mujer*).—Anda, no te haré esperar; en un minuto acabo de peinarme y bajo.

(Juan le lanza un beso con la mano; sale por la puerta de la izquierda. María ríe embriagada por la felicidad. Comienza a tararear una tonada al compás de la cual da unos pasos de baile, mientras se cepilla el cabello y el telón va bajando lentamente.)

Del encuentro nupcial

En Portinaitx, al norte de Ibiza, sobre un hormiguero de calas apenas vislumbradas, imaginadas casi, revisa las notas de un proyecto de relato esbozado meses atrás sobre una experiencia también apenas entrevista, tan oscura como el paisaje que se extiende bajo su balcón: un manto espeso, cuyo seno se descubre a veces por iluminaciones instantáneas: el fulgor de un relámpago revela que la oscuridad detenida tras los cristales es sólo la última de muchas capas de la misma sustancia, espesa como emulsión de plomo, que se pierde en el horizonte. No hay mar azul sino un agua sucia, tan sucia como el cielo.

Un poco por hastío comienza a revisar las notas de un último proyecto de relato. La necesidad de escribirlo había sido tan apremiante que durante unos días le fue imposible disfrutar de cualquier película, libro, cena con amigos, encuentro en un bar. Lo único que deseaba era sentarse ante un cuaderno y trazar su arquitectura. Por eso dejó de lado: aquella otra historia confusa con la que entonces se debatía: la de un hombrecito amedrentado que, vestido siempre con una camisa de terciopelo color violeta, recorría la ciudad de un lado a otro, de la Barceloneta a las laderas del Tibidabo, de Sans a San Andrés, tratando de escapar de un hipotético perseguidor, intentando protegerse bajo el ala del par de viejas a las que alternativamente guiaba por la ciudad; dos fantasmas de visita en una vieja morada, dos mujeres del todo diferentes salvo en la necesidad, la obsesión de aferrarse a una porción del pasado que poder enfrentar a la vejez que se desploma sobre ellas. El hombre cito se convertirá en su cicerone y a su lado encontrará algo de la protección que tan desesperadamente necesita. Una fue en otros tiempos corresponsal de guerra; volvió a España a consultar archivos y bibliotecas, más que nada a cotejar imágenes, a recordar, a cerciorarse de que no sólo ha perdido una —ésa— sino todas las batallas. El día de su despedida, el día en que el hombre de la camisa violeta va a volver a hundirse en su viscoso desamparo, lo lleva a una esquina de la Diagonal y le relata la salida de las brigadas:

—Estábamos seguros de que volveríamos dentro de poco. Parecía que toda la población nos acompañaba. Tenía que tratarse de una retirada estratégica, pensábamos. Era imposible, era demasiado cruel aceptar que hubiésemos perdido la guerra.

Ya para entonces la otra se había marchado. Había vivido en Barcelona de 1943 a 1945. Un día bebieron como locos. Ebria, comenzó a recordar a su marido. Se detuvieron en mil bares de medio pelo; al final pasaron a la parte severa de la ciudad, y en un momento, en una esquina, ante una puerta, exclamó extasiada:

—Aquí estaba la mejor casa de citas que he conocido en mi vida. No tienes idea del lujo con que la tenían montada. Por esta puerta entrábamos las mujeres; por aquélla, los hombres —luego, al advertir la sorpresa en los ojos de su protegido, estableció, apresuradamente—. Me citaba aquí con mi marido. Nos gustaba jugar; darnos ciertas sorpresas.

Pero ni las aventuras políticas de la una, ni las galantes de la otra lograrían liberarlo de su acoso.

Aquella historia, una novela corta, le había exigido demasiados esfuerzos, requería conocimientos mayores sobre la ciudad de los que poseía. De alguna manera la persecución debía fundirse con su visión arquitectónica de Barcelona con lo cual corría el riesgo de

empantanarse en el folklore del Barrio Chino o en la parafernalia modernista, deslumbrado por las meras superficies. De cualquier modo, lo cierto fue que la historia del hombre perseguido y de las ancianas de cuyas faldas no osaba desasirse quedó arrumbada por la violencia de un nuevo sobresalto, una excitación que, por desgracia, corrió la misma suerte que todos los proyectos de los tres o cuatro últimos años. Cuando en Portinaitx relee los esbozos de la historia que desplazó a la del hombrecito piensa en la necesidad de aceptar su destino y conformarse con el modesto papel de comentarista literario que viene desempeñando.

En esa ocasión, como siempre, ha viajado con una maleta llena casi exclusivamente con sus mentidos implementos de trabajo: unos cuantos cuadernos —en varias ocasiones se le ha ocurrido la idea de escribir una crónica de viaje—, varios libros que no leerá, salvo la rutinaria novela policial de vacaciones, esa vez una de Van Gulik, y la carpeta llena de cartas por responder (ya el mismo día de la llegada le escribió a Victoria para contarle la alucinante experiencia de su noche en el barco, un auténtico *ship of fools*, ahíto de una juventud ante la cual se sintió como una momia, rodeado de guitarras, melenas y vistosos ropajes multicolores, en el seno de una ensordecedora Cruzada de los Niños que, recorridos los caminos de Europa, aborda la nave rumbo a Ibiza, último ancoraje antes del arribo a la Tierra Prometida. Lo que quizá más le impresionó durante la travesía fue la discrepancia radical entre las posibilidades de placer disponibles en su adolescencia y las que goza el enjambre al que con envidia contempla, acodado en una barandilla. Pasea la mirada por los distintos grupos reunidos en cubierta. Una alemana, que hubiera podido ser su compañera en la escuela de Mascarones, se pasea con ademanes marciales e inquisitivos entre la multitud. Por la adustez del atuendo y del semblante le recuerda a cierto personaje jocoso de sus años universitarios. El horror que la escena le produce rebasa la infamia cronológica; la diferencia no se reduce a y ni se explica por el solo transcurso de veinte años; se trata de algo más radical; la intrusión de un determinado elemento zoológico en la jaula de una especie distinta. Como si de repente, en el pabellón de las zancudas, entre flamencos, garzas blancas y rosadas, cigüeñas y gruyas, en medio de un lujo de plumajes sedosos y aceitados se hubiera colado una hiena, pero él necesita volver engullible esa experiencia pastosa y repulsiva; por eso, al escribirle a Victoria, prefiere comentar que tuvo la sensación de que un topo, un camello o, mejor, una liebre, había penetrado en la jaula de las garzas y, ¡qué se iba a hacer!, concluía, eran animales con el mismo derecho al paisaje, al mar, al sol). Escribe aquella primera carta poco después de instalarse en el pequeño hotel de un sitio descubierto al azar en una tarjeta comprada a los pocos minutos de desembarcar en Ibiza; en ella aparecía Portinaitx como un abigarramiento de bahías, calas y caletas. Su llegada coincide con el inicio de las lluvias. Tiene que permanecer la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, igual, por lo visto, que los Rosas, la pareja de uruguayos a quienes conoció el día que llegó y a quienes le gustaría frecuentar un poco más, en el intento de evadirse de un grupo de holandeses cuya impertinencia no sólo le obliga a escribir varias cartas a Victoria, sino también a Isabel que lo lanzó a ese viaje, a Carlos, a varias tías, a muchos primos, a los Martinelli, a Miklos, sin detener ahí su actividad, ya que en los once días siguientes, dueño de una cantidad de tiempo como no había disfrutado en años, además de la novela de Van Gulik, lee varios de los libros apilados en la mesa de noche y hojea los cuadernos en que se suponía debía anotar sus impresiones de viaje, donde encuentra los apuntes, los distintos comienzos de aquel relato para el que tal vez un día logre encontrar la forma apropiada. Duda que llegue ese día. El tiempo de elegir ha pasado y él optó en un mal sentido. Además, en ese caso concreto, se ha esfumado la obsesión que

durante unos días le impidió interesarse en todo lo que no fuera ese tema. En aquel entonces, obsesionado por las dos marcas que contempló en un pecho, trató de establecer una construcción literaria que no sólo lo librara de esa imagen, sino que se planteó, por mera curiosidad intelectual, ciertos problemas de técnica literaria. Hacer estallar la coherencia en los personajes, en el ritmo, en el desarrollo del tema, por ejemplo. Se le ocurría que los labios, los dientes, sobre todo, la risa del marinero eran elementos básicos en los que debía morosa—mente detenerse, hasta crear una gravedad que pesara en el resto de la historia.

Pero si su propósito había sido la eliminación de una tensión personal podía enorgullecerse de haberlo logrado. Aquélla se desvaneció al igual que las otras figuraciones que la circundaron. Y ahora sólo encuentra en algunos párrafos en vías de organización dos o tres elementos que le parecen sugestivos: la mujer que espera, el amante ausente, el amigo común que vive la experiencia, imágenes de barcos encallados o hundidos. Una de las notas alude a tres moscas atrapadas en una telaraña, tres moscas capaces de convertirse por su propia voluntad en arañas, rodeadas de moscas condenadas a ser sólo moscas, a quienes las otras podían apresar y succionar cuando les viniera en gana. Y piensa con desánimo que al presentarse el momento de alteración en que aquellas imágenes trataron de enhebrarse en un tejido, cuando cada hilo debía trenzarse con los otros hasta crear una figura coherente, él se resquebrajó, vencido de antemano. Se había aplicado con furia a la tarea, pero a medida que el relato se aclaraba, cuando se requería un esfuerzo definitivo, lo neutralizó y apagó del modo más idiota, preparando unos desvaídos ensayitos sobre la novela italiana del X I X, que en verdad le interesaba muy poco, o, peor, metiéndose en un cine, lo que siempre logra distraerlo, sin necesidad de preocuparse demasiado por lo que ve; y así corrió el tiempo y los distintos inicios de la narración no pasaron de ser notas borrosas sobre moscas atrapadas, barcos y naufragios. En cambio proliferaron los apuntes sobre Manzoni, Cappuana, D’Annunzio y Verga.

Pero en el moho de Ibiza, por inercia, cae en la tentación de volver a trabajar en aquel cuento y con esa intención, interesado más que nada en el fenómeno de carga y descarga de una energía diferente a las demás, una noche en que charla con los Rojas en el restaurante del hotel, les cuenta que cuando se creía escritor, cuando —corrige inmediatamente— lo era en activo, se le presentaban aquellas tensiones acompañadas de una necesidad imperiosa de expresión, las que gradualmente se desvanecían de no encontrar una respuesta inmediata. Señala también que en los últimos tiempos, al producirse aquellas alteraciones, consciente o inconscientemente comenzó a oponerles resistencia, soportando en seco su presión. En vez de escribir y liberarse de ellas resistía unos cuantos días de neurastenia hasta que gracias a sus artículos, a los distintos trucos de que se componía su vida cotidiana, y, sobre todo, al cine, volvía a sentirse libre. ¿Había alguna diferencia entre obsesión e inspiración? Recuerdan él o Rojas o la mujer de Rojas que cuando a alguien le preguntaron por la inspiración dijo no saber lo que eso significaba, que alguien más asentó que en literatura un noventa por ciento lo constituía la dedicación y la disciplina, un diez el talento y un cero la inspiración, pero tampoco recuerdan al autor de la frase ni las proporciones exactas; de lo único que están seguros es que la constancia se llevaba la mayor tajada y la inspiración ninguna, o una insignificante. En un intento por ejemplificar sus puntos de vista saca a colación la famosa visión de los calzones sucios de la niña que baja de un árbol, que indujo a Faulkner a escribir una obra maestra, y entonces Rojas, para su sorpresa, porque en las conversaciones anteriores no había revelado el menor interés por problemas de teoría literaria, esboza con voz tranquila y parsimoniosa, como si de golpe se

hubiera convertido en su maestro, un desarrollo histórico del concepto de inspiración, partiendo del “¡Canta, oh Musa, la gloria del pelida Aquileo!”, donde el poeta, simple vocero de la Musa, es por ello un inspirado, un poseso, y salta al Renacimiento que vuelve a resucitar esa concepción y a los momentos del frenesí romántico en que dudar de la inspiración es cometer un sacrilegio de dimensiones sólo comparables a la torpe fatuidad de confiar a ciegas en la razón, y luego a los asertos de Darío y a las teorías de Huidobro, sin darle la menor oportunidad para exponer sus puntos de vista, ni siquiera para manifestar su acuerdo o disensión, pues apenas intenta decir algo, el otro lo detiene con un seco:

—Sí, tal vez, no estoy seguro; debería conocer mejor eso para poder opinar.

Y advierte que él en verdad sabe muy poco, tan poco que ni siquiera logra precisar el concepto que intenta desarrollar. ¡La obsesión, la inspiración! Esa noche vuelve a su habitación con varios coñacs encima, convencido de que tanto la Musa como la deidad que procura la constancia le han vuelto la espalda, afligido como un viejo coleccionista obligado a desprenderse del último de sus cuadros, sabedor de que el momento en que la inspiración se produjo no volverá a repetirse, que la liberación se realizó por medios incorrectos, menos comprometedores, espúreos del todo, sin exigirle ningún esfuerzo, fuera de crearle una vaga conciencia de culpa, de frustración, de traición personal; aunque debía precisar que a veces recordaba con nostalgia la armazón de esa historia abandonada para la que había ya establecido un trazo general, las situaciones determinantes que conducen a la protagonista a asumir la situación de su amigo, lo que, sin apenas advertirlo, la hace consciente de un anhelo personal, le descubre deseos no sospechados, comienza a trastornarla en aquel hotel parecido a un barco donde espera la carta de su amante. La locura debería producirse ya en el sueño, en el momento en que se le revela la identidad del cuerpo que flagela.

Las notas del relato que encuentra en el cuaderno quedaron como una especie de escoleta ejecutada en el vacío, porque el concierto, por ausencia de director o, quizá, de partitura, no llegó a ejecutarse jamás. Lee unas páginas, cuando comenzaba a integrar los elementos de la narración:

“La historia deberá ser relatada por la mujer o por un narrador impersonal que la tome como punto de mira, como un foco de conciencia. Todo comenzará realmente después de la conversación de ella con Javier. En un primer momento la protagonista se siente obsesionada por saber cómo es físicamente el marinero. ¿Cómo podría ser un nativo de Ufa? Localizar en el mapa la tal república de Bashkiria. Su amigo, el decorador que ha vivido la aventura, comenta: ‘Por el cabello puede advertir que era un eslavo.’ ¿Hasta dónde habría llegado Javier?, ¿en qué punto se había detenido? Debió, por fuerza, haberlo golpeado. ¿De qué otra manera podía saber que se reía al ser azotado? ¿Cómo podría tratarlo ahora? Dejará de verlo durante algunos días hasta que pueda digerir la historia. Pero la historia no se deja digerir, sino que, por el contrario, la va poseyendo gradualmente, terminará por devorarla. Se le aparece hasta en sueños. Cuando Javier le cuenta el incidente del vaso de cerveza arrojado al suelo, ella comenta: ‘Claro, lo arroja para que lo golpeen’. Hay momentos en que querría salir hacia la zona del puerto a buscarlo. ¿Sería muy difícil localizarlo? Posee algunos datos: un barco alemán, matrícula de Hamburgo. Boris, nacido en Ufa, residencia en Hannover. Ufa, sí, como la empresa de las películas de Zarah Leander. ¿Cómo encontrarlo? ¿Quién es? ¿Qué profesión tiene? ¿Periodista? ¿Pero, entonces, qué hace encerrada en ese hotel de Barcelona? Pudo haber sido periodista cuando conoció a Jimmy y haber renunciado al trabajo al marcharse con él. De vez en cuando envía algún reportaje a Caracas. Josefina y Javier son venezolanos. Ella detesta su nombre;

prefiere que la llamen Fina. Desde hace meses espera el regreso de Jimmy en ese hotel que les parece una nave. Tal vez sólo ellos encuentran la semejanza. Pero no puede ser una espera de meses sino sólo de unas cuantas semanas. Desde que vive con Jimmy le ha sido infiel muy pocas veces. Ambos creen en la libertad sexual pero apenas la ejercen. El dato quizá no tenga ninguna importancia. En cambio es fundamental precisar desde el principio que ella ha sufrido siempre de algún mal nervioso."

Al escribir aquellas notas, comenzó a saber cuál sería el cauce que seguiría la trama. Los personajes serían tres: la mujer que espera, el amante ausente, el amigo decorador. Al principio pensó en hacerlo pintor, pero la decoración, aunque sólo fuera por obviedad, resultaba más apropiada a las experiencias que debía vivir. Cuando tuvo a los protagonistas más o menos trazados advirtió que no importaban, que eran arquetipos que la vida repetiría cíclicamente, que, aunque le resultara doloroso aceptar la afirmación, lo único que contaba era la historia. Cualquier lucha contra la anécdota estaba de antemano perdida.

Otro apunte:

"La pasión de Jimmy, el ausente, por el mar, es desaforada. Fina sabe, desde el comienzo, que el mar es su único rival. El mar y los barcos. Es posible que también él sea un periodista ocasional. Tiene otros ingresos. Cuenta con rentas seguras. Ha escrito varios libros de viajes. Por lo general pasan medio año en cada lugar, a veces menos; luego emprenden otro largo recorrido. Siempre en barco. De la Guayra a Yokohama, de Yokohama a Vancouver, de Vancouver a Capetown, de Capetown a Barcelona. A Jimmy le gustaría que esas travesías no terminaran nunca. Han viajado en cargueros noruegos, griegos, yugoslavos, alemanes. El último viaje —para ella fatigosísimo— lo hicieron en un barco con patente de Liberia cuya tripulación parecía la resaca de la marina internacional, un racimo de adolescentes patibularios o de viejos ex—legionarios que la contemplaban con un raro fulgor en la mirada; ahora sabía que no era producto del deseo. ¿Habría en el mundo muchos hombres como Boris, el marinero de bovinos ojos azules que trabajaba en un barco alemán? Fue una lata de viaje. A m o m e n—tos le resultó casi imposible ocultar el malhumor, disimular sobre todo el rencor que le producía ver a Jimmy renacer ante el solo contacto con el barco, a la primera bocanada de aire salino, ante el tufo característico de un camarote en un barco de carga.

Se lo había advertido desde el principio:

—Conmigo los únicos males te llegarán por el agua. No los esperes de mí ni de mi pobre mujer, incapaz hasta de matar a una mosca. Sólo del agua, hasta la de los ríos. Cuídate de las estelas de los barcos. Cuídate, sobre todo, de los barcos.

Sweet old Jimmy!

Y mientras espera en aquel hotel en forma de barco, cuando logra olvidar a Boris, el desconocido marinero de Ufa, piensa en una nave varada, en una grieta que se ensancha cada vez más a un costado de la nave , en dos grandes grietas que se ensanchan como dos ásperas cicatrices sobre un torso desnudo. Y en torno a esa nave que se desgaja, un paisaje funesto: arrecifes, cayos, erizos.

¡El hundimiento del Titanic!

Ya no hay modo de que la nave se salve. Se contempla como un fantasma en medio de los largos pasillos de aquella crujiente fábrica de hierro que se precipita hacia el fondo. Toda la historia deberá girar en torno a la crisis del personaje femenino. El nombre de Josefina es tan arbitrario como el de los demás. La única razón por la que los eligió es que comienzan con J. Josefina, Javier, Jimmy. Boris es otra cosa, el elemento absurdo, contaminador: la lepra."

Después se presentó el problema de ubicar a los personajes. La primera tentación fue comenzar con la escena en que Javier le refiere a su amiga la aventura con el marino de Ufa. Pero tal inicio resultaba poco convincente, una entrada en materia demasiado abrupta. Hasta que al fin contempla con toda nitidez la escena. Josefina sale del ascensor de aquel hotel situado en las faldas del Tibidabo, frente a una rotonda donde florecen los algarrobos que, igual que las lilas y las glicinias, son flores que aman los tres protagonistas por detestar visceralmente el invierno. El hotel es un barco anclado, rodeado de un mar tranquilo, muerto, una tersa bahía de superficie aceitosa, cuyas aguas pueden resquebrajar la nave con la misma despreocupación con la que cascarían una avellana. Y en su interior Josefina ansía ver perecer a Jimmy, no por agua sino destazado por hierros retorcidos, triturado por compuertas deformes, ondulantes como láminas de papel de estaño. Es la primera vez en tres días que sale de su cuarto. Ni siquiera se preocupa por pasar a la recepción a preguntar, como lo ha venido haciendo con perfecta ociosidad desde el día de la partida de Jimmy, si le ha llegado carta. Sabe que en el caso de haberla no será de él. No se hace ilusiones absurdas (pero en el fondo alienta siempre la posibilidad de que se produzcan esos hechos maravillosos que le confirmen su vaga creencia en la imprevisibilidad de la conducta humana). Piensa en su última conversación con Jimmy sobre la necesidad de una separación, aprovechando el viaje para tramitar su divorcio en el pequeño pueblo inglés donde se había casado diez años atrás. Se encamina directamente hacia el bar del hotel. Observa al camarero, que a su vez la observa furtivamente. Siempre que se pone esa chaqueta encuentra las mismas miradas, aunque esa vez le parece que hay algo más, una especie de, complicidad que se manifiesta en los guiños del hombre que le sirve una copa de jerez. En la barra dos muchachos la miran y cuchichean. ¿Habrán descubierto su secreto? ¿Sabrán que desde hace unos cuantos días, desde la conversación con Javier y la noche del sueño, ya no es la misma? ¡Cómo pensar en recibir una carta de Jimmy! ¡La imprevisibilidad de la naturaleza humana...! ¡Bravo! Faltan por lo menos quince días para que llegue la primera carta. Sabe que le escribirá sin duda tan pronto como se divorcie. En el fondo también él es sumiso, tan sumiso como el marinero de Ufa. ¿Lo serían todos los hombres de mar? ¿Lo serían muchos? "Tu mayor enemigo será el mar..." Viajes interminables, horizontes sin fin, resplandores extraños en las miradas de los jóvenes tripulantes... ¿El paraíso? ¿El limbo?... Sabe qué frases leerá en esa primera carta, conoce el ritmo de los párrafos tan bien como su caligrafía. Le parecerá escuchar su voz cuando lea, una, dos, tres veces seguidas el breve pliego. Lo guardará en las páginas del libro que tendrá en las manos. ¿Qué leería en aquel momento? Habría que buscar un título apropiado para ocultar bajo sus tapas la carta del buen Jimmy. ¿Tal vez *Los sonámbulos?* Se encerraría en el cuarto y volvería a leerla otra vez. Sabe que hará un esfuerzo de concentración moral y que después de meditar limpia y honestamente —todo lo que hace Jimmy adquiere al instante una intolerable pátina de pureza— emitirá un sí definitivo. Sí, seguirían viviendo juntos; sí, la necesitaba; sí, se casaría con ella ahora que estaba libre de cualquier compromiso. Pero eso ya lo sabía, igual que las palabras con que se expresaría, porque había manejado toda la situación al apresuramiento del divorcio, la breve separación que les permitiría pensar con serenidad, "sin influirse ni presionarse", en lo conveniente que resultaría casarse. Le había enseñado a añorar el matrimonio desde el principio, en las mismas ocasiones en que ensalzaba las ventajas de una unión libre. Y como en toda novela rosa, cuando el momento de la proposición llegara tendría que fingir sorpresa, pedir tiempo para reflexionar, y, finalmente, pronunciar un tímido, un trémulo sí, inspirado en el único propósito de hacerlo feliz. ¡El sumiso idiota lobo de mar! La carta llegaría dentro de dos

semanas. Por principio, mientras el divorcio no estuviera legalizado, Jimmy no haría nada. Pero eso ya no importaba. No le hacía ninguna ilusión recibir esa carta, la carta por la que no preguntó al pasar a la recepción por miedo de encontrar una nota de J a v i e r. Temía que Javier, ante su negativa a responder el teléfono —en el hotel seguían instrucciones precisas: la señora había salido de compras, bajado a la ciudad, no llegaría en todo el día—, hubiera comprendido que había llegado demasiado lejos y forzara un encuentro para aclarar la situación.

Y en Ibiza la lluvia continuaba.

—Desde hace años es así —se lamentaba un camarero—. Todo cambió con la llegada del turismo. Ya nunca deja de llover en estas fechas.

Tiene sobre la mesa los distintos cuadernos. Concentrarse en ellos le permite evadirse de la curiosidad que su presencia y su profesión despiertan en algunos miembros de ese rebaño forzado a un encierro exasperante. Un matrimonio danés lo atosiga hablándole a todas horas del *Voyage a Kathmandu.* Están seguros, por encontrarlo en Ibiza, de que trabaja en algo sobre hippies y droga, y se han decidido cordialmente a auxiliarlo. La señora es la más solícita. Podría contarle cosas terribles. Casos ocurridos en Fionia, su ciudad natal, entre gente de su propio círculo.

Ante el alud de mal francés, el cuaderno de notas resulta una salvación.

Recuerda que cuando todavía muy perplejo le contó a Flora lo ocurrido en casa de Victoria, seguro de impresionarla, ella no mostró la menor sorpresa. Por el contrario, lo que la asombró fue su reacción. Opinó que lo absurdo de todas esas historias estribaba en que en la actualidad seguíamos sin saber nada al respecto, que ciertos tabúes, pesaban tanto que teñían las consideraciones de los mismos científicos, lo que impedía que aun en el presente pudiésemos conocer nada de nada.

—Uno se entera de que alguien a quien trata con cierta frecuencia, a quien ve desempeñar normalmente sus funciones, corresponde a tal o cual categoría que ha considerado siempre como aberrante. Alguien tan agradable, estimulante o necio como cualquier otra persona. Para nosotros fue normal hasta que una casualidad, una indiscreción o un descuido nos informó de la supuesta falla. Ahora —concluyó—, me río de tales simplificaciones.

Fue más que suficiente. Un cauterio sobre el tumor. El gran golpe al pathos con que recordaba la escena y del que deseaba impregnar el relato. A ello se debió, quizá, que la historia se quedara en esas notas sin otra utilidad, por lo pronto, que librarlo del *Chemin de Kathmandu* y de los casos ocurridos entre las mejores familias de Fionia. ¿Cómo poder recuperar la palabra insistente, imperativa, la risa boba, el encuentro en el local en penumbra, la imagen del marinero ebrio, sentado en la mesa de al lado, cuya mano no logra sujetar siquiera la coca—cola que cae al suelo, igual, más tarde, que una botella de cerveza y un vaso? Apenas repara en su existencia. Contempla entusiasmado a una negra que baila como un animal que husmeara a una serpiente; la ve olfatear el aire y tender los brazos hacia adelante, con movimientos que imprime sólo en las rodillas, en las caderas y que se reproducen en todo el cuerpo, se transmiten al cuello que gira como animal acechado, a las manos que palmean en el vacío, a las fosas nasales que se contraen y se distienden, hasta convertir de pronto aquel ritmo de moda en un estruendo de tambores yarubas. En una tregua, se sienta a su mesa, bebe de su vaso, pide otra copa y le cuenta algo que no comprende mientras las manos torpes del marinero de la mesa de junto dejan caer al suelo la botella de cerveza; comenta que hace aquello a propósito para que alguien lo golpeé, pero ya en ese instante la música cambia de ritmo y la negra vuelve a levantarse y se lanza

a la pista. Está por salir cuando irrumpe en el local un grupo de conocidos suyos; llegan en busca de alguien, le explica Rosa, un fotógrafo italiano que se les perdió y al que daban por descontado encontrar allí, y se desparraman en su mesa y en la de junto y el marinero rubio queda de golpe incorporado al grupo. En el instante en que Jordi con voz aguardentosa propone ir a casa de Victoria a beber una última copa, encienden las luces del salón y los sudorosos asistentes saben que la noche ha terminado y, en tumulto, se mueven hacia la puerta, y el marinero sigue con ellos, lo que parece natural, pues todos están igualmente borrachos y nadie sabe que nadie lo conoce. Jordi lo sostiene por un brazo porque dos veces ha estado a punto de caer en el corredor, y él vuelve a aclararles que no es su amigo, que jamás lo ha visto, que será mejor dejarlo en una esquina, el muelle queda a un paso y cualquier otro marinero, de regreso, podría acompañarlo hasta su barco, pero Victoria lo ha tomado por el otro brazo y observa que sería importante verlo reaccionar en un ambiente distinto. (No, no fue esa noche, sino varios días después cuando tuvo una idea cabal de lo ocurrido.) En casa de Victoria apenas reparó en él. Lo oyó hablar con Rosa, pero casi no entendía el alemán y los jadeantes monólogos del otro eran absurdos, confusos, asfixiados por el alcohol y el sueño. Lo único que logró comprender fue que sus zapatos eran franceses, los había comprado en Cherburgo y le habían costado mucho dinero, que su barco hacía regularmente el trayecto de Hamburgo a Barcelona, que había nacido en Ufa, Bashkiria, y señaló en el mapa de una agenda que Rosa extrajo de su bolso, un punto en la URSS al norte de Afganistán, que en 1944 cuando tenía sólo un año sus padres cruzaron la frontera y se instalaron luego en Alemania, en Hannover donde había vivido siempre. No hablaba el ruso, conocía sólo unas cuantas palabras. Se llamaba Boris. Luego entrecerró los ojos; durante un buen rato nadie le hizo caso. La misma Victoria pareció olvidar su interés en el tipo, y aunque él, a esa hora, lo único que deseaba era regresar a su casa, siguió bebiendo por inercia y manteniendo también por inercia una discusión cualquiera, hasta que de repente se encontró nuevamente sentado al lado del personaje, quien trataba de convencer de algo a Rosa y, como para demostrarle la veracidad de sus palabras, se levantó la camisa hasta el cuello. No sabía de qué conversaban. Por eso preguntó si las dos heridas burdamente cicatrizadas que corrían en líneas paralelas desde los hombros hasta un par de centímetros arriba de las tetillas eran resultado de un accidente o de una operación; el otro respondió con una carcajada entre burlona y estúpida y musitó unas cuantas palabras que no comprendió. Pero, en cambio, entendió a la perfección el ademán, cuando levantó la mano derecha y flexionó varias veces la muñeca, emitiendo un chasquido chirriante con la cabeza. Dijo unas cuantas palabras incoherentes y volvió a quedarse dormido. Cuando la reunión se deshizo casi no podían moverlo. Alguien le tomó el pulso, opinó que estaba demasiado borracho, que sería mejor acostarlo en un sofá. Victoria no lo permitió. Tuvieron que bajarlo casi a peso, lo metieron en un taxi y le dieron instrucciones al chófer para que lo acercara al puerto. Amanecía. Rosa lo llevó a su casa. En el trayecto no hablaron sino de la posibilidad de un próximo viaje a Cádiz donde unos amigos rodarían una película, y al llegar a la cama cayó como piedra y durmió hasta la tarde del día siguiente.

No recordó el episodio sino hasta varios días después; traducía un ensayo de De Santis sobre Manzoni, fue en uno de esos lapsos en que el trabajo se vuelve mecánico y una palabra, determinada frase, cierta cadencia, cualquier cosa, puede servir de disparadero mental. Nunca deja de divertirlo el modo en que la mente, fuera de vigilancia y de control, logra recapturar los momentos más inesperados: un paisaje perdido en un amanecer perdido, al lado de amigos, ¡ay!, para siempre perdidos, contemplado cerca de Tlaxcala, la tarde en que tomó una taza de café con una profesora alemana y apenas pudo atender a la

conversación, deslumbrado como estaba por un Kirchner excelente que pendía de la pared, la cara atribulada de Antonieta cuando le informó que el tumor en el seno había resultado canceroso, al anochecer de un domingo del invierno pasado, en que muerto de frío caminaba por la calle semi-circular de las Arolas que tanto le gusta, ante aparadores cerrados, pensando que en uno de esos edificios debía vivir el personaje de la novela que trataba entonces de escribir, el hombrecito de la camisa violeta siempre amedrentado y, en ese preciso instante, en sentido contrario, se aproximó, tambaleante, un borracho que cantaba con voz quebrada: "miedo, tengo miedo, mucho miedo", y, de pronto, entre esa ola de recuerdos que aparece cuando ya mentalmente ha traducido una frase larga y los dedos se mueven en el teclado por un impulso independiente, dejando un momentáneo hueco cerebral, vio las dos cicatrices trazadas en un pecho blancuzco, los dos gruesos bordes de color solferino que descienden de los hombros y frenan sobre las tetillas. Sintió un estremecimiento. Las manos se le detuvieron sobre la máquina. Volvió a ver la sala de la casa de Victoria, la camisa remangada, las dos marcas, la risa bobalicona, desafiante, complaciente. Y aquella imagen comenzó a repetirse, con mínimas variantes, a obsesionarlo, hasta que para librarse de ella pensó en transformarla en un cuento, y, de pronto, apareció una trama más o menos coherente: la mujer que espera en el hotel la carta de su amante. El decorador que ha pasado la noche con un marinero de Ufa, la conversación con la protagonista, la pesadilla, el ulterior desarreglo mental.

"El tercer personaje, Javier, el decorador, es amigo de ella desde hace muchos años; desde siempre. La amistad es muy íntima: fue él quien le presentó a Jimmy en una exposición en Caracas. Jimmy no se podía resentir por esa intimidad. ¿No el mismo Swan confiaba la custodia de Odette a Charlus? Javier los escalofriaba con el recuento de algunas experiencias en los recodos más alucinantes de la zona del puerto. O los hacía morir de risa con sus compilaciones de textos idiotas. Pero el día en que Javier le cuenta la experiencia que ha vivido (en la narración la experiencia tendría que ser completa) crea en ella una perturbación que aumenta de día en día. A eso se debe que al inicio sienta terror hasta de encontrar una nota suya en la recepción del hotel.

Hay momento en que su ausencia, más que la de Jimmy, le produce un sentimiento intolerable de orfandad. Ya no podría decirle, por ejemplo, eres realmente un idiota, no podría decirle te estás matando, ya no podría decirle qué piensas, eres un bárbaro, debes traerme más a este lugar, te estás arruinando, ¿pero a qué horas trabajas? Tendría que prescindir de reprocharle tantas cosas. Dios mío, ya no podría decirle tráeme más a menudo, me gusta, no me gusta esta gente, este sitio, ya no podría pedirle que no le dijera a Jimmy en qué lugares habían estado porque a Jimmy debían darle a menudo versiones relativamente expurgadas; ya no podría preguntarle de qué hablaba con esa muchedumbre, no podría conversar sobre temas escabrosos que en ellos adquirían un tono cotidiano, casi casto, como si hablaran de los libros que leían; ya no podría decirle prepárame otra ginebra, pero ya no bebas, vas a acabar mal, tendrás dificultades, no te prolongarán la residencia, ¿no te das cuenta? , no sabes quiénes son, ¿pero en qué mundo viven?, ¿dónde duermen?, un día te va a pasar algo, llévame sí, cuando quieras, no sé qué pensar, no habrá dinero que te rinda, sí, demasiada energía desperdiciada; no, por favor, no me digas eso, yo espero, sigo esperando, sé que no me queda sino esta posibilidad. Ya no le podría hablar de su larga, cálida, placentera, confiada espera, ya no podría decirle nada porque cualquier conversación desembocaría por fuerza en aquel tipo llamado Boris. Ya no podrían oír discos juntos, sino sólo hablarían, lo quisieran o no, del marinero de ojos azules que arrojaba vasos por el suelo, esperando a que lo golpearan...

Un día llega a recogerlo para comer en un pequeño restaurante al que asistían con cierta frecuencia. Comienzan a conversar sobre Ibsen. Javier prepara la escenografía para *La dama del mar*; está documentándose sobre el autor y la época. Saca una libretita y le muestra la perla que descubrió el día anterior en el prólogo a las obras completas. Una defensa del prologuista a las mujeres noruegas para que el lector no vaya a confundirlas con las perversas heroínas de esos dramas: "Añadamos ahora, por nuestra parte —le lee— que no todas son rebeldes, independientes y perversas, como no todas tienen los ojos azules. Las hay buenas y malas, conscientes e irresponsables y en su misma variedad radica su universalidad." Y ella ríe encantada, pensando en el horror con que aquel prologuista consideraría la independencia y rebeldía de las escandinavas. ¿Qué si no un monstruo podía parecer Nora en la España de 1943? Pero Javier está nervioso, apenas ríe, y cuando le pregunta que qué ocurre, dice que se acaba de levantar, que no durmió casi, que es muy difícil contar lo que le ha sucedido; no, no puede decírselo, pero baja la voz y describe su encuentro en un bar, o, sería mejor, en la calle. (Le gustaría que el marinero, muy borracho, fuera encontrado en el punto en que Escudillers desemboca en las Ramblas, atónito al estrellarse de golpe contra tanta luz y espacio. Javier se le acerca y le pregunta algo, y, sin más, vuelven a Escudillers y se meten en un bar a seguir bebiendo.)

—Por un momento llegué a creer que se trataba de un vampiro —le dice—. Pasé el susto de mi vida. Cuando se marchó corrí a la ventana y no lo vi salir. O fue muy rápido, o se deslizó por la pared o en realidad no existía. Me senté en un sillón y vi entonces la mancha de café que había derramado y, al lado, en la alfombra, una billetera vacía. Eso me reaseguró. Por terrible que hubiera sido todo, al menos se trataba de una persona de carne y hueso y no de una alucinación.

Le va contando en voz muy baja, entre pausas, la historia. Ella hace muchas preguntas; él responde y, luego, cuando terminan de comer, perciben el vacío formado entre ellos. Josefina sabe que por primera vez existen muchas otras cosas que él no se atreve a revelarle; que, como a Jimmy, le ha servido una versión censurada, "apta para todos los públicos", o casi; intuye que su actuación no fue tan pasiva como quiere hacerle creer, que no se conformó con escuchar al marinero, que ha incurrido en suficientes contradicciones que indican una participación más activa en el acto. Pero Javier no podrá contarle lo ocurrido porque él mismo se halla muy perplejo y trata de volver al tema de Ibsen, a su escenografía, a hablarle de dos lámparas que le compró a una anciana empobrecida que se está desprendiendo de sus cosas, aunque nada logra crear el clima normal de conversación y así, cuando después del café, le propone hacer un paseo, ella antepone una excusa cualquiera; debe esperar una llamada telefónica, encontrarse luego con alguien en el hotel, y él ya no insiste; sabe que será mejor no verla durante unos días.

Después de despedirse, Josefina no volverá al hotel, caminará sin dirección precisa, le parecerá conocer al marinero, haber visto su pecho flagelado y sentirá una enorme curiosidad por saber dónde está Ufa, dónde Bashkiria; saber por qué vive en Hannover, cómo son, qué hacen sus padres; imaginará rostros posibles para Boris, tendrá la sensación de que nunca podrá volver a sentirse segura junto a Javier; no lo puede imaginar ni aceptarlo en aquel papel; le parecerá verlo levantarse de la cama en busca de sus pantalones tirados junto con el resto de su ropa en un rincón del cuarto, sacar el cinto, volver a erguirse, alzar la mano y azotar con violencia, le parecerá oír la risa de Boris y su voz quejumbrosa que sólo sabe decir *schlagen!* Desearía besarle las heridas, lamerle las cicatrices, morderlo, sangrarlo, volver a besarlo, destrozarlo, y descubre que lo que no le perdona a Javier es haberla suplantado. De pronto advertirá que está muy lejos de su hotel,

que ha sido una locura caminar tanto y tomará un taxi y durante horas, en su habitación, volverá una y otra y otra vez a paladear la imagen. Aquella noche no puede dormir, trata de leer, pero no logra concentrarse, bebe un poco de coñac mientras tiende solitarios en la cama; luego se vuelve a acostar, piensa que se está convirtiendo en una señorita ridícula, quebradiza. Recuerda que Javier le ha hecho crónicas personales verdaderamente terroríficas, la de la noche, por ejemplo, en que durmió con el tipo que se desangraba, y tantas y tantas más. Y entonces, raramente tranquilizada, logra dormirse. El sueño es denso, sofocante, abrasador...

Está en la misma habitación. Sin dejar de ser un cuarto de hotel, adquirirá un aire de clínica, de quirófano: en la cama yacen desnudos ella y el marinero alemán; bueno, un hombre que por fuerza supone debe ser el marinero alemán. Cuando el hombre le pide ser azotado se levanta y lo golpea con una fusta negra. Lo oye reír a cada golpe, como un niño agradecido; comienza a excitarse al descargar la fusta, aunque el placer es mayor en las pausas, cuando el otro le pide más azotes, cuando le suplica que golpeé con más energía. En ese momento advierte que el hombre le habla en inglés, y que conoce perfectamente la voz; también conoce las espaldas, el lunar en la nuca y sin poder casi respirar se inclina sobre él, le levanta el mechón de pelo que le cubre la cara y comprueba que es Jimmy, un Jimmy sudoroso y sonriente que con voz y mirada implorantes le suplica que le pegue siempre más fuerte.

En los tres días transcurridos a partir de aquel sueño ha vuelto intermitentemente a pensar en la escena. Los sentimientos iniciales de sorpresa, de horror y rechazo han cedido a otro, mucho más violento, de placer. Ahora mismo, en el bar del hotel, mientras piensa en el libro que leerá dentro de dos semanas, en él guardará la carta de Jimmy, no puede evitar pensar en sus anchas espaldas perfectamente doradas, salpicadas de pecas, cubiertas de vello en la parte próxima al cuello, y oír el chasquido del flagelo, la voz de Jimmy que se queja e implora, y sentir en sus puños la fuerza y el placer que transmite. Sonríe mientras una racha de calor le invade el cuerpo, y es posible que su sonrisa trasluzca algo en verdad *perferse*, pues los dos jóvenes que la observaban de reojo han apartado, cohibidos, la mirada.

—El mar es mi enemigo, mi rival —se oye decir, sin sorpresas, con muy poca emoción, como si la voz no procediera del todo de ella— y yo seré tu amiga, tu enemiga; cuando sea tu enemiga me amarás más aún: serás mi ovejita, yo seré tu lobo, gozarás y gozaré al ver sangrar tu cuerpo subyugado.”

Sería el final del cuento.

Las vacaciones están por terminar. El tiempo parece componerse. Ahora, sin embargo, tiene que regresar a Barcelona. Ha llegado la hora de abordar el *ship of fools* y observar con melancolía, con envidia, con irritación, a esa fauna a la que no pertenece. Todas las notas, a pesar de las correcciones realizadas, se quedarán en un proyecto más. Quizá sea mejor volver a su idea anterior, al tema del hombrecito de la camisa de terciopelo violeta que recorre Barcelona, muerto de miedo, con una mujer que reconoce veinticinco años después una casa de citas que frecuentaba en su juventud, y con otra que contempla con tristeza la Diagonal por la que desfiló treinta años atrás mientras musita, bajo una lluvia fina, que su historia ha sido muy larga, muy triste; una historia cinematográfica con demasiados episodios, pero sin un final feliz.

Un hilo entre los hombres

Soy algo más que un hilo entre los hombres.
Soy uno entre todos, pero aún no he elegido.
EFRAÍN BARQUERO.

En la esquina se despidió de sus amigos. Les dijo que ese día él y su abuelo tenían un compromiso, por lo que sería imposible cumplir el acostumbrado programa de los viernes, breve paseo que por lo general terminaba en algún agradable café y que acaso, si el anciano se hallaba de especial buen humor, podía tener por destino el bar del *Ritz*, *L a Cucaracha* o hasta algún sitio verdaderamente elegante, donde —con el azoro que les exigía la adolescencia mezclado a la natural despreocupación de quien considera que todo le es debido— sorbían sus martinis, escuchaban al maestro relatar infatigables andanzas y correrías por Europa, explicar pormenorizadamente algunos episodios de la historia nacional o de la política internacional en que de alguna u otra manera había tenido ocasión de ser actor o testigo, divagar sobre variados cauces y entretejidos de la cultura, revelándoles nombres y obras, mostrar escuelas de pensamiento en las que siempre les incitaba a sumergirse, y, a la par, lanzar con soberbia tranquilidad las calumnias más atroces en contra de la abigarrada multitud hacia la que abrigaba una gama riquísima de resentimientos (aunque una vez desperezada la ponzoña le era imposible detener el flujo, y amigos y protectores resultaban arrollados por aquel río de invectivas en que los cascados epítetos parecían formar una única y malévola saeta que atinaba en un blanco siempre imprevisible y ondulante, jamás rigurosamente prefijado), para regocijo de los imberbes jovenzuelos que, plenos de admiración, lo veían levantarse, ya para besar la mano a una anciana que al pasar se detenía a saludarlo y recorría al grupo con mirada irónica, no desprovista de cierta chispa inmisericorde de deseo, mientras las brillantes, oscuras cabezas de los zorros que le caían del cuello mecíanse grave y acompasadamente al nivel de la mesa, para luego, tan pronto como volvía la espalda, hacerles una esquemática fotografía de ella coloreada por algún filón escandaloso, ya para estrechar la mano de conocidas personalidades, destacados científicos, funcionarios públicos, figuras del medio cultural, o entretenerse con la pintoresca fauna teatral que rodeaba a la madura actriz que muy a menudo se les unía, y que, según había oído decir, fue la última gran pasión del abuelo; gente toda aquélla que presentaba con naturalidad a su nieto y al grupo de muchachos que recién descubría el *Stream of consciousness*, y que con desordenada avidez se entregaba a la lectura del *Romancero*, de Góngora y Quevedo, de Stendhal y los más recientes novelistas norteamericanos, aspirando a que tales lecturas se integraran a su mundo de la misma manera en que para el anciano eran ya parte de sí mismo —una especie de segunda piel— Hobbes y Maquiavelo, Dostoievski y Goethe, Balzac y Valery, los *Heptaplómeros* sobre los que desde años atrás venía preparando un enjundioso estudio: apretada malla de conocimientos y reflexiones que se transparentaban hasta en la más trivial de sus conversaciones, aun en los comentarios de ocasión sobre la hermosura de una mujer que en tal o cual momento pasaba por la calle...

Los vio caminar, llegar a la siguiente esquina y seguir rumbo a la terminal de los autobuses. Envidió su alegría, su despreocupación: reían, cebándose seguramente en alguna torpeza de Morales o a costa de Rosita. En realidad bien poco les había importado que ese viernes no se celebrara la reunión habitual; sabían divertirse por su cuenta. Con envidia, con despecho, pensó que llegaría al café, escucharían con grave atención la lectura que haría Eugenia de sus desoladas experiencias, yertos deliquios plasmados en una inclemente prosa rimada, que empezaba a publicar en diarios provincianos bajo el seudónimo de *Filadelfia*; elegirían una buena película para la tarde y consumirían la mayor parte del tiempo en comentar lo intolerable que cada día les resultaba asistir a la anodina facultad de derecho. Una vez que los vio perderse en la distancia, también él caminó con lentitud rumbo al zócalo; allí pareció que algo lo detenía y se dio vuelta, preocupado, inseguro, arrastrando casi los pies, deteniéndose frente a vitrinas oscuras, sórdidos mostradores de libros de segunda mano, ante los jarrones multicolores de aguas frescas. Entró en una panadería y pidió un bizcocho de chocolate, una bola maciza, compacta, que fue engullendo a pequeños mordiscos hasta advertir que se encontraba otra vez frente a la librería.

Durante ese año había vivido bajo la falsa impresión de que un cambio absoluto regía su mundo, pero la desilusión sufrida, la amargura que le atacaba desde hacía una semana, le revelaron de golpe que los nuevos, deslumbrantes escenarios en que ahora transitaba se anudaban por medio de infinitos hilos, imperceptibles casi, inimaginables al primer golpe de vista, al ritmo que suponía perdido, el lento, regular, pacato, provincianamente medido paso de Oaxaca, presidido por una parentela cuya boca expresaba en perfecta concatenación los más planos lugares comunes, animado por un enjambre de tías, viva y parlanchina expresión de la severa hoja parroquial, atenuada apenas por los reflejos de cierto cine rosa y el manoseo de revistas ilustradas cuyas fotografías les producían incomparable deleite. En aquel ambiente de ñoño medio pelo no escaseaban las alusiones al abuelo. Sus tías, repetían, hubieran preferido que ya que por fuerza debía ir a México a continuar sus estudios, se quedara a vivir en casa de Concha Soler —¡tan comedida, tan decente!—, que al enviudar había instalado en la capital una pensión para estudiantes oaxaqueños de buena familia, pero nadie se atrevió a contradecir a don Antonio cuando de improviso llegó a pedir que su nieto, en cuya existencia tan poco había parecido reparar, fuese a vivir con él, y en el fondo a todos regocijó la posibilidad de establecer a través del muchacho nuevos lazos con aquel arisco anciano, que por pura excentricidad —decían— no aprovechaba mejor su situación, ya que después de haber destacado durante muchos años en el ejercicio de altas funciones diplomáticas, se venía a conformar con un modesto retiro. Vivía en un amplio pero anticuado departamento, acompañado sólo por un par de viejas sirvientas, sin otra fortuna que una regular colección de pinturas, algunas antigüedades y una majestuosa biblioteca; hombre cuyo quehacer se consumía en el estudio, en los caprichos de una activa y peculiar vida social y el fácil desempeño de insignificantes, menudos servicios en ciertas empresas y Secretarías de Estado, como esa librería y editorial en donde cada viernes gastaba unas dos horas revisando catálogos y publicaciones bibliográficas, o la biblioteca de algún Ministerio a la que pasaba de vez en vez alguna lista de publicaciones recientes de derecho constitucional, o el boletín de información de otro Ministerio en cuyas polvosas oficinas se presentaba dos veces por mes, una para cobrar sus honorarios, otra para conversar media hora con un tal licenciado Aguirre y entregarle el recorte de algún oscuro artículo publicado en Alemania, en Francia o Inglaterra con la bien visible recomendación escrita de su puño y letra: “Valdría la pena

hacer traducción", "útil" o "merece traducirse" y su firma, lo que le allanaba cualquier posible escrúpulo para cobrar el sueldo.

Se paseó frente a las grandes vitrinas, deteniéndose aquí y allá en busca de alguna novedad. De hecho conocía de memoria la colocación de los libros; el ojo, acostumbrado a recrearse casi diariamente en ellos, durante el cotidiano tránsito rumbo a la Facultad, sabía muy bien en qué rincón estaba el *Fausto* editado por la Universidad de Puerto Rico, y la colección de clásicos de Espasa, dónde una edición bellamente encuadernada en piel flexible de color vino añoso de la *Muerte sin fin* y otra, algo tosca, en verde pasta rígida, de la *Antología* de Jorge Cuesta; le gustaba detenerse, ahora que leía con tan pocas dificultades en francés, frente a la vitrina que guardaba los radiantes tomos blancos de la *Pleiade*; allí Nerval y Baudelaire, el teatro de Claudel, el *Journal* de Gide, la penumbra ardiente de Dostoievski y los varios volúmenes de la *Comédie Humaine* que el abuelo se había hecho enviar a casa hacía unas cuantas semanas. Al primer golpe de vista sabía qué libro era nuevo en los aparadores; buscaba sobre todo las traducciones de novela inglesa, italiana y norteamericana contemporáneas, en las que apasionadamente se sumergía durante tardes enteras, atisbando, con avidez, diversas zonas de experiencia de las que especialmente le interesaba poder descubrir afinidades y discrepancias con la suya; porque no cabía duda —y en otros días a menudo le había deleitado la idea— de que su mundo constituía un escenario perfecto que en el futuro habría de plasmar en un drama o novela; un día describiría al abuelo con su infatigable sed de saber, de aprender, de vivir por sobre el lastre que le imponían sus setenta años, recrear algunas de las brillantes conversaciones que tenían lugar en el estudio y narraría también, claro, el cambio operado en su destino individual, el imprevisto salto del mortecino y almidonado círculo familiar cargado de prejuicios y endomingadas vulgaridades, al disparatado, caprichoso, libre y culto medio donde desde los primeros días se había sentido como pez en el agua, donde todo parecía creado para su personal estímulo y no transcurría un día que no le aportara algún conocimiento o experiencia nuevos.

Tales reflexiones le parecían esa mañana inválidas, pueriles.

Saludó vagamente a los empleados y quedóse aún unos minutos con algunos compañeros de escuela a quienes encontró en el local y con los que cambió frases casuales sobre tal o cual obra de consulta expuesta en las vitrinas, haciendo gala, sin que tuviera plena conciencia de ello, de la soltura (que llegaba a una jovial, casi simpática pedantería) proporcionada por el hecho de que en su casa comían con cierta frecuencia los profesores y el director de la Facultad y de que, dentro de poco más de dos meses, apenas pasara los exámenes finales, emprendería un viaje estupendo, arreglado ya hasta en los últimos detalles, por Francia e Italia, y de que conocía, sin haber aún cumplido los veinte años, el monólogo interior de la señora Bloom, cuando los muchachos con quienes en esos momentos conversaba se sabían reducidos al código civil y a la *Introducción al derecho romano* de Petit, y, todavía más, de la confianza que le proporcionaba el saber que la carrera de leyes era para él algo contingente, que muchos esfuerzos le serían evitados en su futuro trabajo: el auténtico, el literario, pues lo que escribiese, una vez que él, sólo *él*, tuviera la certidumbre de haber logrado cierta calidad, no encontraría traba ni tropiezo para publicarse. Y en medio de la charla volvió a tener la sensación de que esa seguridad era aparente, de que a la postre no era sino una amarra, un peso más; provenía única y fatalmente de la existencia del abuelo, y volvió a recordar el penosísimo incidente ocurrido apenas cinco días atrás, cuando por primera vez había acudido al anciano a pedirle algo importante y no obtuvo sino un rechazo inesperado, y en la cita a la que acudió esa misma

tarde para decirle a Marta que no era posible contar con su ayuda y relatarle lo sucedido para oírla calificar de miserable tal conducta y tener entonces la convicción de que ciertamente su abuelo se había portado como un miserable, como un medroso, aunque en las horas anteriores, en el amargo lapso que transcurrió entre la negativa del anciano y el encuentro con Marta, no se lo quiso confesar y había intentado, a pesar de la enorme desilusión que lo embargaba, encontrar razones que justificaran o al menos le ayudaran a explicarse tal actitud, defendiéndola con débiles y, pese a sus esfuerzos, nada convincentes argumentos. Recordó que para cerrar la discusión el abuelo se había levantado de la mesa con un aparatoso despliegue de ira, sin probar apenas el café y se había encerrado en el estudio.

Era un miserable. Un viejo acobardado. En los siguientes días rumió con amargura esos y otros adjetivos mientras comía con reconcentrado silencio y lo escuchaba discurrir eruditamente sobre aquellos heptaplómeros en los que hacia el alba de la Edad Moderna Bodino consagró la libertad de pensamiento y defendió con ahínco tesis que tendían a legitimar los derechos de todos los credos religiosos, y luego interrumpir su disertación para decir a la doctora Urrutia que en la teoría marxista no era lícito tratar esquemáticamente determinados conceptos referentes a los presupuestos jurídicos del Estado, como ella lo había hecho en un reciente trabajo, para añadir —y allí hacía cierto énfasis que no tenía otro destinatario que su nieto— que la mitad de su saber la debía al estudio de *El Capital* emprendido hacía muchos años en Inglaterra y a la consecuente comprensión del método dialéctico. El anciano procuró que en esos días no faltasen invitados a la mesa, lo que a Gabriel le resultó muy cómodo, pues así no tenía que sostener ninguna conversación directa y podía permitirse responder cortés pero distantemente a las aisladas preguntas que le dirigían y observar de soslayo cómo las pupilas cansadas y vivaces del anciano se detenían pensativa, escrutadoramente en él, en un afán de advertir hasta dónde disminuía o aumentaba el resentimiento. Apenas terminado el almuerzo salía apresuradamente, anunciando que por la noche no lo esperasen a comer ya que tenía que preparar un examen en la casa de un compañero. Y todo aquel tiempo lo pasaba al lado de Marta, en la calle, en un cine, o, a veces, en el café de Mascarones, donde se encontraban con el primo de ella, puesto en libertad, afortunadamente a los dos días de haber sido aprehendido por participar en el derrumbe de los arcos triunfales con que se había cubierto el Paseo de la Reforma, Mariano, que hacía jugosísimos y apasionantes relatos del tiempo transcurrido en los patios de una delegación de policía donde se apiñaban detenidos de todas las edades y condiciones, caídos esa misma noche y durante la mañana siguiente, donde los de la secreta le habían robado el reloj, la cartera y hasta la corbata, y donde si no logró probar más alimento que un aguachirle sucio y maloliente, en cambio cantó una y otra vez ciertas letrillas alusivas, improvisadas allí mismo, a esos arcos porfirianos y a otras peculiaridades de los tiempos que corrían; contaba también que al final lo habían separado de los demás para llevarlo a una crujía donde un preso por delitos del orden común, con la cara casi deformada por los golpes, le auguraba infames torturas, por lo que cuando lo llevaron ante el agente que debía interrogarlo, las rodillas le temblaban de una manera vergonzosa y se vio precisado a cambiar el tono de las declaraciones, y aunque desde luego no se rajó ni cedió ante el aire amenazador con que le preguntaron quién le había inducido a aquella acción y quiénes lo acompañaron, tampoco recitó el discursito cívico que tenía preparado sobre la dignidad nacional y el atropello a la democracia, conformándose sólo con sostener que lo habían arrestado por error cuando se dirigía a su casa, situada en la calle de Sevilla, todo porque unas personas prendían fuego cerca de allí a uno de los arcos y él se

había detenido a contemplar la escena; que poco o nada sabía de política ni le interesaba, que era un estudiante aplicado, y luego, más tarde, lo habían reunido con una veintena de muchachos más o menos de su edad para que un militar les endilgara una moralina falsamente paternal y bastante aburrida, e inmediatamente después ponerlos en libertad, y al final de la narración mostraba con alegría los moretones que le habían producido los agentes secretos en el momento del arresto y durante el siniestro viaje de la Reforma a la delegación de policía, y en esos días los encuentros con Mariano adquirían más sustancia que el recuerdo de los viernes en el *Ritz*, el *Lady Baltimore* o el *Café Viena*, y fueron tal vez los que más decisivamente mediaron para ahondar la distancia entre él y su abuelo. La casa que hasta hacía poco lo mantuviera deslumbrado: su habitación, el lecho bajo una magnífica litografía de Picasso y frente a una pequeña, muy rica en colores, acuarela de Rivera, la inagotable biblioteca y el tránsito también inagotable de gente interesante comenzaron a pesarle, a resultarle externos, tan rutinarios e innecesarios como lo fueron hasta hacía poco los muebles coloniales, los cromos de principios de siglo y las beatas visitas recibidas en la casa de Oaxaca, por lo que esas noches llegó lo más tarde posible (con el sabor aún de los labios de Marta inquietando los suyos, con el aroma del cuerpo de Marta impregnando su cuerpo), para meterse en el lecho y conformarse al día siguiente con repetir un mecánico “buenos días” al volver de la escuela y pasar al comedor a escuchar con oídos sordos aquel monologar apenas interrumpido por tal o cual aislado comentario, innecesariamente adulón, mientras él comía y rehuía la mirada que se fijaba en su rostro y que lo hacía —a pesar de todos sus esfuerzos— enrojecer estúpidamente. Obstinado, separado, vengativo, esperaba con impaciencia que diera fin el soliloquio para salir disparado a vagabundear por las calles, a husmear en los aparadores hasta que llegaba la hora de reunirse con Marta y discutir encrespadamente si *Sur* podía o no considerarse una buena revista literaria, si la Mistral había en verdad merecido el Nobel, si *El laberinto de la soledad* debía considerarse como un libro “definitivo”, si el socialismo disminuía al escritor y al artista. Todo por algunos instantes parecía separarlos. Puntos definitivos los unían: su convicción en ciertos valores, su fe candorosa en la cultura y su necesidad extremada de estar juntos. Al final de la discusión llegaban a una tregua, se dirigían al sitio apartado que conocían en el bosque y a veces tranquila, naturalmente se hacían el amor.

Pero esa mañana, al pasar por el comedor a beber, de pie y a la carrera como siempre, su taza de café, encontró al abuelo tomando el desayuno. Cierto era que algunos viernes se levantaba muy temprano para efectuar sus diligencias, pero tuvo la impresión de que esa vez lo hacía para encontrarse con él sin la presencia de testigos y así romper el hielo que entre ambos se había ido formando y de cuyo espesor tuvo esa mañana más clara constancia que nunca. Lo veía como a un extraño. El anciano, con voz y tono naturales, dijo que pasaran —así en plural como si nada hubiese pasado— por él a la librería una media hora más tarde que de costumbre y que si le era posible invitara a aquella chica tan atractiva que le había presentado el día de la conferencia sobre Diderot. A todo respondió con difusos monosílabos y leves inclinaciones de cabeza mientras tomaba a grandes sorbos su café, y se disculpó por marcharse con tanta prisa, pero de otra manera no llegaría a la primera clase.

Se despidió de sus compañeros de curso y poco a poco fue acercándose a la puerta de cristal que comunicaba con la habitación donde su abuelo trabajaba. Lo vio allí, oculto a medias por el grueso y elegante abrigo de lana y el sombrero hongo, color verde humo, colocados sobre una pila de libros. Desde atrás de una estantería podía verlo a sus anchas, sumergido en un mar de papeles, libros, catálogos, haciendo anotaciones en su pequeña

agenda, mientras atentamente ojeaba unos folletos; lo vio después mirar el gran reloj de pulsera y comenzar a lanzar inquietas miradas a la puerta por donde debía él aparecer.

Así, encorvado sobre pesadas resmas de papel, al lado de sus abrigadoras ropas de lana, le pareció de golpe un hombre débil, vencido, deshabitado, tan ligado a las convenciones más mezquinas —aunque fuese de otra manera— como la sarta de mediocres a quienes tan a menudo fustigaba, tan pusilánime en el fondo como ellos. Sólo un buen mecanismo intelectual en el seno de un hombre pequeño. Todo lo que le había parecido atractivo, sus amantes actrices, su despreocupada manera de dejar escapar el dinero, las deudas contraídas para proporcionarse algunos caprichos, el tono de adolescente jactancioso con que afirmaba no obedecer sino a los dictados de su voluntad, los compromisos que decía no tener con nadie, y más aún, su saber, sus horas de infatigable estudio, el arte que cultivaba para rendir a los amigos y tener siempre a la mano personas con quienes ejercitar la inteligencia, todo ello, a la postre, no lograba hacerle rebasar los contornos que circunscribían y apremiaban la existencia de sus tíos provincianos. Sus atenciones para con él y sus compañeros eran sólo reflejo de su soledad, una ansia de aferrarse a algo que le permitiera evadir la terrible fatiga, el ahogo impuesto por la vejez; era un conjunto de fórmulas y conocimientos perfectamente engarzados y anudados con capacidad para derramar parte, chispas, de ese saber a quienes lo rodeaban, pero el hombre, tras una aparente flexibilidad, se mantenía en el fondo absolutamente tieso y enmohecido, sitiado por tembladerales de angustia y temores absurdos. ¿Por qué si no había tenido una reacción tan desmedida, un temor tan fuera de los límites, cuando le expuso la necesidad de hablar con el procurador, o con cualquier otro de sus amigos, para obtener una garantía de que nada serio fuera a ocurrirle al primo de su novia, del que no se sabía ni el tiempo que iba a permanecer detenido ni el trato al que podían someterlo, y en vez de hacer una llamada telefónica —¡con ello hubiera bastado!— comenzó a hablar en términos vagos y vacíos del orden jurídico, del acatamiento que exige la ley, y luego ofreció a su nieto el espectáculo degradante de citar las noticias ofrecidas por los diarios y repetir que bajo aquellos movimientos aparentemente espontáneos se movían fuerzas oscuras que pretendían abolir, minar el orden legal. Los frutos de seis días de amargo despecho parecían recrudecerse en ese mediodía, al verlo allí, desvalido, con una vejez en la que había ya un indudable reclamo de la tumba, mirando con angustia el reloj, y supo, con un dolor más profundo de lo que se permitía reconocer, que era casi imposible que volviera a establecerse la confianza de los meses anteriores, ni los alegres momentos en que como dos personas de la misma edad salían rumbo a Cuernavaca algunos fines de semana, a disfrutar del calor y cambiar sabrosos comentarios sobre las mujeres que pasaban por los portales del hotel. No iba ya a poder darse con naturalidad esa relación que se estableció desde el primer encuentro, de maestro a alumno, de padre a hijo, de amigo a amigo; ahora sólo restaba una posición incómoda entre las postrimerías de un viejo sabio y engreído y la adolescencia arisca y reservada de su nieto. El mundo que le había proporcionado: ambiente de cultura, de ideas, de bienestar, había dejado, frente a los dos días de cárcel de Mariano, de tener el brillo y la perfecta coherencia con que hasta una semana atrás se le había revestido.

Sin embargo había que seguir adelante. A nadie le era permitida la elección de sus mayores. Le pareció advertir un brillo de alivio en los ojos del anciano al verlo empujar la puerta de cristal, alivio que instantes después se convirtió en sorpresa al descubrir que no entraba nadie más, que no llegaban los jóvenes cuya presencia podía contribuir al restablecimiento de una relación normal.

—¿Y tus amigos? —preguntó.

—No pudieron venir. Tenían otras cosas más importantes que hacer —respondió con desgano, despreocupadamente, mientras con un gesto de perfecta elegancia ayudaba al anciano a ponerse el pesado abrigo.

Resignadamente salieron de la librería y se perdieron entre la muchedumbre que esa sorpresivamente fría mañana de septiembre circulaba por las calles del centro.

El oscuro hermano gemelo

Para Enrique Vila—Matas

En el prólogo de Justo Navarro a El cuaderno rojo de Paul Auster puede leerse: "Escribes la vida, y la vida parece una vida ya vivida. Y cuanto más te acercas a las cosas para escribirlas mejor, para traducirlas mejor a tu propia lengua, para entenderlas mejor, cuanto más te acercas a las cosas, parece que te alejas más de las cosas, más se te escapan las cosas. Entonces te agarras a lo que tienes más cerca: hablas de ti mismo conforme te acercas a ti mismo. Ser escritor es convertirse en un extraño, en un extranjero: tienes que empezar a traducirte a ti mismo. Escribir es un caso de impersonation, de suplantación de personalidad: escribir es hacerse pasar por otro".

Releí hace poco *Tonio Kröger*, la novela de juventud de Thomas Mann, que tenía olvidadísima; la consideraba como una apología de la soledad del escritor, de su necesaria segregación del mundo para cumplir la tarea a que una voluntad superior lo destinaba: "Se debe morir para la vida si se pretende ser cabalmente un creador". *Tonio Kröger* es un *Bildesroman*: el relato de una formación literaria y de una educación sentimental. Pero el divorcio entre vida y creación que Kröger plantea forma sólo la fase inicial de la novela; el resultado de ese aprendizaje privilegia la solución opuesta: la reconciliación del artista con la vida.

Los románticos abolieron todas las dicotomías. Vida, destino, luz, sombra, sueño, vigilia, cuerpo y escritura significaron para ellos sólo fragmentos de un universo difuso, impreciso, pero, a fin de cuentas, indivisible. La exaltación del cuerpo y el incendio del espíritu fueron sus mayores afanes. El poeta romántico se concibió como su propio espacio de observación y campo de batalla. Mann recogió en aquel relato de 1903 uno de los ideales de la época: concebir la ética como una estética, alejar por entero al espíritu de toda vulgaridad terrenal. El simbolismo es una rama tardía del romanticismo, por lo menos de una de sus tendencias. Tonio Kröger es un escritor de extracción burguesa; lo enorgullece vivir exclusivamente para el espíritu, lo que significa un rechazo del mundo. Cumple su destino con la mala conciencia de un burgués a quien avergüenza la mediocridad de su medio. Por eso su ascesis se realiza con un rigor casi inhumano. Al final de la novela, después de algunas experiencias que lo ponen en relación con la vida, Kröger le revela a su confidente, una pintora rusa, la conclusión a la que llega: "Vosotros los artistas me llamáis un burgués, mientras los burgueses cuando me encuentran sienten la tentación de arrestarme. No sé cuál de ambas actitudes me ofende más. Los burgueses son tontos, lo admito; pero vosotros, los adoradores de la estética, que me tildáis de flemático y desprovisto de sentimientos y recuerdos, deberíais reflexionar un poco sobre la posibilidad de que exista una manera de ser artista tan profunda, tan fatalmente congénita, que ningún anhelo ni recuerdo le podría parecer más dulce y más digno de ambicionarse que las delicias de la Vulgaridad. Admiro a los orgullosos y a los gélidos que se aventuran en las sendas de la etérea belleza y menosprecian al 'hombre', pero no los envidio. Pues si algo es capaz de transformar a un mero literato en un poeta es este amor mío a todo lo humano, lo

vivo y lo cotidiano. Todo calor, toda bondad, toda fuerza nace de este amor a lo humano". Hasta aquí Tonio Kröger, escritor alemán.

Si mi recuerdo de la novela se confundía con la imagen de una reclusión total del escritor, su aislamiento, se debe en buena parte a que una de sus frases "se debe morir para la vida si se pretende ser cabalmente un creador" ha sido citada mil veces para ejemplificar la decisión del escritor a no comprometerse más que consigo mismo.

Aunque tal actitud termine por ser desechada por Tonio Kröger no deja de ser sorprendente encontrar un eco suyo en las reflexiones de vejez del propio Mann. Sus páginas autobiográficas muestran el asombro ante su popularidad; la calidez con que se ve tratado por familiares, amigos y aun por extraños le parece no avenirse con la reclusión que le ha sido necesaria para cumplir su tarea. La reacción del viejo Mann resulta mucho más convincente que la confesión final de Kröger donde el amor a lo humano reviste un tono declamatorio y programático que no llega a tocar el fondo de la compleja relación entre escritura y vida. "Te alejas de ti mismo cuando te acercas a ti mismo... —dice Navarro—. Escribir es hacerse pasar por otro."

No concibo a un novelista que no utilice elementos de su experiencia personal, una visión, un recuerdo proveniente de la infancia o del pasado inmediato, un tono de voz capturado en alguna reunión, un gesto furtivo vislumbrado al azar, para luego incorporarlos a uno o a varios personajes. El narrador hurga más y más en su vida a medida que su novela avanza. No se trata de un ejercicio meramente autobiográfico; novelar a secas la propia vida resulta, en la mayoría de los casos, una vulgaridad, una carencia de imaginación. Se trata de otro asunto: un observar sin tregua los propios reflejos para poder realizar una prótesis múltiple en el interior del relato.

Haga lo que haga, el novelista seguirá escribiendo su novela. No importa que otros trabajos no literarios le carcoman el tiempo. Se concentrará en su relato y lo hará avanzar en una que otra hora libre, durante los fines de semana, o las vacaciones, pero, aunque ni él mismo lo advierta, estará en todo momento implicado secretamente en su novela, inserto en alguno de sus pliegues, perdido en sus palabras, empujado por "la urgencia de la ficción misma, que siempre tiene un peso no desdeñable", para emplear una expresión de Antonio Tabucchi.

Puedo imaginarme a un diplomático que fuese también un novelista. Lo situaría en Praga, una ciudad maravillosa, ya se sabe. Acaba de pasar unas vacaciones largas en Madeira y asiste a una cena en la Embajada de Portugal. La mesa es de una elegancia perfecta. A la derecha del escritor se sienta una anciana dama, la esposa del embajador de un país escandinavo; a su izquierda, la esposa de un funcionario de la Embajada de Albania. El tono de la embajadora es autoritario y decidido; habla para ser escuchada en todo el sector de la mesa que queda a su alcance. El escritor comenta que le ha ganado dos meses al invierno, que recién llega de Madeira. Pero apenas ha empezado a hablar cuando ella le arrebata la palabra para decir que los mejores años de su juventud los pasó precisamente allí, en Funchal. Comenzó el discurso no por los jardines de la ciudad, ni la belleza de las montañas, el paisaje marítimo, la bondad del clima, o las virtudes y defectos de sus pobladores, sino por la hotelería. Afirmó que el turismo en Madeira fue siempre muy exclusivo y como ejemplo de distinción comentó que en el Reads servían el té con unos bocadillos de pan oscuro con una capa de mantequilla y rebanadas de pepino, como era lo verdaderamente chic en el siglo pasado; habló largamente de su estancia en aquellos parajes donde vivió durante la guerra; dijo que su padre había sido siempre un hombre previsor, de

manera que cuando el conflicto pareció inevitable decidió trasladarse con su familia a Portugal, primero a Lisboa y después a Madeira, donde se instalaron en firme.

—Así fue —siguió—, tan excesivamente previsor que pasamos cinco años fuera de casa sin que nuestro país se decidiera nunca a declarar la guerra. Madeira parecía quedar fuera del mundo; la correspondencia y los periódicos se recibían con tanto retraso que cuando llegaban las noticias ya eran viejas y una no podía afligirse demasiado. Nos instalamos en Funchal, lo que ni siquiera vale la pena mencionar, ¿en qué otra parte de la isla hubiéramos podido hacerlo? —los invitados a su alrededor comían y asentían; sólo les estaba permitido intercalar de cuando en cuando algún comentario de asombro o de asentimiento, en todo caso alguna pregunta fugaz que le diera pie a la mujer para continuar el monólogo. Habló del paseo que hizo una vez acompañada por su madre para saludar a unos compatriotas que pasaban momentos poco felices. Vestía esa tarde un vestido de Molyneux absolutamente maravilloso, de chifón de seda, una combinación de flores lila sobre fondo ocre, una falda plisada, que había necesitado metros y metros de tela para su confección. Esa tarde conoció a quien sería su futuro marido, e hizo un gesto vago hacia el otro extremo de la mesa, donde estaba el embajador, sumido en un silencio sombrío. Por un momento el escritor se quedó perplejo; algo en el rostro de aquel hombre se había transformado durante las vacaciones—. Atravesamos Funchal hasta llegar a un palacete muy venido a menos, en las afueras, en cuya terraza dos jóvenes vendados y enyesados casi de la cabeza a los pies yacían tendidos en unas tumbonas respirando el aire del mar; ambos convalecían de un accidente. Vivían allí con sus padres, una hermana y una enfermera inglesa de planta, que los atendía. Pertenecían a una familia muy antigua de mi país, sí, gente de lo mejor, con un gran capital depositado en bancos de distintos países, aunque nadie hubiera pensado eso al verlos; era una casa con pocos muebles, todos de una fealdad escalofriante; el jardín se había enmarañado y en las partes no invadidas por la maleza se veían fosos enormes, como cráteres de volcán.

La atención de los comensales se fue diluyendo. Al advertir las señales de desbandada la anciana levantó aún más la voz y lanzó miradas de reprobación a los desertores, pero fue derrotada; las conversaciones en grupos pequeños o en parejas se habían esparcido. Resignada, se dirigió ya exclusivamente a él, insinuándole que debía considerar un privilegio oír esas intimidades y las memorias de un lugar que ella consideraba como coto vedado a los extraños.

—Me acerqué a las tumbonas donde reposaban los jóvenes —prosiguió— y uno de ellos, Arthur, levantó con rapidez el brazo parcialmente enyesado y con la mano libre se asió de mi gran hebilla de porcelana color ladrillo y me atrajo hacia él; gemía y jadeaba, el dolor del esfuerzo debía ser tremendo. "Un súbito rapto de pasión amorosa", comentó más tarde mi madre, que era muy sagaz. Puede que lo haya sido, pero yo pienso que esa pobre y maltrecha criatura se había alegrado de ver frente a él a una mujercita impecablemente vestida, envuelta en telas de hermosos colores, ya que ante sus ojos siempre tenía a su madre y a su hermana, la enfermera no cuenta, quienes se presentaban allí y en todas partes vestidas como presidiarias, y, eso, se lo puedo decir, era casi un delito en Funchal, cuya elegancia rivalizaba con la del propio Estoril. ¡Qué salones, qué terrazas, qué maravillosos garden-parties! Mi mayor entretenimiento en las fiestas era adivinar las firmas. ¿Por quién viene vestida la princesa Ratibor? ¡por Schiaparelli!, ¿y la sobrina del general Sikorski? ¡por Gres!, y eso la convertía en una escultura griega. ¿Y la riquísima Mrs. Sasseson? ¡Nada menos que por Lelong! ¡Sí, señor, por el propio Lucien Lelong! Mi madre y yo nos dedicábamos a detectar en esas fiestas cuál era un Balmain, un Patou, o un Lanvin

auténticos, y cuáles las copias confeccionadas por las prodigiosas costureras de la isla. Se vivían momentos de esplendor. Era necesario tener el Gotha al alcance de la mano para no correr altos riesgos; con los títulos centro—europeos y los balcánicos una podía desbarrancarse a cada paso. De las muchas heridas de Arthur la única verdaderamente grave era la de la rodilla; la tenía hecha trizas debido a una explosión de dinamita. Por eso el pobre aún ahora camina como camina y no a causa de una ciática como a él le gustaría hacer creer, menos aún por ataques de gota como ha propalado la doctora finlandesa. Sí, Arthur se enamoró de mi hebilla, le encantaba el color; me pidió que la llevara puesta con cualquiera de mis vestidos. Le parecerá poca modestia de mi parte, pero la hebilla de mi cinto lo hizo volver a caminar; comenzó a levantarse; claro, se caía casi siempre, aullaba de dolor; le gritábamos entre aplausos que nada se podía aprender sin sufrimiento. Y ya lo ve, ¡como un potrillo! De no ser por mí tal vez seguiría aún postrado en su tumbona.

En ese momento alguien interrumpió a la narradora, lo que el novelista aprovechó para atender a la señora que silenciosamente comía a su izquierda. Ella le sonrió ampliamente y le volvió a decir lo mismo que al inicio de la cena, es decir señaló su plato y dijo: "*Is good*". Que sólo dos palabras conformaran una conversación lo hacía inexpresablemente feliz, porque era sordo del oído izquierdo y la conversación por ese costado le resultaba por lo general una tortura; a menudo se producían malentendidos, sus respuestas no coincidían con las preguntas; en fin, una verdadera lata.

La admiradora de Madeira volvió a exigir su atención, y él para extraer el monólogo del mundo extenuante de la moda, preguntó si aquel par de jóvenes habían sido heridos en una acción de guerra. La mujer lo miró con dureza, con altanería, y al fin respondió que la doctora finlandesa, no la actual sino la anterior, había difundido maliciosamente la versión de que Arthur y sus hermanos habían hecho estallar la dinamita para no cumplir con sus obligaciones militares, lo que era una calumnia y una tontería; ninguno de ellos temía el reclutamiento por la sencilla razón de que su país era neutral. Habían transportado la dinamita en un pequeño barco para hacer desaparecer un islote que arruinaba la visión que tenían desde su casa. El hermano mayor murió, el otro quedó paralítico de por vida, y Arthur, el menor, sobrevivió a duras penas. Soñaba con dedicarse a organizar y dirigir safaris en el África central. Al reponerse, contra lo que todo el mundo pudiera esperar, se dedicó al estudio, y más tarde se incorporó al Servicio Exterior.

Estaban ya en los postres; la señora albanesa le tocó levemente un brazo, señaló su plato y le dijo: "*Is good*", y luego, explayándose por primera vez en la noche, añadió: "*As very many pigs*", o algo que sonaba por el estilo, y se echó a reír de manera deliciosa. La embajadora nórdica pareció agraviada, no deseaba perder su preeminencia, así que hizo un comentario sobre los postres de Madeira, especialmente los del Reads y los del Savoy, pero el escritor, contagiado por la gratuidad del humor de la albanesa, interrumpió de pronto a la embajadora con un comentario sobre Conrad, sus viajes y sus escalas, y dijo que le habría gustado saber de qué hablaría cuando tenía que conversar con las damas del sudeste asiático.

—¿Quién?

—Joseph Conrad. Me imagino que algunas veces recibiría invitaciones; que no se pasaría la vida hablando con comerciantes y marinos, sino que conversaría también con las esposas, las hijas, las hermanas de los funcionarios ingleses, de los agentes navieros. ¿De qué cree usted que hablaría con ellas?

La mujer debió pensar que su sordera lo había hecho perderse, y que era necesario auxiliarlo:

—Las señoras portuguesas se vestían con distinción extraordinaria, algunas con Balenciaga, pero su conversación no siempre lograba estar a la altura de sus atavíos; a mí me resultaban poco interesantes, además eran increíblemente tacañas. Exigían una labor pronta e impecable, pero para el pago eran una calamidad. Bueno, todas, no sólo las portuguesas, eran unas ratas nefastas —exclamó con súbita amargura—. La guerra era un pretexto para ejercer su avaricia. Querían ser reinas, casi lo eran; princesas, condesas, esposas de banqueros, en el exilio, sí, pero con sus fortunas a salvo; todas, sin excepción, eran incapaces de apreciar el trabajo que cimentaba su elegancia. Eran capaces de perder una mañana en regatearle a una modista los pocos escudos necesarios para sobrevivir. Sí, embajador, no me retracto, todas ellas eran unas ratas nefastas.

Los anfitriones se pusieron de pie; los veintidós invitados hicieron lo mismo y se desplazaron lentamente hacia el salón a tomar café y licores y fumar a sus anchas. El escritor se acercó, no sin cierta morbosidad, al marido de la mujer a quien había escuchado durante toda la cena, un anciano que parecía hecho de nudos mal colocados sobre los huesos, un rostro compuesto de fosas y prominencias arbitrariamente colocadas, un ojo postizo de porcelana capaz de alterar al interlocutor más flemático, y una pierna carente de movimiento. Se expresaba con una vehemencia semejante a la de su mujer ante dos funcionarios de la embajada portuguesa, quienes lo oían con resignación, sobre los preparativos para la próxima cacería de jabalíes salvajes que tendría lugar en los Tatras, a la que sólo asistirían seis o siete cazadores muy expertos. Advirtió que por primera vez lo veía con ese ojo falso; siempre lo había tenido cubierto con un parche negro. Al escritor le sorprendió que aquel viejo decrépito, tuerto y casi paralítico aguardara con tan absurdo entusiasmo aquel acontecimiento. Tan pronto como pudo lo interrumpió para comentarle que acababa de pasar sus vacaciones en Madeira, y que había aprovechado ese tiempo para descansar y leer y no se atrevió a añadir "escribir" porque la mirada aporcelanada del ojo falso y el brillo de perplejidad que surgió del otro, el verdadero, se transformó al instante en un horror sombrío que rozaba casi la demencia. Los empleados de la Embajada aprovecharon la ocasión para escurrirse e ir a atender a algún otro huésped solitario.

El viejo se repuso; le preguntó con desdén, como si no hubiera escuchado sus palabras, si se había decidido a participar en la caza del jabalí, si ya había aceitado su viejo rifle y contado sus cartuchos, pero, igual que su mujer, no esperó la respuesta y añadió entre gruñidos que saldrían de Bratislava el viernes de la semana siguiente a las cuatro y media de la mañana, y que la cacería duraría dos días. El escritor intentó añadir que asistía sólo a la caza del faisán, más que nada por la parafernalia de que se acompañaba: las fogatas en la nieve, la música de caza, los cornos, la cena en el castillo. El viejo lo volvió a espantar al fijar en él la atroz frialdad del ojo postizo y la furia demencial del otro, y cuando esperaba ser tildado de decadente, o de "artístico", se quedó sorprendido de oír al anciano hablar con voz ahogada, casi ininteligible, que también él había estado una vez en aquel infierno, que recordaba con horror aquella isla abominable, aunque el verbo recordar no era quizás el adecuado, pues a aquel lugar de desolación nunca lo recordaba, a menos que algún imprudente tuviera el mal tino de mencionárselo, lo que, por otra parte, muy pocas veces sucedía. Era entonces muy joven, muy candido, un muchacho aún en yema, podía decirse; no sabía defenderse, ni tenía posibilidades físicas de hacerlo, cuando una jauría de lobas hambrientas, de lobas que eran hienas y eran buitres, le cayeron encima, lo golpearon con cintos y correas, lo tiraron al suelo, lo mordieron, abusaron de él, de su pureza. Terminó esa oscura confidencia con un gemido, y luego, sin despedirse, se dirigió a saltos hacia un grupo de invitados para seguramente recordarles que la caza del jabalí salvaje tendría lugar

la semana próxima en Eslovaquia; de pronto, dio la vuelta con actitud marcial, rehizo sus pasos y se volvió a enfrentar con él, como si la conversación no hubiera concluido.

—No crea —dijo, con acentuada expresión de mal humor—que no advertí esta noche la locuacidad anormal de mi mujer en la mesa. No dejaba hablar a nadie, ¿no es cierto? Uno jamás termina de entender a las mujeres, pasan días enteros en la mudez más lóbrega, y luego, en el momento menos pensado, se transforman en urracas. ¿Qué la tenía tan excitada?

El escritor comentó que había sido una conversación muy instructiva; que en un medio tan estrecho, como el diplomático, donde las mujeres por lo general solían hablar de fruslerías, era refrescante encontrar a una señora que pudiera discurrir sobre temas tan interesantes.

—¿Qué temas? —preguntó, como si realizara un interrogatorio policíaco—. ¡Responda de inmediato! ¿A qué temas se refiere?

—Su mujer se divertía en imaginar cuáles podían haber sido las conversaciones de Conrad con las mujeres europeas, las inglesas sobre todo, en los puertos malayos. Especulaba sobre cómo describiría Conrad el vestuario de aquellas sufridas señoras coloniales.

—¿Qué dice usted, de qué, de quién hablaba? —era evidente que la respuesta lo había desconcertado.

—Del gran Joseph Conrad, el novelista preferido de su esposa.

El viejo hizo con la mano un gesto violento, que se podía interpretar como "¡vayase usted al carajo!", y se retiró dando saltos como un grillo gigantesco.

Ya en casa, el escritor recordó el monólogo de aquella mujer sobre su juventud elegante en Madeira y los posteriores comentarios del marido. Le parecía haber escuchado dos versiones de una misma situación altamente dramática sin haber entendido gran cosa de ella, ni siquiera en qué consistía el drama. Y era ése, precisamente, el elemento excitante para crear una trama, para comenzar a inventarla. Los enigmas eran varios: una explosión de dinamita que tiene lugar en un barco, la absurda explicación de querer volar un arrecife para mejorar la vista de una casa en donde nadie se interesaba por la estética, la relación de la pareja, la hebilla, los cintos, la frialdad de la mujer en esa parte del relato y, en cambio, la emoción casi enloquecida con que describía chifones y sedas y brocados. Unos días más tarde, comentó con algunos colegas la extrañeza que le había producido el trato con la pareja. Se enteró de que la anterior doctora finlandesa comentó alguna vez que la embajadora había sido sastra en su juventud, una mujer a quien le bastaba ver la fotografía de un vestido para reproducirlo. Trata de inventar una historia; el ojo de porcelana lo martiriza; comienza a imaginar escenas y hasta a ponerles diálogos; la ambición de la sastra, espoleada por una madre voraz, de atrapar al muchacho doliente, heredero de una gran fortuna. Imagina a la joven y a su madre, invitadas de tercera clase, en algunas reuniones admirando los vestidos salidos de los grandes talleres de París, y también los que ellas habían cortado y cosido con sus propias manos. Cada vez que descubrían uno de los suyos cambiarían miradas de complicidad y júbilo.

Un escritor a menudo oye hablar sin escuchar una palabra; otras voces lo tienen atrapado. La voz de una persona real desaparece o se convierte en mera música de fondo. A veces unas cuantas palabras lo remiten a tal o cual personaje imaginario. Otras, ¡y allí está lo sorprendente!, ni siquiera el escritor sabe que las voces que trata de incorporar a un personaje, o a una trama, no están destinadas a ese relato, que bajo esa trama existe agazapada otra, que lo aguarda.

Llega el día en que se sienta a trabajar. No ha logrado resolver el enigma de la dinamita, busca la relación de ese explosivo con los cráteres que hay en el jardín de la casa en Funchal. Sorpresivamente, de la nada, le ha surgido un nuevo personaje, una joven teósofa que se suma a la sastra y a su madre en las visitas diarias al convaleciente. Hay veces que sólo las dos jóvenes hacen la visita. Otras, en que la teósofa llega hasta el herido a escondidas de su amiga. El hallazgo de la joven teósofa equivale al descubrimiento de una mina de oro. La ve, la oye, intuye sus reflejos. El cuerpo es muy pequeño y la cabeza más grande de lo debido, aunque de ninguna manera es un monstruo; físicamente, al menos, no lo es. Hay en ella, eso sí, algo que espanta: su rigidez, la dureza de la mirada, el gesto adusto.

De cada uno de sus poros parece exhalar un fluido de desprecio al mundo. El narrador ve caminar por el camino que lleva al palacete donde yace el herido a dos jóvenes de aspecto marcadamente disparejo, una es rubia, alta, un poco desgarbada, muy vestida; la otra, la teósofa, va de blusa y falda de corte casi militar, y en ese momento le aconseja con ferocidad a la sastra una nueva maldad que practicar con el enfermo. Quien las viera pensaría en un avestruz y un jabalí cruzando, sin advertir —tan concentradas van—, la belleza de un florido jardín.

Al emprender, al fin, el novelista su relato, Funchal y sus alrededores, Madeira entera y sus personajes desaparecen por entero. Sólo sobrevive el nuevo hallazgo, la teósofa, hela ahí: sentada en un restaurante situado en el portal del hotel Zevallos, sí, frente al zócalo de Córdoba, Veracruz. Se mueve con mucho mayor naturalidad que en las floridas avenidas de Funchal, lo que no quiere decir que se haya vuelto agradable ni tersa ni relajada, nada de eso. El mundo se le revela al escritor en ese momento. Ha comenzado a traducirse a sí mismo. "Escribir es un caso de impersonation, de suplantación de personalidad: escribir es hacerse pasar por otro." En ese momento él es ya ese otro. En el transplante de locación la joven mantiene sus características físicas y, además, sigue siendo teósofa. Ha vuelto a su ciudad natal después de veinte años de vivir con su madre y su hermana en Los Angeles, California, donde las tres habían leído afiebradamente a Annie Besant, a Krishnamurti y, sobre todo, a Madame Blavatski. A la muerte de su madre, viaja a Córdoba, de donde salió a los seis o siete años, con el fin de reclamar una herencia. Se hospeda en casa de amigos de su familia, parientes lejanos tal vez. Todos la conocen con el mote de "Chiquitita" pues así acostumbraban llamarla de niña, lo que la carga de una espesa cólera que no se atreve a manifestar. Sus recursos son mínimos, por eso no abandona a la familia que la ha acogido; todos los días anota en una agenda sus insignificantes gastos. Se ha prohibido cualquier fantasía. Un abogado, amigo de su madre, le aconseja ponerse en contacto con algún miembro de la parte contraria, con su tío Antonio, por ejemplo, que es uno de los más tratables. El mismo abogado se encarga de concertar la entrevista. Chiquitita sigue sus instrucciones y se reúne un día a comer con su tío en el portal del Zevallos. Él la trata campechanamente, como si entre ambos las relaciones fueran óptimas. "¡Vaya monada de sobrina que me ha caído!", dice al saludarla, y añade: "¡Hay que verla en persona, caramba, eso digo, una verdadera monada!" Pero la joven en ningún momento baja la guardia; durante toda la comida se mantiene adusta y fruncida. Es el puerco espín de siempre. Le repugna ver al hombre beber vaso tras vaso de cerveza durante la comida. Lo reprende con cierta severidad, con comentarios sobre la incompatibilidad entre embriaguez y cuestiones legales. El tío ríe feliz y le dice ricura, changuita y cucarachita. Al final, a los postres el pariente accede a tratar el asunto para el que se han reunido. Insiste en que no ve la necesidad de llegar a tribunales; el caso debe resolverse amistosamente, como todas las

cosas de familia; que es necesario, eso sí, que ellas comiencen a entender que de los bienes en litigio nada les corresponde, que antes de marcharse de Córdoba su madre fue debidamente recompensada, que en vida gozó de una mensualidad, y está a punto de añadir que, a pesar de todo, la familia ha considerado pasarles una cantidad cuyo monto se definiría al firmar ellas su renuncia a cualquier pretensión, pero no logra decirlo porque Chiquitita se le ha adelantado y lo apabulla con una retahila de adjetivos desconcertantes y un tono tan sarcástico y petulante que el bruto se encoleriza y responde con una grosería que la espanta. Oye decir a gritos, para que todos los parroquianos pudieran enterarse, que si alguien recuerda a su madre en Córdoba es tan sólo por sus puterías, que él personalmente se encargaría de que ella y su hermana no vieran un centavo, que probaría que ambas podían ser hijas de cualquiera menos de su hermano, marido de su madre sólo de nombre, y que por lo mismo nada de la herencia les correspondía. Luego añade con sorna que lo mejor que puede hacer es buscar un marido, o su equivalente, para que le rasque la barriga y la mantenga. De golpe, el hombre bestial se levanta y sale del restaurante. Chiquitita permanece en su mesa anonadada, no tanto por la violencia con que ha sido tratada, ni por las alusiones a las liviandades de su madre, ni siquiera por descubrir que recuperar la porción de los bienes que le corresponde va a ser más, ¡mucho más!, difícil que lo que imaginaba, ni por el escándalo provocado, sino por la mera imposibilidad de pagar el consumo. Transida por la ira, a punto de saltársele las lágrimas, le pregunta al mesero si le acepta el reloj que pende de su cuello sólo por media hora, el tiempo necesario para ir a su alojamiento y recoger el dinero para cubrir la cuenta.

El novelista piensa en los siguientes movimientos de su heroína, comienza a estilizar mentalmente el lenguaje, supone que terminará ese relato en unos cuantos días para volver a la trama abandonada en Madeira, a sus personajes, a la sastra (ya despojada de su amiga teósofa), a la explosión de dinamita, a los ejercicios del joven herido para recuperar los movimientos, a sus caídas, a las crueles disciplinas a que era sometido, sin poder imaginar que los triunfos y tribulaciones de Chiquitita durante su estancia en Córdoba no terminarían tan pronto, que la historia recién iniciada se iba a transformar en una novela con la que debería convivir durante varios años y donde acaso aparecerían un joven ganadero de Tierra Blanca, Veracruz, quien por hacer uso indebido de la dinamita quedó tuerto y paralítico, y una astuta costurera del lugar decidida a apoderarse de él y de sus bienes. Con el tiempo, el novelista llegará a olvidar que esa historia surgió de una cena en la embajada portuguesa de Praga. Y si alguna vez ese acto social lograra penetrar en su memoria sólo recordaría vagamente a una embajadora, pensaría que francesa por haberse desbocado en un monólogo interminable sobre la alta costura de París y sus más célebres nombres. En fin, consideraría aquel incidente como uno de tantos momentos de la rutina diplomática donde se tenían que oír descripciones exasperantemente minuciosas de lugares y situaciones para olvidarlas un instante después, y jamás lo relacionaría con la aparición de Chiquitita, sus percances en Córdoba y su denodada lucha para vencer, haciendo uso de recursos humanos, de tretas inauditas y de ayudas astrales, a sus parientes enemigos hasta recuperar la parte de la herencia que le pertenecía y también una porción de la que no le correspondía. Un novelista se sorprende ante la repentina aparición de un personaje no invitado, confunde a menudo las fuentes, la migración de los personajes, la transmutación de los karmas, para citar a Chiquitita y también a Thomas Mann que mucho entendía de esas sorpresas.

La última novela de José Donoso, Donde van a morir los elefantes, lleva un epígrafe de William Faulkner que ilumina la relación de un novelista con su obra en proceso: A novel

is a writer's secret life, the dark twin of a man [Una novela es la vida secreta de un escritor, el oscuro hermano gemelo de un hombre].

Un novelista es alguien que oye voces a través de las voces. Se mete en la cama y de pronto esas voces lo obligan a levantarse, a buscar una hoja de papel y escribir tres o cuatro líneas, o tan sólo un par de adjetivos o el nombre de una planta. Esas características, y unas cuantas más, hacen que su vida mantenga una notable semejanza con la de los dementes, lo que para nada lo angustia; agradece, por el contrario, a las Musas, el haberle trasmitido esas voces sin las cuales se sentiría perdido. Con ellas va trazando el mapa de su vida. Sabe que cuando ya no pueda hacerlo le llegará la muerte, no la definitiva sino la muerte en vida, el silencio, la hibernación, la parálisis, lo que es infinitamente peor.

Xalapa, julio de 1994

Para una exposición[2]

Desde que trazó las primeras líneas y manchó una tela, había sentido la necesidad de expresar una zona interna regida por el horror. Su obra se había encauzado, por ello, de manera natural, hacia el expresionismo. Nutrida, al comienzo, en sus años de aprendizaje, en ciertas formas de Orozco, ya entonces contaminadas de algo que intentaba expresarse como propio. Tema, color, estructuras, se le revelaban casi siempre en los momentos de mayor fatiga física, emocional, nerviosa. Su mundo se había poblado, sobre todo al principio, de seres esencialmente indefensos: niños, ancianos, pequeños animales acosados. Su primer cuadro expuesto en una colectiva, el que en buena parte le valió la obtención de la beca a París: un niño macilento de rasgos faciales perfectos, la mirada triste y perpleja, tiene en la mano un ratón muerto. En el cuello del ratón y en los labios del niño unas diminutas manchas de sangre; en la mirada un universo perdido, un laberinto caótico de caminos tendidos hacia ninguna parte. Jamás le había importado reproducir un modelo original. La creación, para él, consistía en la posibilidad de sustentar un universo autónomo: otra vida domeñada por otras leyes. No tenía el menor miedo a las influencias, las había aceptado como forma natural de enriquecimiento. Había forzado por medio del alcohol algunos estados alucinatorios. Aquella primera época, que al parecer había quedado tan lejana, volvía a hacérsele presente en la serie sobre la anciana y la niña, aunque ahora desprovista ya del tono vagamente plañidero del que no había logrado prescindir en el comienzo. En Francia, Orozco retrocedió ante la presión de otras influencias, Dubuffet, desde luego y casi inmediatamente. Pero el gran golpe se lo asestaron, en una incorporación más lenta y profunda, los impresionistas alemanes, Kirschner y, sobre todo, Beckmann. De esta época data uno de sus pocos cuadros que verdaderamente admira: un grupo de niños rodean una tlacuacha, una fogata, antorchas, piedras, el animal que pare riega entre las llamas a sus bestezuelas; la anécdota borroneada por el humo, todo desfigurado hasta no quedar sino una atmósfera de acoso y violencia, que reduce las figuras a un papel secundario, ancilar. Después, ya en Londres, no tuvo que defenderse demasiado para no caer postrado a los pies de Bacon. Se sentía más hecho. Allí trabajó en establecer otro horror capaz de avasallar y sumergir en la nada a sus criaturas, el de la máquina, el de la producción. El infierno del hombre perdido entre objetos manufacturados, cuya precisión y fría belleza sólo consiguen oprimirlo. Sus personajes son seres que han tratado desesperada, ciega o consciente, pero siempre infructuosamente, de encontrar la música misteriosa de la máquina a fin de rescatar un mínimo de coherencia, de sentido con que dotar sus vidas. Trabaja desesperadamente. Y en la serie de entonces, *Homenaje a Peter Lorre*, había logrado dar un paso a su juicio certero al crear la figura y no encadenarse a ella, circundándola por una realidad cuyo propósito era negar el mundo fetal, para así si no fundamentar, por lo menos aproximarse al universo plástico con la validez autónoma que pretendía. La cara de Peter Lorre sobrepuesta a pequeños cuerpos crispados, perturbados, que se mueven como sonámbulos en andenes de ferrocarril, supermercados, vagones del metro, alcobas, talleres, oficinas, recintos cuya nitidez procede del cristal, del cromo y el

[2] Fragmento de novela.

aluminio. Todo anhelo de infinito desaparecido en la expresión de ese ser viscoso, enfrentado a una realidad seca y metálica. No sabe cómo sobrevivió. Dormía y comía poco; apenas salía del estudio. Desesperaba, se lamentaba, renegaba, hundido día y noche en sus telas. En el *Homenaje a Peter Lorre*, según los críticos, había alcanzado una maestría formal extraordinaria. Antes que nada tuvo que encontrar, inventar o descubrir un eje invisible que hiciera que las superficies, no obstante respetar todas las reglas de la perspectiva, presentaran un aspecto de absoluta quietud, de estatismo mortal. La línea que trazaba los objetos metálicos y la que definía a la figura que entre ellos, ebria, temerosamente deambulaba, era casi clásica. El rostro de Peter Lorre debía dar la impresión de ser una fotografía. Luego, sobre esa superficie nítida, flotaba una especie de tenue y transparente niebla y, aquí y allá, superpuestos, signos, grafismos, cifras, jeroglíficos, borrones, acoso, agobio, prisión; algo cálido también, sí, una baba pegajosa que de alguna manera, intuimos, ha sido producida, destilada por aquellos metales, cristales, plástico, de una asepsia impecable. Todo esfuerzo del hombre por asumir la dignidad ha sido en vano. La figura sudorosa del viejo actor da por momentos la idea de una tarántula tropical con gotas de rocío entre la aterciopelada vellosidad de las patas y el vientre, encerrada, loca y semirresignada, en la caja de plástico en donde espera la muerte. Sabe que cualquier movimiento es inútil, que el esfuerzo tan sólo acelerará su fin, sin embargo, no puede permanecer quieta. Recorre con torpe fatiga los cuatro extremos de su cárcel en espera de una libertad imposible, de una redención inalcanzable.

Fue su primer gran éxito. Después de la exposición dejó pasar un periodo de largos meses, casi un año, sin hacer nada, salvo una que otra ilustración sin importancia. Parecía necesitar desquitarse de la ardua temporada de monacal encierro. Frecuentó amigos, salió mucho por las noches, conoció y se enamoró de Irena, viajó con ella a Hungría, pasó allí dos semanas por cuya repetición daría la vida entera. Sucumbió a las intrigas tejidas por una escultora italiana, y cuando la relación se volvió imposible regresó a México, donde incautamente se dejó enganchar para dirigir un taller de artes plásticas en la Universidad de su ciudad natal, pensando que el cambio le sería propicio: la tan cacareada vuelta a las raíces, el enfrentamiento con alumnos jóvenes que seguramente poseerían otra visión, serían dueños de otras soluciones pictóricas. Aunque lo que más influyó para decidirlo a aceptar el puesto fue la necesidad de crear una distancia a la pesadilla en que lo sumergieron la ruptura con Irka y las otras circunstancias perturbadoras de sus últimas semanas en Londres (que hacía apenas un rato Mina Germi, ahora en México, había tenido la perversidad de revivir), para llegar a esa tarde en que pareció que todo el horror alguna vez intuido o vislumbrado se revelaba de golpe y era superado por la presencia de aquella anciana grotesca, el desorden en el cuarto, la participación de la niña fea y hasta el coro formado por su tío, por Flor, por él mismo, de pie al lado de la cama, contemplando a la anciana que hablaba y se movía incesante, nerviosa, irritadamente. Le vienen a la mente sólo fragmentos de conversación, tan aturdido estaba frente a la bestia dolorosa. Recuerda, sí, que al intentar acercarse a la cama la anciana lo detuvo en seco con el comentario de que ella y la niña podían ser sus modelos perfectas y luego añadir:

—Por favor no se te ocurra abrazarme, mucho menos vayas a empezar por darme el pésame y decirme que es necesario resignarse. Estoy harta de sandeces. ¿Te acuerdas de tu primo Mario? Mario Ibarra, el que se hizo cura. Hace poco me lo trajeron para que me endilgara un sermón y me bajara el orgullo. Se fue, el pobre, como vino; le corté el aliento antes de que pudiera entrar en materia. No estoy para resignarme; es lo único que no voy a hacer. Eso está bien para Federico; míralo, tiene el temperamento ideal: es dócil, bueno,

paciente, nació ya resignado. ¿Pero dar yo gracias por haber perdido a mis nietas? ¿Agradecerle al Cielo que me haya reducido a este estado? *Never!* Moriré sólo arrepentida de haber caído en todas las trampas que me han tendido durante muchos años. Porque la vida, tal como me tocó padecerla, no ha sido sino una interminable, idiota cadena de entierros que por fortuna va a terminar pronto con el mío. ¿Debo estar agradecida también por ello?

Sonó un despertador. La niña se bajó inmediatamente de la cama, corrió hacia una mesita, silenció el aparato. Llenó un vaso con agua, sacó dos pastillas de un frasco y se las llevó a la anciana. Luego le pasó el despertador a Flor para que marcara otra hora. Concluidas estas operaciones, volvió a tenderse en el lecho.

Su tía habló durante largo rato. Le resulta imposible acordarse de las palabras. En cambio le parece ver aún los gestos, las risas malignas, los ademanes suntuosamente ridículos, el brillo animal de aquellos ojos, y la atención concentrada de la niña que, acostada todo el tiempo al lado de la anciana, le acariciaba pausadamente un brazo; la cara socarrona, teatralmente afligida de Flor, la amedrentada de su tío. Al final, la anciana, postrada, se dejó caer sobre los almohadones, hizo una señal a la niña para que se bajara de la cama y dijo, dando por concluida la visita:

— Ven a verme cualquier día en que tengas un rato libre. La próxima semana si te parece bien. A lo mejor me encuentras de otro h u m o r. Tienes que contarme todo lo que has hecho en estos años que has pasado fuera.

La vio muchas veces. Al principio las visitas eran muy breves, colmadas, en ocasiones, de asperezas y exabruptos. Le atraía enormemente la riqueza de efectos escénicos, plásticos, que desplegaba la anciana, así como la atmósfera creada a su derredor. No salía de la habitación más que para ir al baño contiguo. Se había hecho acarrear a su refugio todo lo que de interesante o atractivo para ella guardaba la casa. Una pared estaba cubierta enteramente por estanterías repletas de libros. Estos se apilaban, además, en el suelo, en una mesa, en el buró. Había cuadros por dondequiera, en las paredes, sobre los muebles, recostados en los libros; tenía a la mano todos los objetos que le interesaban, una cómoda poltrona forrada con una tafetán de flores color buganvilla, un par de destartaladas mecedoras vienesas, dos lámparas de pie, un servicio de plata, tazas, *bibelots*, cortes de tela, pañoletas, prendas de vestir, cajas de todos los tipos y tamaños, periódicos, revistas, fajos de cartas atados con ligas, papeles desparramados por todas partes, fotografías de lugares, muy pocas de personas. Ella, eternamente tendida en la cama, era el eje del desorden. La halló siempre cubierta con una inmensa bata de baño que le llegaba hasta los tobillos deformes. Algunas veces se cubría con un pañuelo de estridente color ladrillo la cabeza rapada.

A su lado siempre la niña; única compañía permanente. Las visitas fueron después más frecuentes y prolongadas, para convertirse finalmente en cotidianas. Descubrió que no sólo le interesaban las imágenes macabras y los misterios de aquella alcoba. Volvía a establecerse, cálida, abundante, la corriente de simpatía que ya antes de su viaje los había ligado. En aquel tiempo ella había sido la única persona de la familia a quien podía confiar sus problemas vocacionales. De un modo que no se arriesgaba a dejar de ser del todo convencional, pero con auténtico interés ella lo aconsejaba. Cuando volvió a frecuentarla ya no iba a quejarse de la incomprensión de sus padres, ni a pedirle que intercediera ante ellos para lograr tal o cual propósito. Ahora era el triunfador. A veces se preguntaba cuál sería la verdadera, profunda razón que lo llevaba a frecuentar aquel cuarto. Si iba, se decía, era seducido por el estado de purificación y desmistificación que yacía bajo las atrabiliarias e

irritantes explosiones de su tía. Pero en su interior no podía ocultar que algo utilitario se escondía en su actitud, que estaba explotando a la anciana. Lo atormentaba el percibir que estaba preparándose para venderla.

—A mi edad, en estas condiciones, ya me lo puedo permitir todo. ¿Te parece bien, verdad? A mí no. Creo que ha sido una estupidez injustificable haber tenido que llegar a los ochenta y tantos años y convertirme en el ballenato que soy ahora, en esta gorgona rapada, para paladear lo que puede ser la libertad, ¡qué profundo saber!, para intuirla apenas y sentir la nostalgia de algo nunca disfrutado. No tienes idea de lo que cuesta y duele descubrir el despilfarro de una vida entera, años y años, más de ochenta, ¡hazme el favor!, que examinados parecen uno solo, enorme, larguísimo, tedioso y tonto, consumido en hacer y recibir visitas insulsas, desperdiciado en bagatelas. De vez en cuando me encerraba a leer, pero era sólo una manera de fuga, como hoy tanto se dice. Yo misma no advertía hasta qué punto me encorsetaba y asfixiaba el ambiente. Es muy triste descubrir todo esto cuando ya no hay cambio posible, cuando lo mejor que puede pasarme es que un buen día me estalle el corazón. Creo que si tuviera veinte años menos podría sobreponerme, pero a esta edad tener conciencia de haber vivido de balde produce una sensación fatal —bajaba entonces la voz y musitaba arrulladora, tristemente—: Lo que más me duele es saber que va a quedarse solo este pobre angelito mío.

Como movida por un resorte, Juanita se levantaba del tapete y corría a abrazarla.

Según comentaba, lo que quizás más la había sorprendido durante el periodo de reclusión era la debilidad, la casi total carencia de sentimientos maternales.

—Fue después del accidente, al quedarnos solos en casa, cuando descubrí que nuestro lenguaje no era sino una repetición cotidiana de algunas fórmulas muertas, que todo nos era ajeno. La tarde en que llegaron a avisarme del accidente, a decirme que estaban muy graves, ya sabes, son noticias que le van dando a uno gota a gota, salí inmediatamente rumbo a Veracruz. Allí no me pudieron ocultar la verdad: todos, menos él, que salió casi sin un rasguño, habían muerto. En ese instante advertí que era quien menos me importaba; a pesar de ser mi hijo quería más a su mujer, no digamos a las muchachas. Me escandalizaron mis sentimientos, mejor dicho, la ausencia de ellos. Luego, ya aquí, en esta soledad que me protege, descubrí que siempre, desde la adolescencia, desde que se quitó los pantalones cortos, hemos sido un par de extraños, gente como de diferente sangre. No puedo recordar ninguna conversación en que hayamos pasado de las frases rutinarias. Si él aceptara los hechos tal como son, nuestro trato sería más tolerable, pero se obstina en seguir desempeñando el papel de hijo devoto. Me horroriza pensar que con el resto de la familia las relaciones hayan sido igualmente vacías y que, obnubilada como estoy, me empeñe en recordarlas de otra manera. A veces creo que vivía un poco la vida de los demás. En eso, como en todo, también me engañaba. No se vive sino la propia vida; yo no lo hacía. ¿Pero tiene algún caso estarle dando siempre vueltas al pasado? Al fin de cuentas —levantaba la voz, la infantilizaba— ahora tengo a quien querer y quien me quiera. Juanita, ¿a quién es a quien yo adoro?

—A mí, a mí merita.

Ambas reían. Eran instantes para ellas de felicidad pura.

No era del todo cierto que frente a su hijo mantuviera una actitud pasiva o distante como quería hacer creer. Le vienen a la memoria encuentros feroces, obcecaciones pueriles de la anciana.

Algunos días la erisipela rebelde que le invadía el cuero cabelludo le producía inflamaciones y un escozor horrible. En esos días no recibía a nadie, sino a su fiel Juanita,

que había desarrollado un sexto sentido para navegar impunemente entre tales borrascas. Cuando le sobrevenían las crisis tomaba vino con más frecuencia, injuriaba a su hijo, no permitía que Flor se acercara a su cuarto sino para lo estrictamente necesario. Al salir de las crisis quedaba malhumorada, irascible. El diálogo se volvía voluble, difícil, agresivo. Habría dejado de visitarla de no ser porque ya la casa, la anciana, la niña, el médico, el complicado malabarismo en que se sustentaban allí las relaciones personales ejercían sobre él una verdadera fascinación .

—Algo que te tengo que agradecer —le espetó un día— es que no me hayas mostrado tus cuadros, lo considero una muestra de respeto; estoy segura de que me repugnarían. Ya las reproducciones que vi fueron más que suficiente para formarme una opinión. Leí el artículo en el *Siempre* de la semana pasada. Al principio pensé que era la mala calidad de las fotografías lo que me disgustaba; pero no, sucede que no le veo sentido a que pintes un mundo poblado únicamente por seres abyectos, eso significa limitarlo, parcelarlo. No vayas, por favor, a comenzar a repetirme la cantaleta de que el artista no tiene por qué ser un fotógrafo total. El artista debe pretender reflejar el universo, aspirar a la totalidad, aunque sólo se detenga a registrar una pequeña planta; si no, lo que produce es arte a medias, u otra cosa que ni siquiera vale la pena discutir. Pero ustedes, los jóvenes, creen saberlo todo. ¡Amos de la verdad, dueños del mundo! Sigan haciendo lo que les venga en gana, llamen a eso arte, literatura, drama, *as you like it*, pero no pretendan que a quienes nos repugna la simulación les hagamos el juego.

En tales ocasiones había que reducirse humildemente a escucharla y esperar que pasara la racha de cólera o de simple mal h u m o r. Ese día la interrumpió la llegada del doctor a aplicarle su diaria inyección intravenosa. Una vez puesta el médico se dejó caer en una poltrona. Pálido, fatigado como siempre. Su madre lo observó con desprecio. Durante unos minutos nadie habló. El silencio sólo era interrumpido por la voz de Juanita, que en un rincón trazaba unas letras en un cuaderno, murmurando mientras escribía: “cama, casa, cana... cama, casa, cana...” Era un recurso que ya le había visto emplear en varias ocasiones para aislarse de los malos momentos provocados por la anciana. Esta parecía gozar en prolongar aquel silencio que ponía nervioso a su hijo. Por fin exclamó:

—El único pesar que tengo es que dejaré a Juanita en un medio que se me ha vuelto incomprensible. Espero que tú pertenezcas todavía a las generaciones del alcohol —lo miró acusadoramente—. Durante años hemos buscado por allí una salida. Parece ser que el hombre antes de saber asar la carne, conocía ya el modo de destilar raíces y cortezas para producir alcohol; como solución ha sido idiota, pero al fin de cuentas cómoda. Yo desde este rincón me entero de que el mundo está en plena llamarada, pero no logro entender ninguna de sus manifestaciones. Me ciega el humo, creo. He leído que los muchachos se chiflan ahora por la mariguana, sobre todo en mi país —siempre que se enfadaba, buscaba el modo de señalar su diferencia, su britanidad—. Si bien se mira no tendría uno por qué alarmarse. El mundo se ha convertido en una estupidez, en una tal zoncera, que tratar de escaparse de él, por cualquier vía, no es sino signo de salud. Me imagino lo que dirán tus padres, tus tíos, los amigos de tu casa, si se enteran de que fumas mariguana.

—No fumo mariguana, tía.

—¿No? ¿Es decir que concibes a sangre fría lo que pintas? Estás entonces mucho más enfermo de lo que me imaginaba. Pero, por favor, no me interrumpas, ten un poco de imaginación, trata de comprender que es posible hablar en sentido figurado. En el caso de que fumaras mariguana o tomaras cualquiera de esas drogas que ahora se usan, te considerarían un réprobo, se horrorizarían; los conozco muy bien. Sé que cuando leen en la

prensa los reportajes sobre los jóvenes y las drogas encuentran otra razón más para sentirse mejores. Ellos no se dejan el pelo largo, se bañan regularmente, no consumen estupefacientes, son dignos cristianos, ciudadanos ilustres. ¿Y a quién beneficia eso? ¿Qué virtud resulta del hecho de que María Elena y Concepción Rodríguez no mastiquen hongos alucinógenos, de que mis tres sobrinos Rodríguez Argüello se corten debidamente el pelo y vayan pulcramente vestidos de oscuro a su notaría? Mira a tu tío, no encontrarás en la vida más mustio y propio sepulcro blanqueado, ni siquiera escarbando entre todos los Rodríguez de la región y, dime, ¿qué cosa noble, buena o hermosa produce? ¿En qué es superior sino en cobardía, en tristeza, a cualquiera de esos preciosos mechudos de la nueva ola?

—Madre, serénese; ya es hora de que descanse, se encuentra demasiado excitada.

—He sido testigo de tanta mezquindad —prosiguió la anciana sin hacerle ningún caso—, desde que me casé con tu tío. Al principio me divertía, me parecía estar situada en el medio de una comedia de costumbres cuyos protagonistas eran cultas damas y caballeros nativos tan chistosos; después me volví insensible, me adapté, a momentos llegué a sentirme una de ellos, hasta que algún exceso, siempre grotesco, claro, me hacía tocar tierra, volver a la realidad. No se me olvida que en una época íbamos a pasar las vacaciones a la ganadería de tu tío Felipe, por el rumbo de Nautla. En las tardes les daba lecturas a los chicos. En una ocasión, me acuerdo muy bien, leía algo de Dickens, *Copperfield*, no, tal vez, *Oliver Twist.* Puede que las lecturas aburrieran a los niños, pero lo cierto es que se volvieron el deleite de mis cuñadas. Lloraban, suspiraban, gemían, conmovidas por las desgracias y tribulaciones del pequeño Oliver y las terribles calamidades que sobre él y sus compañeros de asilo recaían. Pero si en aquellos momentos el hijo de algún peón se dejaba ganar por la curiosidad y se acercaba a la sala a oír la lectura lo sacaban sin el menor escrúpulo, sin piedad alguna, no fuera a ensuciar la alfombra con los pies descalzos, o a perturbarnos con su olor a establo, y un instante después volvían a sumergirse en la congoja y a dejar que su corazón rebosara de buenos sentimientos ante las desgracias del huerfanito del cuento. Esa ha sido siempre su moral. Nada se las hará cambiar. A veces me arrepiento de no haber abandonado en la primera semana a mi marido y vuelto a Saint Kitts al lado de mi padre.

A veces esas alusiones a la familia lograban que el médico, tan respetuoso de lo institucional, se envalentonara a responder. Pero no bien decía las primeras titubeantes palabras, cuando la anciana pedía un somnífero, lo tomaba y, tranquilamente, daba por concluida la sesión.

La fuente mayor de los conflictos provenía fundamentalmente del rigor de la enfermedad y la ineficacia del tratamiento. Aquél era el único punto en el que el médico se atrevía a mostrarse en franca rebeldía contra su madre.

—No sólo da pena el aspecto que presenta cuando se pone usted a cantar como loca con esta criatura y a hacer payasada y media sin más fin que divertirla, sino que el vino, ¡entiéndalo, por favor, entiéndalo bien!, contribuye a excitarle más los nervios. Te n g a siempre presente que su mal tiene una raíz nerviosa, que debemos ante todo procurar que esté usted tranquila; pero el modo desusado y anormal en que está viviendo no hace sino empeorar las cosas. Hay días en que hasta al cubo de la escalera llega el tufo a alcohol.

—No sabes siquiera lo que dices. Es muy raro que llegue a beber más de dos copas de vino. Desde hace muchísimos años he estado acostumbrada a las bebidas fuertes para regular mi presión; no veo cómo puedan ahora influir en mi estado psicológico. Me duele recordarte que de estas cosas no entiendes mucho, de otra manera hace ya tiempo que me habría aliviado. Si a veces bebo un poco más de la cuenta es precisamente para olvidar no

sólo mi aspecto bestial o los dos años que llevo con la cabeza rapada, tratando de mitigar estos ardores que me enloquecen, para no hablar de la gordura, el desarreglo glandular, como te encanta llamarle, sino en parte muy principal para olvidarme de tu fracaso, de tu mediocridad profesional. Ahora me explico por qué te has quedado casi sin enfermos.

—Usted bien sabe que no ha sido por mi culpa...

—Sí, sí, sí.

—Usted sabe que el Seguro Social...

—Sí, sí, sí. ¿Por qué nuestras amistades ansiaban que Gloria abriera su despacho para ponerse en sus manos? Te habían perdido la fe. Te he oído con paciencia una y otra vez. Según tú, el tratamiento ha dado algún resultado. ¿Quiero que me digas cuál? ¿En qué he mejorado? ¿De qué han servido las inyecciones, de qué todas las torturas a las que me has sometido? ¿Me encuentras mejor? ¿Has visto algún progreso? Tú, Ángel, tú, Juanita, ¡avívate, por Dios, y párale a esa cantaleta!, ¿han observado en mí alguna mejoría? La única vez que parecía que me estaba por desaparecer la tiña fue cuando tomaba aquella infusión que me preparó Flor. Pero te encelaste y tuve que prescindir de ella.

—Acuérdese de la diarrea que le produjo. Recuerde lo grave que se nos puso.

La anciana lo miró desconcertada durante un instante.

—¿Diarrea? ¿De qué me hablas?

—Acuérdese cómo se debilitó en esos días.

—No me acuerdo de nada. Creo, sí, que una noche me diste algo que me hizo trizas el estómago.

—¡No tiene caso discutir con usted!

—Entonces por favor deja de venir; no te aparezcas por aquí durante una temporada; manda a otra persona a que me inyecte y líbrame de una vez por todas de tu presencia. Que vuelva la enfermera. Dices que mi padecimiento es nervioso, ¡raro es que no lo fuera si no me permites un solo instante de tranquilidad! ¡Exijo una tregua, tengo derecho a ella! ¡Cómo te atreves todavía a sermonearme! Juanita, por favor, pásame una de las pastillas blancas. ¿Ves? Me volvió la taquicardia.

—¿De las que son como hostias o de las chiquitititas?

—De las más chiquitas, corazón, y corre a la cocina a pedirle a tu mamá un vaso de leche tibia.

—¿Por qué no me pide a mí las medicinas? La niña no logra distinguir bien los colores.

—¿Cuándo se ha equivocado? Si hoy preguntó es porque hay medicinas nuevas en el tocador. Es la única persona con quien cuento y quieres también separarme de ella. Cualquier satisfacción mía te hace daño. Ten cuidado, Ángel, que un día te va a prohibir visitarme. Por favor, no vayas a hacerle caso; entra aunque sea abriéndote paso a golpes. Quiere aislarme, quiere reducirme a cero. Al oír las voces entró Flor con el vaso de leche y la niña agarrada del vestido. —No la martirice, doctor, no ve que está hoy muy rendida. Tome su pastilla, señora, tranquilícese.

—Gracias, gracias, Flor.

Vio a su tío levantarse, alzar los hombros, salir, vejado, fastidiado de la habitación. Poco después se despidió de su tía y bajó a hacerle un poco de compañía al médico.

—¿Te das cuenta? Y no puede uno culparla de nada. Sufre mucho. La muerte de Isabel y las muchachas la afectó muy a fondo. Le deshizo para siempre el sistema nervioso. A ratos llego a tener la impresión de que me reprocha el haberme salvado. Es muy difícil esta vida, para ambos —se quedó un instante en silencio, luego agregó, con algo semejante al rencor—. Sólo que ella al menos tiene de su parte a Flor y a la niña.

—¿Por qué no insistes en hacerla salir, tío? Quizás si fuera a pasar una temporada a Tehuacán, que antes le gustaba tanto, o a cualquier otro lugar.

—¿Crees que no lo he intentado? En estos días más que nunca es necesario lograr que salga. Por un tiempo, claro. Me he cansado de pedirle que al menos deje su habitación por un rato, que vaya al jardín. Pero es inútil; nunca lo hará. Quizás lo mejor sea, como dices, un cambio más drástico. Llevarla a Tehuacán. ¿Cómo no se me había ocurrido? Que se olvide de este ambiente por unas semanas. Puede ir con una enfermera; que se lleve a la niña si eso la distrae. La casa no puede sino traerle recuerdos muy penosos. No tiene el menor sentido que mantengamos esta propiedad para nosotros dos. Cuartos y más cuartos, todos cerrados. El Ayuntamiento me ha hecho proposiciones muy convenientes para comprar la parte trasera, donde queda el consultorio. Pero ni siquiera permite que le trate el asunto. ¡Ojalá tú puedas convencerla! Me he dado cuenta de que a ti te hace más caso. Dime, ¿tiene sentido conservar esta enormidad de casa? Que se vaya a Tehuacán mientras hacen la demolición. Estoy seguro de que nada le sentará m e j o r. ¿Por qué no le hablas mañana del asunto? ¿No podrías irte a pasar unos días a Tehuacán con ella?

Fue absolutamente imposible aproximarse siquiera al tema.